



Diccionario

de las periferias

**Métodos y saberes autónomos
desde los barrios**

Carabancheleando

tragicantes de sueños

útiles

Colabora con la cultura libre

Desde sus inicios **Traficantes de Sueños** ha apostado por licencias de publicación que permiten compartir, como las Creative Commons, por eso sus libros se pueden copiar, distribuir, comunicar públicamente y descargar desde su web. Entendemos que el conocimiento y las expresiones artísticas se producen a partir de elementos previos y contemporáneos, gracias a las redes difusas en las que participamos. Están hechas de retazos, de mezclas, de experiencias colectivas; cada persona las recompone de una forma original, pero no se puede atribuir su propiedad total y excluir a otros de su uso o replicación.

Sin embargo, «cultura libre» no es sinónimo de «cultura gratis». Producir un libro conlleva costes de derechos de autor, traducción, edición, corrección, maquetación, diseño e impresión. Tú puedes colaborar haciendo una donación al proyecto editorial; con ello estarás contribuyendo a la liberación de contenidos.

Puedes hacer una [donación](#)
(si estás fuera de España a través de [PayPal](#)),
[suscribirte](#) a la editorial
o escribirnos un [mail](#)

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

MUNICIPIO DE MADRID

DISTRITO DE CARABANCHEL

Parque de la
Cuña Verde de Latina

AAVV
La Fraternidad de
Los Cármenes

Antiguo Poblado
Dirigido Caño Roto

Parque
Cerro Almodóvar

ZULO
studio

BAR Rio

Hospital Central
Defensa Gómez Ulla

Carabanchel

Eugenia
de Montijo

VISTA ALEGRE

DISTRITO
DE LATINA

CIE
Antigua Cárcel
de Carabanchel

Parque de
las Cruces

Carabanchel
Alto

BUENAVISTA

Aeródromo
Cuatro Vientos

PAU de Carabanchel

La Peseta





Cementerio San Isidro
Alto de San Isidro
Parque San Isidro

SAN ISIDRO

Marqués de Vadillo

COMILLAS

el solar de Matilde

e.s.l.a EKO

vaciador34

Urgel

OPANEL

Vista Alegre

Oporto

Palacio Vistalegre

Opañel

Plaza Elíptica

PUERTA BONITA

ABRANTES

DISTRITO DE USERA

Plaza Antiguo Ayto. de Carabanchel

Finca Vistalegre

Abrantes

Parque del Sur

Antiguo Poblado Dirigido Pan Bendito

Pan Bendito

Avda. de los Poblados

San Francisco

Cementerio de Carabanchel

CARABANCHEL Y SU ENTORNO

útiles 19

Útiles es un tren en marcha que anima la discusión en el seno de los movimientos sociales. Alienta la creación de nuevos terrenos de conflicto en el trabajo precario y en el trabajo de los migrantes, estimula la autorreflexión de los grupos feministas, de las asociaciones locales y de los proyectos de comunicación social, incita a la apertura de nuevos campos de batalla en una frontera digital todavía abierta.

Útiles recoge materiales de encuesta y de investigación. Se propone como un proyecto editorial autoproducido por los movimientos sociales. Trata de poner a disposición del «común» saberes y conocimientos generados en el centro de las dinámicas de explotación y dominio y desde las prácticas de autoorganización. Conocimientos que quieren ser las herramientas de futuras prácticas de libertad.

© del texto, Carabancheleando, 2017.
© de la edición, Traficantes de Sueños, 2017.



Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial 4.0 España

Usted es libre de:

- *Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato
 - *Adaptar — remezclar, transformar y crear a partir del material
- El licenciadore no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

*Reconocimiento — Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciadore o lo recibe por el uso que hace.

*NoComercial — No puede utilizar el material para una finalidad comercial.

No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

No tiene que cumplir con la licencia para aquellos elementos del material en el dominio público o cuando su utilización esté permitida por la aplicación de una excepción o un límite.

No se dan garantías. La licencia puede no ofrecer todos los permisos necesarios para la utilización prevista. Por ejemplo, otros derechos como los de publicidad, privacidad, o los derechos morales pueden limitar el uso del material.

El poema de la contraportada procede de «Crak» de Ignacio Miranda incluido en *Colección Señales de vida*, Madrid, Asociación Poética Caudal, 2015.

1ª edición: 1000 ejemplares.
Septiembre de 2017

Título:

Diccionario de las periferias

Autoras:

Carabancheleando

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños.

taller@traficantes.net

Edición:

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba 13, 28012 Madrid.

Tlf: 915320928

e-mail:editorial@traficantes.net

Impresión:

Cofás artes gráficas

ISBN: 978-84-947196-5-3

Depósito legal: M-26071-2017

Diccionario de las periferias

Métodos y saberes autónomos desde los barrios

Carabancheleando

traficantes de sueños

útiles

Índice

Introducción	15
De arrabales, poblados y barrios: una historia situada de la periferia madrileña	15
De las distancias que caben dentro de una periferia: ¿qué hace de un espacio una periferia?	21
Una hipótesis: las 3 (+1) periferias de Madrid	25
De Carabanchel al proceso «carabancheleando»	28
Unos apuntes sobre metodología	33
El lenguaje y los saberes periféricos	37
Cómo leer este diccionario	40
Coda	41
Participantes	42
Diccionario de las periferias	45
25 minutos	45
Antonio	46
Apoyo mutuo	47
Arte en la calle	48
Asamblea popular	49
Ascensor	51
Asociaciones de vecinos	52
Autogestión	53
Banco (Vida de los bancos, vida de banco)	54
Bares	55
Barriobajero o barrio bajo	57
Barrionalismo	58
Basura	59
Buscarse la vida	60
Calle (Kdekalle)	62
Carabanchelear	65
Carabancheles	65
Cárcel	66
Casa dispersa	68
Casa tapiada	69
Centrifugación	71
Centro de salud	71
Chándal	73
CIE (Centro de Internamiento de Extranjeros)	76
Cines	78
Comunes	78
Comunidad	82
Crisis	82
Curro	83
Dependencias	84
Desahucio	85
Descampados	86
Economato	87
Economía informal	88
Economía	92
Economía de las afueras, los márgenes y las periferias	93
EKO	94

El Guille	97
El Nañas	98
Envejecimiento	99
Estigma	100
Fermín	101
Finca de Vista Alegre	101
Fondo Buitre	102
Fútbol	103
Gentrificación	104
Gitanos	106
Huerto urbano	107
Insectos de barrio	108
Institución	109
Labanda	111
La Mina (polideportivo)	112
Línea Gris	113
Litrona	113
Mala Fama	114
Medios de comunicación	115
Memoria histórica	117
Mercadillo	119
Mestizo	121
Miedo	122
Movilidad social / salir de la periferia	123
Necesidad	128
Neoliberalismo	128
Ocupaciones (Historia de las)	131
Okupaciones	133
Paro	134
Parque de las cruces	135
PAU	136
Piscina	136
Poblados	139
Policia	141
Pueblo	142
Racismo	143
Reciclaje	146
Redadas racistas	148
Redes	148
Remodelación y rehabilitación	151
Rosendo	152
Ruderal	153
San Isidro	155
Satánico... y de Carabanchel	156
Segregación escolar	158
Selva del duro	159
Sin papeles	161
Sociedad participativa	162
Solar	164
Sonido Caño Roto	166
Telefonillo	167
Trabajo social e intervención social	168
Tragicomedia	172
Tranvía	173
Trapicheo	175
Universidad Popular de Carabanchel (UPCA)	176
Vacaciones	179
Vivienda colectiva	180
VPO	182
ZuloStudios	182

En memoria de nuestras vecinas Carmen González,
Fernando Mompradé y Felisa «La Segoviana»

Querida lectora, estimado lector:

Antes de nada, incluso antes de ojear y adentrarte en el texto que tienes entre manos, queremos hacer unas breves aclaraciones a modo de presentación. En realidad, esto no es un diccionario. Al menos no lo es en el sentido que se le da comúnmente y, por tanto, aquí no vas a encontrar ni una completa colección de léxico, ni una relación de correcciones, ni tampoco un listado consensuado de la lengua. Ni siquiera estamos seguros de haber saturado el lenguaje de las periferias, esos territorios en los que vivimos, deambulamos y llevamos ya unos pocos años pensando conjuntamente.

Lo cierto es que nada más iniciar este proyecto, las palabras y sus significados nos desbordaron por todos los lados, excediendo cualquier intento de fijación, de lograr un pleno consenso. Lejos de constituirse en un obstáculo, siempre entendimos que ese es el lenguaje de la vida común y corriente, siempre en movimiento, dando lugar a cientos de variaciones, polisemias y condensación de significados en una palabra. Un lenguaje de vidas sociales y periféricas que, de antemano, nos invitan a renunciar a toda forma de sujeción.

En este libro, por tanto, no hay aspiración de norma ni corrección, tampoco pretendemos adoptar ninguna estudiada distancia respecto a las gentes. No queremos situarnos en un permanente atraso respecto al uso cotidiano de la lengua, que es el de la vida social en ebullición, que se despliega en múltiples direcciones y por medio de todas las voces. Así pues, nosotras no hemos encontrado algo parecido a la pobreza lingüística, que nos parece más bien otro invento de correctores y vigilantes del lenguaje.

Por otra parte, hemos renunciado a elaborar algo parecido a un diccionario de uso, toda vez que comprobamos que para dar sentido a esa aspiración —la lengua que se usa— debería estar produciéndose y reelaborándose permanentemente. Lo que vas a encontrar aquí es un pequeño texto para pensar las periferias y el lenguaje de las periferias

urbanas. Es un texto parcial, necesaria y pretendidamente incompleto, heterogéneo y hasta dubitativo y equivocado. No nos parecen rasgos de los que avergonzarnos, ni de los que escondernos tras parapetos académicos. Todo lo contrario. Es una invitación, sí, a leer, pensar y combatir —nunca podríamos renunciar a ello—, una invitación a la que, desde este instante, quedas convocado para ampliar los significados, convocado a modificar, matizar y llevar hasta tu propia vida distintas acepciones. Comprobarás que faltan muchas. Constarás que invitan a miles de matices. Nos alegramos por ello.

Para empezar, nos ha parecido importante incluir una serie de textos introductorios que pretenden situarte en nuestro proceso de trabajo, en las claves básicas con las que hemos confeccionado este diccionario. En la primera parte te presentamos un recorrido histórico de las periferias de Madrid. Allí incluimos una propuesta de definición y de tipologías de periferias. Más adelante explicitamos nuestro sistema de trabajo, así como la elección de Carabanchel como punto de referencia. Estás en la antesala de la lectura del diccionario. A partir de ahí nos sumergimos en la elección y elaboración colectiva de las entradas, para las que te proponemos distintas formas de lectura. Lo que surja a partir de entonces es cosa tuya. Quedas invitada a discutir, recordar tu barrio o añadir tonos y versiones; queda mucho por hablar, por ahí andan polisemias inesperadas, vivas, en bocas de las gentes.

Adelante, vamos a ello, con la confianza de que, al menos, lo pases bien.

Introducción

De arrabales, poblados y barrios: una historia situada de la periferia madrileña

Para comprender el contexto urbano periférico actual resulta imprescindible analizar las continuidades y las rupturas que presenta el nuevo paisaje social y urbano en relación con su pasado. En las siguientes páginas trazamos un recorrido histórico de la periferia madrileña. La periferia ha supuesto siempre una solución, y al mismo tiempo un problema: un modo de contener las externalidades de la desigualdad social que a su vez tiende a desbordarse continuamente, a generar nuevas emergencias urbanas.

Desde el siglo XVIII, los gobiernos y planificadores de las ciudades europeas pretendieron generar modelos de ciudad ordenadas, entendiendo por orden el asentamiento de funciones y poblaciones de acuerdo con las necesidades económicas y político-policiales de la oligarquía urbana. Instalaciones industriales y de transporte, así como trabajadores e inmigrantes, debían ocupar las zonas alejadas del centro urbano, de las instituciones del poder y de las viviendas de las clases altas; los pobres y los habitantes de infraviviendas del casco histórico debían ser expulsados a las afueras. Ya en el Anteproyecto de Castro (1860) se propone una división de la ciudad por usos (viviendas residenciales, industriales, militares y obreras) y el desarrollo de barrios obreros (en la forma de casas de corredor) en la Tercera Zona del Ensanche, en las intermediaciones de Chamberí y en el sur obrero de la ciudad. También en el Proyecto de Plan Comarcal de 1924 se apuesta por una zonificación similar.

No obstante, la construcción de viviendas para los emigrantes y trabajadores que llegaban a la ciudad, o para alojar a los que malvivían en las infraviviendas del centro, fue del todo insuficiente. Enfrentados a la escasez de alojamientos, estos se dirigieron a las hacinadas casas de corredor, a cuevas y edificios vacíos, o levantaron sus chabolas en zonas alejadas de la ciudad y también en zonas próximas al Ensanche y al río. Un estudio de 1910 señalaba que unas 60.000 personas vivían en las corralas del centro, al tiempo que existían más de 2.000 chabolas en el norte de la ciudad. Para mediados de los años veinte, se calculaba que en la zona suburbana vivían más de 77.000 habitantes, mientras que los problemas de vivienda afectaban a cerca de 270.000 personas.

Por aquellos años, se desarrolló el debate sobre reforma social, vivienda y clases peligrosas. Se discutía sobre la necesidad de racionalizar los suburbios, con proyectos de ciudad-jardín, suburbio-jardín, parque urbanizado y colonias de casas baratas. Frente a los sindicatos (y a ciertas constructoras cristianas) que exigían realojar a los trabajadores en el centro, el IRS (Instituto de Reformas Sociales) defendía «localizar en un entorno próximo suelo económico donde construir casas higiénicas y amplias». Así, en el Plan de ciudades de Bidagor (1941) se preveía un compacto núcleo central confinado por el Manzanares y otros arroyos, un sistema de anillos verdes aprovechando la topografía, y más allá del primer anillo, una gran vía de circunvalación en torno a la cual se levantarán los distintos «poblados de Bigador». Este plan ignoraba, sin embargo, que muchos de los espacios previstos en el diseño ya estaban en realidad ocupados por chabolas. Tal y como alertaba el poco sospechoso periódico *Arriba* el 9 de enero de 1945: «400.000 personas viven en Madrid en estado de miseria. Su extensión supera a la parte urbanizada». La alternativa fueron los núcleos satélites, más fáciles de levantar debido a los menores costes y a que situaban a la industria y a la población obrera lejos del centro. Algunos se construyeron desde cero, como Villaverde, San Blas o los Poblados A y B en Carabanchel.

El franquismo llevaría al paroxismo esta división urbano-social con viviendas para funcionarios, militares, suburbios exclusivos y viviendas para emigrantes y chabolistas en una serie de poblados de absorción o dirigidos (alejados del núcleo urbano, faltos de servicios y de materiales de calidad). Estas viviendas constituirían, junto con las viviendas autoconstruidas por los miles de emigrantes que llegaban a la

ciudad, la primera periferia madrileña. Y es que, en las primeras décadas de la dictadura, Madrid duplicó su población. En 1952 el déficit de viviendas se cifraba en 700.000 y la población en chabolas e infraviviendas en 300.000.

La primera gran operación contra el chabolismo empezó con los Decretos-ley de 1954 y el I Plan Nacional de Vivienda de 1955. El nuevo planeamiento promovió la construcción de un conjunto de poblados en los alrededores de la ciudad con el objetivo de eliminar el chabolismo, alojar a los emigrantes y facilitar la expansión de la ciudad: se pretendía terminar los accesos a la capital y la construcción de vías de circunvalación. En 1955 se construyeron cinco mil viviendas distribuidas en ocho *poblados de absorción* (de población chabolista) y en 1956 se dio comienzo a un segundo programa. A partir de 1956 se encargó construir los *poblados dirigidos*, en los que las familias aportaban trabajo en la construcción con apoyo de un gabinete técnico (las domingueras).

En 1957, el gobierno dio un nuevo giro con la creación del Ministerio de la Vivienda. A su cargo se nombró a José Luis Arrese, partidario de cambiar la política de vivienda en régimen de alquiler por la propiedad (su lema era «un país de propietarios, no de proletarios»). Para ello se instauró un nuevo modelo de «vivienda subvencionada», animada por el Plan de Urgencia Social: se pretendía construir 60.000 viviendas en dos años. El plan subvencionaba la construcción de viviendas por entidades privadas y públicas. Bajo su mandato se levantaron 84.000 viviendas, 20.000 más que las esperadas. También en ese momento se pasó de levantar edificios de dos o tres plantas a construir torres altas, con el objeto de maximizar los beneficios.

Ante la llegada masiva de población, también en 1957 se emitió un decreto que prohibía entrar a Madrid a aquellas familias sin alojamiento reconocido y otro decreto que dictaba normas para impedir la formación de asentamientos clandestinos, derribar chabolas y devolver a sus habitantes a su lugar de origen. En 1961, se publicó otro nuevo Plan de Absorción de chabolas, por el que se construyeron seis *unidades vecinales de absorción* pensadas como vivienda temporal. A pesar de que no contaban siquiera con baño (excepto Hortaleza), las UVAs se convirtieron pronto en viviendas definitivas.

Tanto las UVAs como otras promociones de vivienda social se construyeron casi siempre en los mismos barrios. Los

chabolistas fueron así trasladados a los distritos de renta baja y de alta precariedad vital. La velocidad y los materiales empleados en estas promociones públicas, lo que pronto se conoció como «chabolismo oficial», produjeron un rápido envejecimiento y deterioro de este entorno construido. A finales de los años setenta, muchos de estos edificios se encontraban en estado semirruinoso. Por si esto fuera poco, tanto la población realojada en estos bloques, como la alojada en casas de autoconstrucción, vivía en barrios que carecían de todos los servicios públicos, a veces incluso de infraestructuras tan elementales como el asfaltado. Enfrentados a esta situación, muchos empezaron a organizarse, primero en las asociaciones de padres de familia, y luego en las llamadas asociaciones de vecinos, casi siempre usando los locales de la iglesia.

Sin duda, los vecinos y vecinas de estos barrios compartían orígenes y trayectoria común: del campo habían llegado a la ciudad para trabajar en la construcción o como obreros en las fábricas que se habían multiplicado por todo el país. En las fábricas, algunos compartían las luchas del momento, y aquellos que se desplazaban cotidianamente (casi siempre sin medios de transporte regulares) al centro de la ciudad, podían ver la diferencia de recursos y servicios. A pesar de la fuerte represión impuesta por la dictadura, las relaciones en esos poblados y barrios eran muchas veces de solidaridad y apoyo mutuo, y el control efectivo de los comportamientos se producía en un ambiente familiar o comunitario. Se puede hablar, por eso, de cierta autonomía, casi obligada por el aislamiento, pero sobre todo de relaciones de cooperación, que muchas veces venían sostenidas por las luchas compartidas en el mundo laboral. Aquellos espacios eran barrios con cierta homogeneidad. Las diferencias internas, en relación con el tipo de empleo (más estable o más precario) o el tipo de vivienda (poblados dirigidos frente a absorción, por ejemplo), quedaban así diluidas en el contexto franquista fordista: un grupo social marginado de los beneficios del *boom* de los sesenta y marginado de la ciudad, que muchas veces estos mismos trabajadores habían construido.

Estas comunidades, formadas en las luchas obreras y movilizadas en el tardofranquismo por la carestía de la vida, se vieron de nuevo amenazadas cuando la ciudad creció y el espacio que ocupaban —y que ellas mismas habían creado— se volvió rentable para los grandes propietarios y las inmobiliarias. Fue entonces, cuando «poblados» tan emblemáticos

como Orcasitas o el Pozo del Tío Raimundo se levantaron en protesta, cortando calles, organizando encierros en despachos oficiales e incluso huelgas de barrio. En los tiempos movedizos de la Transición, su persistencia logró arrancar a la administración el Plan de remodelación de barrios (1979-1989). De acuerdo con este programa, se construyeron más de 38.000 viviendas públicas para sustituir las casas de autoconstrucción, las viviendas de los poblados dirigidos y el llamado «chabolismo oficial» (poblados mínimos, de absorción, UVAs).

La victoria de los barrios obreros, después de veinte años de condiciones de práctica exclusión, entregó a las periferias unas viviendas dignas, levantadas con buenos materiales y en muchos casos discutidas con arquitectos y técnicos por medio de las asociaciones de vecinos y otras formas de participación. La construcción de estos bloques coincidió, sin embargo, con la extensión de la crisis económica que venía desarrollándose desde mediados de los años setenta: el cierre masivo de fábricas y talleres en los que buena parte de esta población trabajaba. La crisis creó un nuevo escenario, altamente fragmentado. Atacó uno de los pilares de la vieja fuerza del movimiento vecinal —la relativa homogeneidad de su composición social—. Incrementó la distancia entre los que perdieron y los que conservaron el empleo, entre los prejubilados en buenas condiciones y los trabajadores de aquellos sectores menos protegidos, más ligados al empleo informal. Sobre todo, acrecentó la distancia entre la generación emigrante que había trabajado duro en el tajo y en el barrio y la nueva generación joven, que ya no estaba aislada de la misma forma del resto de la ciudad y que se vio abocada a una auténtica crisis de sentido vital; el desencanto con la Transición política y la ausencia de expectativas laborales se anudaron en estos barrios con la llegada de una droga que prometía olvidar todo, la heroína, y que, como una epidemia, se apoderó de sus jóvenes.

Sin querer minusvalorar la enorme importancia del Plan de remodelación, en tanto vía de acceso a una vivienda de calidad, lo cierto es que en muchos casos transformó el chabolismo horizontal en una forma de chabolismo vertical. Si estos barrios, tanto de autoconstrucción como de promoción social franquista, ya estaban bajo el estigma vinculado a la informalidad y al miedo a las «clases peligrosas», la crisis, con el aumento de la pobreza y, sobre todo, con la violencia generada por la heroína, profundizó su estigmatización como

barrios indeseables y peligrosos. Justo cuando la periferia obrera se incorporaba estructuralmente a la ciudad —en lo que se refiere a transportes, servicios y calidad de las viviendas—, cuando su condición periférica parecía poder ser superada, la marca de la droga y la delincuencia volvió a alejar a estos barrios de la ciudad «formal». Sin duda, la vivienda es un elemento central en la salida de la exclusión y la pobreza, pero no es suficiente por sí misma.

Los primeros años ochenta fueron duros. La salida de la crisis se produjo lentamente, con el primer crecimiento de base financiera e inmobiliaria a partir de 1986 —año de incorporación a la Comunidad Económica Europea—, pero sobre todo con el largo ciclo de crecimiento económico que se inició hacia mediados de la década de 1990 y que llegó hasta 2008. En esas décadas, los barrios obreros dejaron de ser mayoritariamente obreros. La desindustrialización de las décadas de 1980 y 1990 y la entrada en la Unión Europea transformaron completamente la fisonomía social de las periferias. Los jóvenes se incorporaron a un sector servicios cada vez más desregulado. Muchos de los antiguos vecinos de estos barrios, al menos los que pudieron, vendieron sus casas y se trasladaron a otros barrios de reciente creación. Otros muchos, en cambio, aquellos con menos recursos, no pudieron vender siquiera en el nuevo contexto expansivo.

Al mismo tiempo, surgieron como setas bloques nuevos en el lugar de las antiguas casas bajas, o de los «viejos» bloques muchas veces ruinosos. Nueva población autóctona a la búsqueda de ascenso social —de los municipios cercanos a Madrid-capital, por ejemplo— y muchos de los cientos de miles de migrantes que aterrizaban en Madrid para levantar con sus manos el nuevo «milagro español», se alojaron en estos barrios (alquilados o hipotecados con costes astronómicos). De formas diversas, muchos de estos barrios pasaron a ser zonas mestizas, perdiendo su homogeneidad. Más allá de los antiguos barrios obreros y en muchos municipios de la corona metropolitana, el mega-crecimiento urbano tomó forma de Ensanche o Programa de Actuación Urbanística (PAU). En pocos años, se levantaron barrios enteros en lo que eran los nuevos bordes de la ciudad y en los que se alojaron (y fueron alojados) también distintos grupos sociales. Procesos de crecimiento urbano y fragmentación social que no afectaron por igual a todo el territorio metropolitano y que conviene entender en detalle.

De las distancias que caben dentro de una periferia: ¿qué hace de un espacio una periferia?

Aunque las periferias tienden a estar en el extremo de las ciudades, la distancia que marca la separación respecto al centro no siempre es geográfica; del mismo modo que no todos los barrios alejados lo son en el mismo sentido. Pese a compartir un carácter popular y altos bloques de ladrillo, cualquier habitante de Madrid sabe que no es lo mismo vivir en la *chunga* Villaverde que en el *tranquilo* barrio del Pilar, aun cuando sus vecinos se asomen a la ventana desde bloques de aspecto parecido y les esperen, en ambos casos, largas líneas de metro para llegar al centro. Como no es igual la vida en el nuevo Ensanche de Vallecas —plagado de solares vacíos, promociones de protección oficial abandonadas a su suerte y avenidas muertas— que en el lujoso PAU de Las Tablas. Y es que, si asumimos la periferia como aquel espacio excluido de los beneficios sociales, tanto materiales como simbólicos, normalmente asociados a los espacios centrales, resulta complicado constatar su traducción geográfica (centro-afuera): hay periferias en el centro de las ciudades, periferias dentro de zonas privilegiadas y periferias dentro de las periferias. Así pues, no es forzosamente el espacio geográfico, a pesar de su importancia (en cuanto al transporte, por ejemplo), lo que define a una periferia.

Las señales de relegación se superponen de forma compleja: realojos de población empobrecida que se concentran en viejos barrios, ya muy degradados; recursos estigmatizados —centros para personas sin hogar o basureros, por ejemplo— que se asientan siempre en las mismas zonas contra la voluntad de sus vecinos; representaciones mediáticas del tipo del programa *Callejeros*, que reactualizan la devaluación simbólica que acompaña a la material: imágenes que refieren determinados barrios desde la óptica de la escasez, la inferioridad, el estigma y la culpa. Estas son las periferias en las que buena parte de sus habitantes no elige vivir, sino en las que les toca vivir. Las transformaciones del ciclo socioeconómico *reperiferizan* —si se admite el neologismo— estos espacios, en paralelo al aumento de las tasas de paro y los desahucios, y periferizan otras zonas como esos nuevos desarrollos urbanísticos que, producto de la burbuja, no nacieron como márgenes y ahora se encuentran atrapados en ellos. ¿Qué factores tienen en común unos y otros? ¿Qué hace de un barrio una periferia?

En primer lugar, aquello que ha conformado históricamente la periferia en Madrid remite, como hemos visto, a las políticas de vivienda social. Un primer factor que convierte a algunos barrios en *periferias* apunta precisamente a la concentración de realojos de población excluida en determinadas zonas, siempre las mismas. Sea en forma de colonia o barrio completo, como en las décadas de 1980 y 1990, o en edificios o manzanas como en las políticas de dispersión que las siguieron, en la práctica han sido siempre unos cuantos barrios los que han seguido acogiendo dichos realojos, casi siempre sin las medidas sociales adecuadas para amortiguar los problemas. Sin ánimo alguno de culpabilizar a la población objeto de los mismos, que se vio arrancada de sus poblados para verse encerrada en pisos nuevos, lo cierto es que las duras condiciones de vida que se concentran en determinados barrios —paro, precariedad, trabajo informal, alegal o ilegal— acaban por imprimir cierto sentimiento de «asfixia» hacia dentro y «mala fama» hacia afuera.

Desviar la mirada hacia los nuevos desarrollos urbanísticos, lejos de modificar el panorama, permite observar cómo se replican los efectos de guetización: vivienda de protección oficial y realojos acaban concentrados en su mayoría en los barrios colindantes a las periferias tradicionales. Las políticas públicas de vivienda no solo deciden dónde habrá o no periferia, sino también su composición interior: una creciente estratificación en las categorías de vivienda de protección oficial amplió en pocos años de dos —familias jóvenes y especial necesidad— a siete el gradiente de acceso (determinado en todos los casos por el nivel de renta). El resultado fue que la población de mayor renta pudo acceder a viviendas en propiedad en mejores ubicaciones, mientras que la de menor renta quedó relegada a viviendas en alquiler y situadas generalmente en las peores zonas de los nuevos desarrollos.

En segundo lugar, la presencia o ausencia de recursos comerciales y sociales (educativos, sanitarios, transportes, limpieza) marca también el surgimiento de una periferia. Los movimientos vecinales conocen bien las desigualdades históricas en esta materia: lograr la equiparación en infraestructuras y recursos (asociados a derechos sociales) entre el centro y la periferia obrera fue uno de los principales ejes de su lucha. Hoy en día, la ley establece los porcentajes destinados a zonas comerciales, zonas comunes, dotaciones y equipamientos, pero la composición final de los mismos tiene muy poco que ver con la igualdad y demasiado con el mercado.

Se limpian antes las zonas «de interés turístico, cultural y comercial» que los barrios periféricos o se conecta por metro antes a los centros comerciales que a los barrios residenciales alejados. Sigue habiendo una enorme diferencia de *ratios* en colegios públicos, centros de salud y servicios sociales de unos barrios a otros. Las administraciones públicas se desentienden del cuidado de los edificios de protección oficial de ciertos barrios, dejándolo en manos de comunidades de vecinos pobres, a veces en conflicto; asientan en ciertas zonas recursos, asociaciones, figuras especializadas y programas específicos para colectivos definidos socialmente como problemáticos (drogodependientes, indigentes, inmigrantes, etc.); e incluso se plantean abiertamente distintas intervenciones desde Servicios Sociales.

El tercer elemento que conforma hoy una periferia, y que resulta determinante para los sentimientos de inseguridad y su gestión policial y vecinal, lo constituyen las marcas o estigmas sociales. En el imaginario madrileño existen zonas que se saben «buenos barrios» y otras que son definidas como «chungas». Vivir en una de estas últimas pesa a modo de estigma entre sus habitantes, quienes en otros espacios de mayor capital simbólico llegan incluso a evitar adscribirse a su territorio de pertenencia. Algunos vecinos optan también por un discurso de distanciamiento y diferenciación respecto de *otros* vecinos para salvar su estatus, aún a costa de reforzar la devaluación del barrio ante el resto de la ciudad. En esta percepción influyen, por supuesto, las «cosas chungas» que pasan en algunos barrios y que tienen que ver con la desigualdad social. Pero no solo. Influye fundamentalmente que los medios de comunicación construyan a través de relatos estigmatizantes y espectacularizantes un retrato de estos barrios como espacios de «inmigración» o «gitanos», de violencia, drogas, mafias, bandas y religiones peligrosas. En relación con estos elementos, se encuentra la presencia policial, no tanto por el número de detenciones, cuanto por su presencia en espacios públicos bajo la forma de controles selectivos, desproporcionada en comparación con otros barrios de la capital. La presencia policial no solo perpetúa sino que también refuerza la estigmatización del barrio: «Si hay tanta policía, por algo será».

A diferencia de los habitantes de «las Moralejas» de los nuevos desarrollos urbanísticos — así se autodefinían algunos habitantes hipotecados de las promociones privadas en la década pasada al verse en sus lustrosos pisos— y de los

vecinos autóctonos de los viejos barrios obreros, que han ido construyendo con años de lucha sus orgullosas identidades barriales, quienes actualmente viven en un barrio por sorteo o por necesidad, y no por elección, lo tienen complicado a la hora de construir un sentimiento de pertenencia. La casa en la que «les ha tocado vivir» no es el sueño de aquellos que rozaron el ascenso social por la vía de una hipoteca imposible: sin piscina ni mirador, con vecinos no deseados y en zonas poco «seguras» o con «mala fama», la ilusión por la huida crece por momentos. Por si fuera poco, la crisis socioeconómica que viene a apoyarse sobre la crisis crónica de estos espacios, muestra su cara más cruda en forma de impagos a la comunidad, cortes de luz, agua y gas, desahucios y ocupaciones de viviendas vacías. Los desahucios, aparte de desposeer de vivienda a sus legítimos moradores, rompen los procesos de construcción de comunidad. Cualquier ocupación genera al principio incertidumbre sobre los objetivos de los nuevos habitantes; la mayor parte de las veces, si se vence al miedo, se comprueba que solo buscan un lugar para vivir.

La sedimentación histórica de la pobreza, el abandono institucional y el estigma acaban incidiendo en el *miedo ambiente* de los barrios: los comercios locales no acaban de aflorar o echan el cierre al carecer de demanda suficiente, en los espacios comunes aparecen las territorializaciones y fronteras étnicas más duras. El resultado son espacios solitarios, cuando no identitariamente hostiles, que aumentan la sensación de inseguridad entre una parte de sus vecinos y las relaciones verticales entre quienes los dominan y quienes los temen. Esta bomba siempre a punto de estallar, apenas estable en su desequilibrio, hace de estos barrios un objeto de monitoreo constante. Un simple rastreo de datos en Internet nos muestra que la información procedente de los «barrios vulnerables» es mucho mayor y más accesible que la de un barrio «normal». El monitoreo estadístico continuo, traducido en intervenciones sociales y policiales diferenciales, nos informa de una necesidad de control por parte de la Administración ante la perspectiva de que las periferias puedan desbordarse en su conflicto interno o puedan buscar soluciones al mismo más allá de sus fronteras.

En definitiva, los elementos fundamentales en la construcción de una periferia constituyen un complejo puchero que mezcla realojos, distancia respecto al centro, recursos

escasos, miedos, abandonos institucionales, sorteos sin deseo, marcas, famas, recelos y, sobre todo, y en la base de todo, desigualdad, hacia dentro y hacia fuera. Por supuesto no es esto lo único que crece en estos barrios. Cualquiera que los haya habitado (en toda la extensión de la palabra) sabe de los milagros cotidianos que la pueblan: superhéroes de barrio, redes de solidaridad, calle, mucha calle, vida, ingenio, humildad, inteligencia, respeto, arte, comedia ante la tragedia... Cualquiera que piense *desde* la periferia sabe que donde muchos solo ven trapicheo o jaleo lo que hay son estrategias de personas sistemáticamente excluidas, desplegando fuerzas y formas alternativas de vivir en sociedad.

Una hipótesis: las 3 (+1) periferias de Madrid

Tras este breve recorrido histórico por la periferia madrileña, tras intentar caracterizar lo que hoy hace de un barrio una periferia y, sobre todo, después de tres años de investigación colectiva pateando, mapeando y pensando los barrios de Madrid, nos atrevemos a lanzar una hipótesis. En las periferias actuales se mezcla la actualización de viejas tendencias urbanas segregadoras, una historia que acumula desigualdad sobre desigualdad, y, al mismo tiempo, la expresión de una nueva crisis, con sus propias características en el marco del neoliberalismo actual. El resultado es una cierta heterogeneidad de la periferia: las 3 (+1) periferias de Madrid, que pasamos a describir.

Periferia obrera

Surge en los años cincuenta ante las necesidades de absorción y disciplinamiento de la inmigración rural: el año clave es 1955 con el Plan Nacional de la Vivienda, que determina la construcción de poblados de absorción para atajar el problema chabolista de la inmigración rural. Hoy en día los viejos cascos históricos obreros se han visto transformados por la presencia de nuevos habitantes pobres —migrantes con sus nuevas prácticas y sus nuevas subjetividades—, pero también modificados por cierto dinamismo y movilidad ascendente de su población, durante la etapa de crecimiento de Madrid. Todo ello hace de estos barrios unas periferias muy heterogéneas: algunas, las más cercanas al centro, se quedaron incluso

a las puertas de experimentar un proceso de gentrificación. Estas periferias han contenido en los últimos años lo que hemos denominado «aduanas», que se aplican solo a una parte de su población: aduanas, sobre todo en el transporte público, con los controles de identidad y que hacen que en Oporto o en el centro de Parla, unos viajeros entren en el tranvía como ciudadanos y otros puedan acabar en el CIE. Aduanas que funcionan como la puerta de acceso/control a la periferia, que se ubican justo en los nudos de comunicaciones que conectan el centro —del que se depende económicamente—. Pero también existen aduanas en los parques, donde se concentra la población joven. La inclusión diferencial también aparece en estos espacios, incluso a una escala mucho menor que en los PAUs: en una misma calle, pared con pared, conviven una antigua casa de los años sesenta, en estado de gran deterioro, con el bloque ultramoderno de tres *lofts* que se construyó hace apenas diez años en el solar de al lado.

Periferia guetificada

Aquella que se traduce en exclusión espacial de sus habitantes a través de una intervención institucional (vivienda pública, servicios de limpieza, servicios sociales...). Algunas proceden de la época fordista pero, a diferencia de otros barrios de la misma época, han seguido siendo núcleos de construcción de periferia en los años ochenta y noventa, al ser designadas como lugares para ubicar nuevos realojos (Villaverde, Caño Roto). Otras se levantaron en la década de 1980, al calor de la Operación de Remodelación y Reajustamiento de Barrios (Pan Bendito, El Pozo), bajo la misma lógica de concentración de la pobreza. Esta producción continua de periferia en estos barrios podría explicar su situación actual de «gueto», en comparación con otros barrios del antiguo cinturón rojo que presentan algo más de dinamismo. Tendríamos así una periferia / pobreza circular, donde no impactan tanto los cambios socioeconómicos que se producen fuera: una periferia sin esperanza, que habita en la nada como perspectiva y que a su vez es habitada por la violencia —que aflora fundamentalmente en momentos de crisis—. No obstante, se trata también de aquellos espacios urbanos que conservan y recrean relaciones comunitarias más fuertes, si bien muy marcadas por la territorialidad y la identidad (siempre excluyente).

Periferia neoliberal

Aquella que se conforma en enclaves segregados, con sus propias normas y códigos, más propia de un periodo neoliberal en el que el gobierno de la diferencia compuso un mapa más complejo, marcado por la competencia y la inclusión diferencial. Esta composición de enclaves dificulta la posibilidad de construir barrio. Es el modelo de los PAUs, marcado por la competencia y también producido a través de distintas políticas institucionales (también de vivienda, pero fundamentalmente de provisión de recursos diferenciales). Resulta interesante, por ejemplo, mapear la inclusión diferencial dentro de un ensanche: la composición de las distintas manzanas a través de la renta, el tipo de vivienda, detectar el tipo de recursos e infraestructuras disponibles, tiendas y comercios, etc. En este sentido, vemos diferencias entre los distintos ensanches y sus enclaves: no es lo mismo Sanchinarro que Parla Este o el Ensanche de Vallecas. Quien vive en estos últimos, a pesar de hacerlo en enclaves privilegiados dentro de su contexto, no presume de barrio, incluso cuando tiene percepción de ascenso social. De ahí la propuesta de que la noción de enclave deba supeditarse a la de periferia.

(+1) Periferia marginada

Se trata de aquella periferia que, heredera de los asentamientos chabolistas que rodearon la ciudad durante el franquismo, persiste hoy en los márgenes de la ciudad. La Cañada Real o El Gallinero constituyen dos ejemplos de aquello que la ciudad ha tratado de extirpar siempre de su corazón para llevárselo a una especie de vertedero social invisible —no por casualidad junto al principal vertedero de la ciudad—. En ese espacio se procesa lo que no sirve, pero ha cumplido algún tipo de función. Es también en ese lugar donde se permite que exista lo que no se puede tolerar en otras zonas de la ciudad: pobreza extrema, insalubridad, narcotráfico, violencia, etc. Cada vez más alejados de la ciudad, los poblados chabolistas son ciudades móviles que se levantan más allá de donde se intentaron destruir, ya sea debido a la construcción de una nueva autopista o de un nuevo desarrollo urbano. Aunque en estos espacios viven decenas de miles de personas, no hemos querido dedicarnos a ellos en tanto se encuentran fuera del marco de experiencia de buena parte de los habitantes de la periferia madrileña actual.

No obstante, no queremos dejar de considerarla en esta enumeración, y de resaltar su excepcionalidad en la secuencia (+1), precisamente más como un reclamo de su existencia que como un modo de estigmatización.

De Carabanchel al proceso «carabancheleando»

Ninguna reconstrucción histórica, ninguna hipótesis en torno a las periferias hubiera sido posible sin estar, mirar, andar y preguntar en lugares concretos. «Carabancheleando» comienza en muchos espacios periféricos dispares. En 2012 se inició desde el Observatorio Metropolitano de Madrid una investigación dedicada a explorar el impacto de la crisis sobre las periferias madrileñas. Partiendo de la hipótesis de que lo que estaba aconteciendo no era sólo una crisis, sino una ofensiva neoliberal que estaba construyendo un nuevo modelo social —basado en la competencia y la desigualdad—, se trató de caracterizar los efectos de la caída de las clases medias y el resurgimiento del fantasma de las periferias.

Con la explosión de las *banlieues* francesas en 2005 y los *riots* de Londres en 2011, acontecimientos que constataban la tensión urbana producida por la brecha de desigualdad neoliberal, el Grupo de Periferias del Observatorio Metropolitano se lanzó a navegar por el archipiélago de barrios que circundan la metrópoli madrileña. En esas islas, tal y como se vio, se estaba poniendo de manifiesto violencia estructural y desposesión en forma de desahucios, empobrecimiento, degradación de espacios comunes, concentración de las expresiones de violencia, xenofobia, etc. Al mismo tiempo, sin embargo, estaban surgiendo experiencias formales e informales que permitían contrarrestar la ofensiva neoliberal en forma de redes de apoyo mutuo, asambleas de barrio, grupos anti-desahucios, huertos comunitarios, centros sociales, etc.

Una serie de paseos por Parla, Villaverde, Torrejón, La Cañada, Vallecas, Caño Roto, Carabanchel, etc., acabaron por dibujar nuestra hipótesis de las 3 (+1) periferias. A partir de la constatación de esta heterogeneidad, y con vocación de producir no solo conocimiento útil para los movimientos sociales, sino también de contribuir a su impulso desde la inmanencia del propio movimiento, solo faltaba arraigar en un espacio periférico para continuar explorando con otros a quienes interpelase la interrogación sobre las periferias.

Surge así Carabancheleando, a partir del encuentro, en la primavera de 2013, entre la deriva que había tomado la investigación del Observatorio Metropolitano y algunos movimientos sociales y vecinales que habían surgido o se habían revitalizado al calor del 15M en Carabanchel. Dicho distrito, con más de 250.000 habitantes, es junto a Vallecas el más representativo de la periferia madrileña, al menos si atendemos al imaginario urbano «de la periferia». Testigo de cómo en su suelo se sedimentaban las tres capas de periferización mencionadas, Carabanchel se había convertido en un espacio privilegiado para observar las dinámicas heterogéneas que durante la crisis se estaban produciendo en la periferia de Madrid.

Pero como se ha dicho, no se trataba solo de observar, sino también de transformar conociendo y de conocer transformando, y Carabanchel, a partir de la explosión del 15M, se había convertido en un laboratorio de experimentación social y política de una enorme densidad. La Asamblea de Carabanchel, una de las asambleas de barrio más potentes de las surgidas a partir de la salida de Sol, fue pionera en parar redadas, en okupar un espacio social que diese respuesta a las necesidades de las vecinas y vecinos (el EKO), en asumir como eje fundamental la lucha contra los desahucios y en incluir a vecinos y vecinas migrantes en sus luchas. Al mismo tiempo, alrededor del propio EKO se estaba larvando, desde hacía años, un espacio contracultural alrededor de salas de conciertos y de teatro, locales de ensayo, viviendas colectivas, solares dedicados a la agricultura urbana, etc. El imaginativo florecimiento de la autogestión en Carabanchel constituía un marco bien interesante a partir del cual construir una investigación colectiva sobre el propio contexto social en el que se desarrollaban todas estas iniciativas vecinales. El resultado de este encuentro ha sido una especie de devenir común a partir de una propuesta externa.

Lo primero que nos propusimos fue hacer un mapeo del barrio. Invitamos al mismo a miembros de diversos movimientos vecinales y sociales del distrito. En dos sesiones conseguimos trazar una representación gráfica subjetiva del territorio que obedecía a nuestros propios intereses: los de las luchas en el barrio, los de quienes viven en el mismo, y por tanto están altamente implicados en su evolución, los de quienes buscaban conocer las continuidades y las rupturas, etc. Se identificaron distintos aspectos definitorios del barrio y los localizamos sobre el mapa. Si los mapas no representan

fielmente objetos, sino que dibujan las relaciones entre dichos objetos, este primer taller de mapeo nos descubrió los límites reales del distrito, la concentración de determinados fenómenos en algunos espacios, la segregación interna del propio barrio, etc. Con el fin de continuar la exploración de esos distintos aspectos, se agruparon todos los temas en cuatro grandes categorías: las fronteras (internas y externas, físicas y simbólicas, raciales y económicas), los estigmas (espacios y barrios), la crisis (y sus manifestaciones en la vivienda, el comercio, los servicios sociales, etc.) y los movimientos (vecinales, sociales y culturales).

Estas cuatro categorías fueron objeto de paseos y derivas por el barrio durante los siguientes meses. Los paseos constituyen una forma de investigar esas áreas temáticas sobre el terreno, andando y conversando al mismo tiempo. Permiten, como pocas metodologías, practicar la igualdad de inteligencias: el paseo hablado es algo de la gente común, algo que todas y todos sabemos hacer independientemente de nuestro capital cultural. El formato que elegimos fue el de construir itinerarios con cuatro o cinco paradas, en cada una de las cuales una persona especialmente implicada en el tema y en el lugar nos explicaría su visión sobre lo que pasó o lo que está pasando allí. Se trataba de poner en valor los saberes experienciales por encima de los teóricos: se trataba de hablar con expertos en su propia experiencia. A partir de la exposición disparadora, se armaba una conversación. Mediante esta se iba creando un discurso colectivo a partir de relaciones significativas entre las experiencias previas, los conceptos, los lugares, las personas, los colectivos. Se achicaba así la distancia entre referente, significante y significado: los paseos, y las conversaciones que se daban, permitían poner materia, cuerpo, imágenes, sonidos, olores y texturas a las ideas más abstractas mediante la constatación material de las relaciones de poder (muros, descampados, policías). Además, al realizar la reflexión sobre los espacios vivos, el surgimiento de acontecimientos no planificados enriquecía la experiencia mediante la aparición de interacciones con gente en el barrio, sucesos inesperados, conflictos. Por último, estos paseos permitían conectar personas diversas en el barrio: a partir de un objetivo común, se escuchaban sin juzgar relatos y visiones de otros diferentes, que ampliaban el conocimiento sobre el propio medio, produciendo enormes sorpresas entre los presentes al descubrir a su lado miradas y barrios completamente distintos del propio.

Las crónicas de nuestros paseos en la web de Carabancheleando intentan dar cuenta de las líneas principales subrayadas por los y las paseantes (<https://carabancheleando.wordpress.com/category/deriva/>). No obstante, el caudal de conocimiento colectivo de estos paseos desborda cualquier intención de registro, ya fuera por escrito, en audio o en vídeo. En un paseo de cuatro horas en el que participan decenas de personas, se genera una densidad de conocimiento intersubjetivo equiparable a una investigación etnográfica de varios meses de duración.

Conscientes de esa riqueza, y al mismo tiempo de nuestras limitaciones —en la medida en que no se trataba de una investigación profesional y no se contaba, por tanto, con tiempo y medios como para transcribir todo lo que se decía y editar todo lo que se grababa—, optamos por una fórmula que reflejase el conocimiento producido en los paseos, pero también el surgido de otras reuniones, así como del propio cuerpo social y vecinal, y siempre de una manera sencilla: un diccionario.

En 2014 lanzamos en la web el *Diccionario de las periferias*. El objetivo era presentar un pensamiento periférico en un doble sentido, tanto geográfico como de poder social. Generar un pensamiento propio, capaz de huir de las representaciones mediáticas y externas, pasaba por elaborar conceptos clave para pensar nuestro entorno periférico. Para ello, nos pusimos a clasificar áreas temáticas y conceptos relevantes que nosotros mismos definiríamos, todo ello sin entrar a discutir el sentido de dichas definiciones: si alguien consideraba un concepto de una manera distinta a la definición realizada, no tenía más que elaborar una nueva acepción. Además de este reparto, entre quienes participamos de forma más estable en Carabancheleando, realizamos encargos concretos a «expertos» en temas, ya fuera por su experiencia vital o por su implicación militante o profesional. Por último, ante la densidad semántica de algunas áreas temáticas a la hora de explicar la crisis en las periferias, optamos por organizar conversaciones colectivas para que de ahí salieran los conceptos clave y sus definiciones. Fue el caso de la conversación con distintos agentes implicados en el tema de la vivienda en Carabanchel, tanto en la lucha contra los desahucios, como en la construcción de viviendas y modos de vida alternativos. También la sesión sobre lo comunitario en relación con la institución, esta vez con profesionales y militantes diversos del distrito. En el diccionario, tal y como observaréis, se hacen definiciones,

pero también indefiniciones: y es que precisamente en dicho diccionario buscamos reflejar la complejidad intersubjetiva de las conversaciones, los múltiples puntos de vista, la ambivalencia de cualquier fenómeno social. En la sesión de discusión acerca de «los servicios públicos y lo comunitario» intentamos definir «comunidad» y el resultado fue una conversación de dos horas y media riquísima en matices y llena de contradicciones: ¿cómo traducir eso en una definición? Como ya hemos apuntado, más que cerrar, el diccionario trata de abrir significados y así reflejar la complejidad.

Otra deriva de Carabancheleando que surgió a partir de un paseo fue el proyecto audiovisual KdeKalle. El encuentro con los chicos de Zulo Studios fue un flechazo. Zulo Studios es un estudio de grabación gestionado por tres jóvenes compositores de *hip-hop* en los locales de la Asociación de Vecinos La Fraternidad de Caño Roto. A partir de su particular visión de su barrio, un espacio estigmatizado, y de la potencia creativa de sus letras para generar nuevos relatos sobre el entorno, surgió la idea de realizar un *video-clip* (<http://www.kdekalle.com/>).

El colectivo Cine Sin Autor se implicó enormemente para realizar dicha pieza durante el verano de 2014, al tiempo que íbamos conociendo este pequeño barrio conformado por sucesivos realojos y buscábamos planos, imágenes, personas y relatos. Además de producir una pieza audiovisual, la idea era revertir las visiones hegemónicas sobre los «barrios chungos», generar un proceso colectivo de reflexión que implicase a miembros de las distintas comunidades del barrio. El proceso se vio interrumpido por el final del verano y el encontronazo con la realidad de la precariedad, en la que los chicos de Zulo Studios se desenvuelven cotidianamente, y en la que tienen que compaginar, sin apenas recursos, los estudios y el trabajo, los colegas y el amor. No obstante, la experiencia fue muy potente para todo el mundo. Se pudo comprobar el poder de lo audiovisual en tanto modo de representación e interpelación entre distintos agentes. Algunos de los resultados visuales del proyecto constan en su propia web.

Carabancheleando ha ido transformándose. De concebirse como una investigación militante con un objetivo claro —testear las periferias en crisis con el fin de producir conocimiento útil sobre el ecosistema para y desde los movimientos—, se ha convertido en un dispositivo permanente de reflexión sobre el entorno urbano con intención de vincularse con diversos colectivos y pensar con ellos sus acciones.

Desde la aparición de Carabancheleando, hemos recibido peticiones para iniciar reflexiones colectivas centradas en espacios concretos, como el taller de mapeo de Majadahonda (Asamblea 15M) dirigido a pensar «la ciudad hecha para la economía», el mapeo de Aluche (la CABA) que trataba de reflexionar sobre el entorno en el cual se pretende incidir políticamente, el paseo y proceso reflexivo abierto posteriormente junto con Mapeando Carabanchel Alto (promovido por médicas y enfermeras de un centro de salud, la asociación de vecinos, etc.) a fin de comprender los vínculos entre «servicio público» y «comunidad», el taller para pensar Fuenlabrada desde un dispositivo de atención social (Centro de Rehabilitación Psico-Social) dirigido a desbordar las limitaciones de la intervención terapéutica cuando está desligada del entorno social. Lo que empezó siendo un proyecto se ha convertido en un dispositivo permanente de análisis de la realidad social que se activa a demanda, según la deriva que van teniendo los procesos. No se trata tanto de «asesorar a», sino de «pensar con». Y el descubrimiento ha sido que además de movimientos sociales, el interés por juntarse a reflexionar sobre el ecosistema procede también de profesionales de los ámbitos de la salud y de la intervención social. En ambos casos, hemos encontrado personas implicadas en la transformación de la propia institución y deseosas de redescubrir el afuera de la misma como respuesta a los múltiples problemas individualizados que se encuentran en su trabajo.

Unos apuntes sobre metodología

La metodología que usamos a lo largo de este proyecto se podría definir con una serie de adjetivos, a saber, flexible, abierta, colectiva, horizontal, militante y no-académica.

Flexible, porque no siempre hubo un plan definido, nos fuimos adaptando a las circunstancias y el propio modelo fue cambiando a lo largo del tiempo. En algunos casos utilizamos herramientas como los talleres de mapeado, los paseos o derivas; en otras los debates, los termómetros o los sociogramas, siempre dependiendo de las fuerzas disponibles, las intuiciones y los deseos de las personas que participaban en el proyecto.

Abierta, porque no siempre hubo un nosotros claramente definido, muchas personas pasaron por Carabancheleando

en sus distintas etapas, algunas siguen aquí, otras ya se han ido y algunas más están entrando. Somos un grupo abierto, ávido de nuevos miembros porque amamos la rotación, el recambio, el reciclaje.

Colectiva porque la fuente de todas las definiciones y del proyecto mismo fue una reflexión siempre grupal. En algunos casos la tarea de definir fue solitaria pero en cada definición hay ecos de los debates, de los paseos, de las dinámicas. Todo forma parte de un flujo de conocimiento que fuimos creando y compartiendo en todo momento todas las personas. Horizontal porque las participantes, incluso los más esporádicos o espontáneos aportan al mismo nivel sin jerarquías. Y esto produjo un conocimiento enriquecido por la motivación y la emoción de lo que se aprende.

Militante, porque esperamos que en el diccionario encontréis ideas, conceptos, un espejo en el que miraros o todo lo contrario. Que sea de utilidad. Ese fue nuestro principal objetivo: aspiramos a que en algún lugar de este diccionario encontréis algo de lo que hacer un arma para vuestra lucha sea la que sea.

Y, la verdad, no hemos seguido una metodología muy académica. Creemos que a estas alturas imagináis cómo y por qué: la academia trabaja para sí misma, se autorreferencia, es endogámica y elitista hasta límites enfermizos, más allá de excepciones personales, atrapa en sus formas de mirar, de delimitar lo que es relevante y lo que no. Y aquí pretendemos todo lo contrario: ser exogámicos y promiscuos, mezclarnos, saltarnos los formalismos de la academia y hacer algo tan imperfecto, tan informal y tan subjetivo como útil. Algo tan vivo, abierto y a la vez sencillo y accesible que de urticarias al tribunal de calificación.

Siguiendo estas ideas básicas usamos algunas herramientas que, siendo sinceros, aportaron bastante. Aquí va una descripción no exhaustiva de algunas de las cosas que hicimos y que cualquiera podría hacer para conocer su barrio, su periferia, su ciudad, su mundo. Y que sirven para cambiarlos.

Mapeo colectivo

Los talleres de mapeo colectivo nos sirven para tratar temas que tienen una dimensión espacial. Para ello necesitamos congregarnos a un puñado de personas relativamente heterogéneas, pero que comparten el interés por el tema que se está

analizando. Quienes dinamizan pueden lanzar una pregunta abierta, que actúe de disparadora de una charla entre los participantes. Por ejemplo, ¿qué claves tendría que conocer alguien que se muda a Carabanchel para enterarse de lo que ocurre en el barrio?, o ¿a qué problemas se enfrentan las vecinas? Quienes dinamizan van anotando los temas que van saliendo y después de un rato de charla se ponen en común, seleccionando entre todos los cinco o seis asuntos generales más relevantes. En la segunda parte del taller se trata de localizar en un mapa grande del territorio lugares específicos donde estos asuntos seleccionados se ponen de manifiesto, contando a la vez historias, poniendo en relación con otros puntos, matizando, etc. ¿Y qué se obtiene del taller? Aparte de poner en común lo que saben unas y otras personas, se conectan distintos hechos, y lo que nos parece más importante, se identifican ejes temáticos que vertebran la vida en ese territorio. Podría encontrarse, por ejemplo, como en el caso de Carabanchel, la importancia de los estigmas en la identidad del barrio, la existencia de fuertes fronteras —físicas y simbólicas—, el dinamismo de los movimientos sociales, la vivienda como campo de batalla en el pasado y el presente, etc. Estos ejes son susceptibles de ser tratados luego más en profundidad con otras herramientas (paseos, debates, barómetros, etc).

Paseo/deriva

El paseo actúa como un corte transversal del barrio, visitando lugares significativos de la temática que se esté tratando, charlando directamente con las personas implicadas en cada asunto y poniendo en común las experiencias de los participantes en el paseo. Una vez concretado el eje temático sobre el que versará el paseo, se prepara, identificando las paradas que sería interesante realizar, contactando para cada una de ellas con una persona/grupo de personas que explique lo que ocurre allí. La convocatoria del paseo se hace lo más amplia y abierta posible, para que los asistentes aporten, en cada una de estas paradas, su experiencia, sus dudas, sus preguntas y entre todos se vaya entretejiendo una red, no sólo de hechos o conocimientos relacionados, sino, si hay suerte, también entre las propias personas o colectivos paseantes.

Sociograma

Plasmamos, en una superficie bidimensional, un eje vertical que representa la capacidad de actuación, de influencia o «el poder» y un eje horizontal que representa la afinidad. En esta matriz ubicamos a los colectivos, instituciones o personas que actúan sobre un territorio dado, que en nuestro caso ha sido Carabanchel. De esta forma visibilizamos con qué colectivos, instituciones o personas tenemos más cosas en común y de qué fuerzas disponemos. Lo que comúnmente denominamos las redes. Pero también vemos a quien nos enfrentamos, las posibles alianzas y los conflictos. Todo esto con *post-it* de colores y rotuladores, de forma que quede bonito (y con la nada despreciable ventaja de que es barato).

Barómetro

Una vez seleccionado un tema —recursos, economía, etc.— alguien se encarga de hacer unas afirmaciones al respecto, siempre discutibles. Tratamos, para ello, de recuperar las contradicciones, las ambivalencias y los distintos derroteros por los que anda la vida social, las vidas en el barrio, los intereses y acciones de sus gentes. Una vez hecha una afirmación las personas se ponen físicamente a un lado, si están de acuerdo, o al otro, si no lo están. Cada una expresa su punto de vista y las demás se van moviendo de forma que las posiciones o se acercan o se alejan aún más. Es simplemente una forma muy corporal de dinamizar un debate.

Debate

Nada nuevo. Se trata de una de las dinámicas de trabajo más recurrentes y, a la vez, más necesarias. Sólo requiere de ganas de debatir, juntarse, plantear diversos puntos de vista. Una sencilla práctica que consiste en reunirnos con personas con un conocimiento o un interés especial en un tema. Algunas veces incluso llevamos galletas y café.

Nuestras sesiones de trabajo sirvieron para acotar entradas, términos y expresiones del diccionario, también para definirlos. Solo son algunas herramientas entre las muchas posibles que, por sí solas, no garantizan ningún resultado pero que están inscritas en el proceso de trabajo que hemos

descrito. Al fin y al cabo, adentrarse en el lenguaje y en los saberes periféricos necesita de una disposición previa a encontrarlos.

El lenguaje y los saberes periféricos

A pesar de su aparente simpleza, el acto cotidiano de nombrar las cosas, la vida, el entorno, es algo de suma importancia. Acciones insertadas imperceptiblemente en nuestras vidas cotidianas: decir, calificar y distinguir las cosas son operaciones que a la vez reflejan y configuran la realidad. Cuando hablamos estamos haciendo algo, y las palabras —de forma inevitable pero no siempre consciente— también hacen algo con nosotras.

Ya lo hemos señalado: con algunas intuiciones y la voluntad clara de desarrollar una mirada atenta, una disposición para escuchar y para charlar, hemos podido percibir una densa y rica red de significados periféricos producidos por las gentes: polisemias, versiones y declinaciones que componen un lenguaje complejo que parte de lo cotidiano. Así, las entradas que hemos elaborado en este diccionario son de muy distinto tipo: verbos, sustantivos y adjetivos, conceptos compuestos, expresiones y frases hechas. Y muchas palabras nuevas, inventadas y reconstruidas en ese proceso de conversación.

Se trata, en todo caso, de un lenguaje periférico que pertenece a los saberes alejados de los núcleos de poder y de los conocimientos oficiales. Se trata, pues, de conceptos y expresiones, pero también de tonos y acentos, unas veces relegados al olvido, otras muchas presentes en el lenguaje legítimo como ejemplos de vulgaridad, de error y de incultura. Las gramáticas y diccionarios oficiales se distancian del glosario periférico, para calificar sus palabras o despreciarlas unas veces, reutilizarlas otras y, al final, imitarlas o folklorizarlas en el lenguaje mediático. Este glosario periférico va a ser también el repositorio de la imagen y el verbo asociado a la vulgaridad desordenada, al peligro, a lo inmoral. Nosotras por el contrario reconocemos esto como diversidad. Si luchamos contra las jerarquías también lo hacemos contra la corrección, en tanto reflejo suyo. El lector despistado creará ver en las definiciones de este diccionario innumerables errores lingüísticos, ortográficos, de estilo o gramaticales, pero en realidad

son diferentes formas de utilizar la lengua, gramáticas propias y ortografías libres que se hacen correctas cada una en su contexto.

Este empeño no es, sin embargo, un ejercicio lúdico de rehabilitación lingüística. Si queremos poner en marcha otros saberes y otras formas de generar conocimiento, hay que jugar fuerte en el terreno del lenguaje y en el combate por las palabras y los conceptos. Primero, mostrando la desnudez del lenguaje que se dice legítimo, culto y correcto, que siempre necesita un sustrato social donde desplegarse y que las gentes vulgares y corrientes como nosotros usamos, estiramos, deformamos cotidianamente. Segundo —o más bien a la vez— reconociendo y abriendo la enorme y compleja carga de significados de los saberes periféricos, que nunca son la referencia de lo adecuado y difícilmente encontrarán hueco en diccionarios de referencia, ni siquiera los de uso, acuciados como están por la brevedad, la concisión y lo correcto.

Recopilar palabras y expresiones es, pues, una pequeña parte, un granito de arena, de un proyecto más amplio: aquel que pretende plantear formas de investigar y conocer comunes, generar pensamiento propio que muestre que ya no nos creemos las representaciones mediáticas al uso, ni los laberintos jurídicos del lenguaje, ni la palabrería de una política de oligarquías y élites. Porque hablar y nombrar es importante para reinterpretar la realidad y poder acompañarla de las grandes preguntas: «¿qué pasa?», «¿qué hacer?», «¿qué imaginar?». Definir, pues, lleva implícita la imaginación de la acción y del futuro.

Este diccionario tampoco es una colección localista y pintoresca de palabras y conceptos. No queremos alimentar prejuicios y estereotipos, sino invitar a un trabajo permanente de formular preguntas, entrenar la sensibilidad del oído y el reconocimiento de las vidas comunes. Las palabras y expresiones aquí recogidas muestran su enorme capacidad y poder para configurar realidades y ser significativas; y eso es algo universal y no exclusivo de este o aquel lugar.

En el diccionario no vas a encontrar todo el lenguaje de la periferia. Incluso nos atrevemos a afirmar que se trata de un glosario muy limitado de la misma. Esa ausencia de representatividad es cuantitativa, pero también cualitativa. Quienes aquí definimos cuestiones periféricas que nos parecen importantes tenemos nuestras propias marcas sociales, sesgos de

clase —ni los más pijos ni los más pobres de nuestros barrios están aquí—, de género —buena parte de las palabras han sido escritas por hombres o desde una mirada masculina—, de identificación sexual —la norma hetero gana por goleada—, de origen —las fronteras operan en el cotidiano por más que busquemos el mestizaje—, de etnicidad —la mayor parte no estamos etnificados—, de racialidad —la mayor parte no estamos racializados—, de edad —hay un ligero tufillo generacional protagonizado por quienes nacimos entre 1970 y 1990—, de actividad laboral —la mayor parte llevamos a cabo trabajos no manuales fruto de cierta formación académica—, de ideología —generalmente ateos y cercanos a las ideas libertarias— y de implicación política y cultural —solemos participar en movimientos sociales o en redes comunitarias de activismo—. Aún habiendo buscado y escuchado la diversidad, no es fácil implicarla en un proyecto como este: la identificación con la periferia no es algo que atraviese a todos sus habitantes. No obstante, el valor de este diccionario no estriba en su representatividad, sino en lo que gente situada en un momento histórico concreto reflexiona acerca de un espacio generalmente impensado o malpensado.

El diccionario de las periferias es una parte del esfuerzo por buscar y generar relatos distintos a los hegemónicos y oficiales, incluidos aquellos que se generan desde la academia. Porque, lejos de la inocuidad, pensamos que esos relatos están construyendo la ofensiva neoliberal que nos propone nuevas formas de convivencia y, con ello, la imposibilidad de pensar otras formas de ser y estar juntos. Y porque sabemos que en los barrios, en la vida cotidiana, ya se están produciendo resistencias a esa ofensiva por medio de miles de iniciativas, okupaciones, grupos de consumo, redes informales de solidaridad, espacios de arte, deporte, etc. Y porque intuimos que todo esto va más allá de *la crisis* que parece explicar y justificar todo.

Al contrario de lo que pretenden los diccionarios de referencia, este no tiene ni principio ni fin. A pesar de sus límites físicos, nunca sabremos cuándo estará terminado, ni siquiera cuando se inició, porque al fin y al cabo nosotras comenzamos recogiendo palabras que ya estaban en circulación. Nadie se puede apropiarse de ninguna entrada, ni pretendemos que sean las correctas, sujetas como están a nuevos usos y declinaciones. Cada definición es una de las posibles, es uno de los trazos de la polisemia social de las palabras, un lenguaje complejo, ambivalente, de uso multilocal, que cuenta con estrategias propias

de subrayado y etapas de olvido, recuperación y resignificación. Terminemos ya con unas breves pistas acerca de cómo puedes organizar la lectura de las palabras de la periferia.

Cómo leer este diccionario

Las entradas de este diccionario están ordenadas alfabéticamente. Y hasta aquí llega nuestra concesión a los órdenes académicos. Un orden tan sólo aparente. Avanzar en la lectura te servirá para comprobar que cada palabra, cada expresión es una mera excusa para contar alguna historia, para hablar de otra cosa. Podría tener otro título sin demasiado problema, cambiar de posición en la lista y reorganizar todo el texto. Se despliega, pues, un orden aleatorio que está implícito y que se acerca al desorden con el que usamos el lenguaje, lejos de los territorios de análisis. Por eso mismo se puede leer de atrás hacia adelante o al revés, tal vez por categorías, siguiendo las pistas que ofrece cada palabra o de cualquier otra forma que a ti se te ocurra.

Si en algún momento tu opción tiene algo que ver con las categorías que apuntamos, a continuación las enumeramos brevemente comentadas:

* Espacios: lugares, sitios... allí donde ocurren las cosas. Las que nos encontramos. Espacios que conocemos o que nos intrigan, los que nos repugnan y nos gustan. Nuestros espacios, los vuestros y los suyos.

* Movimientos: la gente que hace cosas en el barrio. Diferentes colectivos que se mueven, se movilizan o movilizan a la gente. No cualquiera eso sí, encontraréis aquí de lo bueno lo mejor.

* Economía: ¿cómo se busca la vida la gente en las periferias?

* Vivienda: hasta la vivienda se redefine en el diccionario de las periferias, la casa no será nunca más ese espacio aburrido que siempre pensaste, en ella y por ella se luchan las más bellas batallas y se viven las mejores historias.

* Memorias: cosas viejas que nos recuerdan otras cosas, historias de la gente. El pasado revisado, las historias que nos definen y las que no.

* Estigmas: objetos, personas o lugares que, de una manera bastante superficial, tienden a asociarse con ideas negativas. Aunque estas asociaciones sean más o menos inconscientes, no dejan de ser meras construcciones sociales, hechas con mayor o menor intencionalidad.

* Fronteras: barreras físicas o simbólicas que se oponen a la libre circulación de las personas o al establecimiento de vínculos entre la gente. Las hay arquitectónicas, económicas, raciales, de género, etc.

* Gente: podría ser todo, pero lo hemos restringido a las interpretaciones que las personas hacemos de lo que ocurre a nuestro alrededor, así como a los mecanismos que inventamos (o inventan algunas personas) para interactuar con la realidad.

* Símbolos: aquellos objetos, lugares o personas que nos parecen especialmente representativos o evocadores de algún aspecto de la vida, más allá de su mera individualidad.

* Diversidad: hace referencia a lo que tiene que ver con las distintas culturas o modos de organizar la vida que podemos encontrar en nuestra sociedad, a las características o necesidades específicas que poseen o se atribuyen a determinados grupos / colectivos que la formamos.

Coda

Final del recorrido

tres años de mapeos, derivas

y encuentros junto a otras muchas, en los bordes de la ciudad.

Ahora les toca a ustedes.

Les proponemos seguir dándole vida a este proyecto

Inconcluso como las calles, las casas, nuestros barrios

Queremos que en medio

de las derrotas y las victorias de los arrabales

este libro se convierta en un artefacto vivo que pasa de mano

en mano,

boca a boca, con el aire

en tu parque

o al cuestionamiento del orden realmente existente tras la barra de algún bar.

Pensamos que esto es un dispositivo, queremos que lo sea
 para intervenir en nuestras vidas
 O una mera excusa para incitar nuevas conversaciones.
 Ecos del asfalto

Palabras que puedan detener la razón de los poderosos
 poniéndolos ahora entre paréntesis, desnudando sus miserias
 asistiendo, quizá con perplejidad, a nuestras formas de mirar
 y pensarlo todo

Ecos de las periferias, con resonancias en mil sitios
 más allá de las torres de los sabios, los entendidos, los
 armados
 Escritura similar que anuncia significados diversos
 gestos, tonos, el volumen con el que hablamos...
 Los discursos con los que nos atrapan
 y atrapamos
 Nosotras mientras tanto, seguiremos en la calle
 junto a otras, otros ecos
 preguntando
 trazando nuevas líneas por explorar
 otros caminos por los que dejarnos llevar
 otros espacios en los que encontrarnos
 y conversar sobre nuestras ciudades
 y sus bordes

Participantes

Cuando decimos que este Diccionario de las periferias es un
 proyecto colectivo, no estamos hablando metafóricamente.
 En este diccionario se pueden encontrar textos y colaboracio-
 nes de muchas personas y colectivos. Aquí van:

Pilar Cucalón, Natalia Slepoy, Maxime Diedhiou, Alfonso
 Andaluz, José Mansilla, David Prieto, Ana Ávila, Yoel Ló-
 pez, alguna persona de Can Vies, Marta Malo, Alcira Padín,
 Eva García, Sergio García, Débora Ávila, Daniel Parajuá, Au-
 relio de León, Elena Pascual, Anibal Hernández, Ainchous,
 Jorge Aranda, Checoslovaquia 34, György Bratiev, Comisión
 de Comunicación de la Asamblea Popular de Carabanchel,
 ESLA Eko, Asociación de Vecinos «La Fraternidad de los
 Cármenes», Emilio Gómez Barroso, Javier Gómez Calzada,

Ángel Hernansáez, Ignacio Miranda, Fernando Mompradé, Nodo de Autogestión de Carabanchel, Luisa Simón, Universidad Popular de Carabanchel (in memoriam), Vaciador 34, ZuloStudio (Dani/Qbano, Juan Carlos/Chek, Adrián/Sion), Niki Delgado, Marta Pérez, Francisco Gaitán, Javier Gil, Irene Ruano, Nuria Rosado, Jara Cubillo, Rosa Miguel Nieto, Paula Hernández García, Marcelino García, Campaña estatal por el cierre de los CIE, Luis, Cuqui, Jugadoras del equipo de fútbol femenino Casco Antiguo de Carabanchel «B», Cine Sin Autor, David Arenal, Jorge Sequera, Sara (vecina de Villaverde), Suggj, Asamblea de PAH Centro, Asamblea de Vivienda - Latina, Gisela Bragado Quero, Inés Gutiérrez, Laura Escudero, Virginia Montero y Beatriz García.

Diccionario de las periferias

25 minutos

(Fronteras) (Gente)

«Mi barrio no está tan lejos, se tardan solo 25 minutos en llegar al centro», le dice Pedro a una incrédula Lucía. Pedro es vecino de Carabanchel Bajo; Lucía una amiga mucho más del centro. Han quedado para tomar unas cañas en un bar de Malasaña, relativamente cerca de donde vive Lucía. «¿Qué? ¿No me crees? Solo nueve estaciones de metro para llegar desde Oporto a Callao en la línea 5; a 2 minutos por estación, eso hacen 18 minutos; más otro par de ellos para entrar y salir...». «¿Y si no quieres ir a Callao?», le replica Lucía. «Pues entonces es mejor que cojas la circular, o el 34 o el 35».

Si no has tenido una conversación como esta, haciendo estrambóticos cálculos como los de Pedro, es que probablemente no vives en una periferia urbana. Porque uno de los elementos definitorios de las periferias es, sin duda, su distancia al centro. Eso sí, en una ciudad grande todo el mundo sabe que, por mucho que se empeñe la Física en lo contrario, las distancias no se miden en kilómetros: las unidades correctas son los minutos o, alternativamente, las paradas de metro. Lucía tiende a utilizar más los minutos y Pedro las paradas, para hablar de distancias. Y esa no es la única cosa en la que la Física se equivoca cuando hablamos de periferias urbanas. A medida que charles con Pedro y Lucía, te darás cuenta de que aunque hablen de la misma distancia, esta no mide lo mismo para cada uno de ellos: Carabanchel Bajo está a tiro de piedra del centro para el periférico Pedro, mientras que se trata de una distancia casi insalvable para la centrada Lucía. De hecho, ella nunca ha visitado Carabanchel. No se le ha perdido nada allí.

Ver: Línea Gris.

Antonio

(Vivienda) (Gente)

Antonio es un tipo que se ha creído *la historia*. Esta es un producto que se empezó a crear durante el franquismo, cuando los tipos que nos gobernaban —por llamarlos de algún modo— decidieron que lo mejor para tenernos controlados era hacernos propietarios. Y nosotros nos metimos en ello de cabeza. Encantados. La propiedad de las cosas sería el reflejo de nuestro progreso. Como cuando Antonio fue capaz de comprarse el *Seiscientos*. Después de dos meses de espera, el día de la entrega lo vio bajar por una rampa, con sus líneas suaves y el color azul celeste. Y se le caían las lágrimas. Era su sueño.

Antonio se ha tirado toda la vida trabajando y se ha privado de muchas cosas. Eran «lujos innecesarios». Finalmente consiguió no solo el *Seiscientos*, sino la casa en la que vivía. Es más, ahorrando poco a poco, como una hormiguita, compró un piso en el portal de al lado. Sería su inversión («el ladrillo nunca baja») y el día de mañana se lo dejaría a sus hijos, que a diferencia de Marisa y él, han estudiado mal que bien, alguno de ellos yendo incluso a la universidad.

El piso del portal de al lado se lo alquiló a una familia de ecuatorianos. Ha sido una inversión redonda. De hecho, le dieron ganas de meterse en un tercer piso (y una tercera hipoteca), pero tuvo que dejarlo para más adelante, porque por aquel entonces tuvo que empezar a ayudar a su hijo mayor, que se quedó sin trabajo en un ERE y con su edad es muy difícil que encuentre algo decente. Entre tanto, Antonio ha cambiado de coche varias veces, cada uno un poco más grande que el anterior, y que ahora guarda en un garaje. Ya en su día compró 90 acciones de Telefónica y 25 de Repsol que han ido subiendo desde entonces.

Una pena que la segunda familia de ecuatorianos a la que alquiló el piso se marchara a su país. Tenía la sospecha de que realquilaban dos de las habitaciones, pero mientras pagaran la renta y no dieran demasiados problemas eso a él le daba igual. Ahora el piso está vacío porque es muy difícil alquilarlo. Eso sí, prefiere tenerlo mirando que malvenderlo o «meter a cualquiera». A ver si termina esta maldita crisis y todo vuelve a ser como antes.

Antonio mira con abierta hostilidad a la familia (no sabe ni cómo se llaman) que ha ocupado el piso del primero. Parece

ser que les habían desahuciado de una casa que no podían pagar. También desconfía enormemente de los vecinos que llevan ya cuatro años dando la murga en la plaza todos los domingos y que encima terminaron por meterse en el antiguo economato del barrio, donde hacen fiestas y reuniones. Y no le gusta un pelo el huerto que han montado en el solar de la esquina, ni que llenen todo de carteles con convocatorias de manifestaciones. Es una vergüenza que se apropien de lo que no es suyo.

Hace unos días le vino un grupo de okupas a pedirle el piso vacío. Le proponían que se lo dejara y a cambio decían que lo cuidarían y se harían cargo de la comunidad hasta que él lo alquilara o vendiera. No daba crédito; «¿qué se ha creído esta gente?» Si quieren algo que trabajen duro como hicieron Marisa y él toda la vida. «Sólo hay una forma de tener algo en esta vida: trabajar, trabajar y trabajar». Pero le da miedo que se metan mientras está de vacaciones en el pueblo, así que ha encargado poner rejas en las ventanas y un buen cerrojo en la puerta. Lo malo es que desde entonces no puede dormir.

Como puedes imaginar, Antonio es tu vecino del tercero, es tu madre, eres tú. Antonio somos todas. Y su sentido de la propiedad es el principal impedimento para que salte por los aires todo el tinglado en el que nos han metido.

Ver: Casa tapiada, Vivienda colectiva.

Apoyo mutuo

(Economía) (Movimientos)

En muchas de las iniciativas autogestionadas que existen en Carabanchel, no pasará demasiado tiempo hasta que escuches un par de palabras que van siempre juntas: apoyo mutuo. Y es grande cuando se da entre las personas de cada espacio, pero lo es mucho más cuando las paredes de esos espacios se diluyen y se da entre colectivos afines carabancheleros. Pero ¿a qué nos referimos cuando hablamos de apoyo mutuo?

El apoyo mutuo es parte del procomún y del cooperativismo. Utilizado para sobrevivir y escapar del sistema capitalista.

El apoyo mutuo se contrapone al individualismo y a la competición. Es tener fe ciega en que no estás sol*. Son relaciones bidireccionales en las que no hay quien da y quien recibe, son relaciones entre iguales, horizontales, en las que aprendemos, enseñamos y colaboramos un*s con otr*s.

Sobre todo es la ausencia de EGO, la ausencia de la lucha de EGOS. Lo intentamos, aunque no siempre sale; el sistema capitalista ha hecho tan bien su trabajo que los EGOS siguen saliendo, a veces sin que nos demos cuenta. Pero lo intentamos, y lo primero es ser consciente de qué es lo que acaba con el apoyo mutuo.

¿Y por qué hablamos ahora del apoyo mutuo? ¿Es algo nuevo? Ni mucho menos, es tan viejo como los grupos de personas: el apoyo mutuo es lo que hacemos en nuestras familias y con nuestras amistades más íntimas: ayudarnos sin esperar que nos devuelvan el favor. Aunque sí esperamos una reciprocidad: cuando yo lo necesite, sé que ell*s también estarán ahí para echarme un cable. Lo que queremos ahora es extender este tipo de ayuda y reciprocidad a muchas más personas y colectivos. Nos llevaremos algún palo que otro, sí (quién no se lo lleva de vez en cuando también con su familia y amigos, para luego volver poco a poco a recobrar la confianza), pero queremos que este modelo sea la base para relacionarnos con otras personas con las que compartimos espacios y proyectos políticos, sociales y económicos.

Y si hablamos ahora del apoyo mutuo es porque much*s tenemos la intuición de que es clave para desembarazarnos de unas entidades centrales que supuestamente deberían redistribuir los recursos y protegernos de los peligros de la vida, pero que en realidad vemos que sirven mayormente para concentrar los recursos y el poder en unas pocas manos, las mismas de siempre.

Ver: Autogestión, Redes, Asamblea popular, Casa dispersa, Vivienda colectiva.

Arte en la calle

(Espacios) (Movimientos)

No nos fijamos pero están ahí. Firmas y marcas de l*s jóvenes escritores. Nos dicen que están presentes, nos hablan desde la

tinta de las paredes, de las puertas, las papeleras, los buzones, las farolas, las vallas.... ¿Manchan la pared? Con el spray, el rotu o el cubo y el rodillo salen en la oscuridad de la noche o cuando todo está desierto para dejar su huella. Vigilan a los otros y respetan sus marcas y se miden con ellos en cantidad, tamaño y visibilidad. *Thoughts*, piezas, firmas, carteles, pegatinas y a veces algún mural. Crews de graffiteros que salen a conquistar espacios, que no se ven artistas, que consiguen nuevos spots sin permisos, ni encargos. Es su rebeldía y su destreza la que queda estampada. No siempre son atractivos pero es que trabajan deprisa, están proscritos y además aprenden pintando. No buscan ni ser comprendidos, ni apoyados, sólo atrapar un nuevo hueco y llenarlo. Sólo poner su marca y desarrollar su estilo y reconocerse y valorarse y mejorar. Fluir y volver cuando les blanqueas y hacer foto para coleccionar lugares y conquistas. Si pretendes ponerles precio y encontrarles en museos y galerías es que no te enteras. Los que así funcionan ya no pintan la calle porque serán pisados implacablemente.

Asamblea popular

(*Movimientos*)

Reuniones periódicas de vecinos y vecinas de barrios y pueblos de Madrid nacidas tras el 15M de 2011. Se refiere tanto a las asambleas que se celebran físicamente en las plazas como, de forma más amplia, a los espacios políticos asamblearios autónomos generados por estas reuniones periódicas.

A finales de mayo, en las semanas siguientes a las multitudinarias movilizaciones en la Puerta del Sol, que dieron vida al llamado Movimiento 15M, la asamblea permanente de Sol propuso descentralizar el proceso político iniciado con la acampada y okupación permanente del centro de la capital. Bajo el lema «Toma las plazas», a modo de *big bang*, el 15M tomó una dimensión metropolitana e incluso estatal. Así se convocaron asambleas y encuentros de vecinos y vecinas en las plazas y lugares emblemáticos de los barrios y localidades madrileñas. Nacieron más de 120 Asambleas Populares en el conjunto de la Comunidad de Madrid con decenas de miles de participantes. El objetivo de estas asambleas era la creación de un poder popular, una estructura que a través de una participación masiva de la sociedad sirviera para un cambio del injusto e inhumano sistema actual.

El movimiento se mantuvo en auge unos meses. Pero pronto el número de personas que participaban en las asambleas decreció, como ha ocurrido históricamente en otros movimientos populares de amplia base desarrollados al margen de organizaciones y estructuras consolidadas. En cualquier caso, las asambleas con la gente más comprometida y activa del movimiento se mantuvieron en torno a unos objetivos de transformación social, en los que jugaban un papel central la desobediencia civil y una identidad organizativa clara: la asamblea horizontal. Las asambleas populares no sólo siguieron teniendo una gran fuerza, sino que además dejaron su impronta en la gestación y desarrollo de importantes iniciativas como el Movimiento en Defensa de la Vivienda *Stop Desahucios*... Al mismo tiempo, contribuyeron a poner en marcha nuevos tipos de plataformas o espacios unitarios de lucha como *las Mareas* en defensa de los servicios públicos esenciales: *Marea azul* (agua), *verde* (enseñanza), *blanca* (sanidad)...

Al colocar al barrio como espacio básico de trabajo, numerosas Asambleas Populares siguieron activas, generando acciones locales y participando en iniciativas más globales. Pese a su escasa solidez como estructura (falta de locales, de fuentes estables de financiación y obtención de recursos...), las Asambleas Populares perviven porque han permitido, y siguen permitiendo, la incorporación o reincorporación de numerosos vecinos y vecinas. Este es uno de sus grandes aportes al acervo y práctica colectiva política: el impulso para que, aunque en algunos casos sólo sea fugazmente, miles de personas se organicen en la defensa de sus derechos.

La cuestión de la organización es uno de los elementos constitutivos de las Asambleas Populares. Estas, aunque de escasa estructura, representaron y representan una revisión radical de las formas organizativas de la contestación social entonces existentes. Las Asambleas Populares no inventaron ni el asamblearismo ni el trabajo desde y para el barrio, pero su original forma de mezclarlos ha dado a ambos un nuevo impulso.

Tal y como se recoge un texto de la Asamblea de el Barrio del Pilar (Madrid), la Asamblea Popular es una organización integral global, total, horizontal, comunitaria y formativa. Global porque supera la escisión tradicional de las organizaciones obreras en partidos / sindicatos / organizaciones culturales, planteando todos los «frentes» desde la misma organización. Total porque busca superar el «gradualismo» estratégico clásico, que deja para los sindicatos y las organizaciones

sociales las luchas reivindicativas inmediatas, que necesitan menor «grado» de conciencia y para el partido —la vanguardia consciente— la dirección política estratégica. Horizontal porque quiere dejar atrás la escisión entre dirigentes y dirigidos, propiciando la igualdad real en una autoorganización o autogestión asamblearia, con participación real de todos sus miembros en todos los campos. Crea comunidad porque adelanta en sus formas de convivir, de relacionarse, de actuar, los objetivos finales de la transformación y el desarrollo global de las personas como eje de todo el trabajo transformador. Una organización formativa, que educa a sus miembros como personas políticas en todo lo anterior y se proyecta socialmente no sólo «actuando» sino también «educando». En definitiva la organización considerada como «acción ejemplar» que adelanta un otro futuro posible.

Las Asambleas Populares han constituido, y siguen constituyendo, una organización política integral y horizontal, capaz de promover luchas populares, o proyectarse en ellas para construir movilizaciones ciudadanas con objetivos revolucionarios y dinámicas transformadoras.

Ver: Autogestión.

Ascensor

(Espacios) (Fronteras) (Símbolos) (Memorias) (Vivienda)

¿Por qué el término «ascensor» en un diccionario sobre las periferias? ¿Puede este aparato ser interesante como concepto descriptivo de lo que pasa en nuestros barrios? Veamos cómo puede ayudarnos a entender algunas dinámicas que se producen principalmente en los barrios obreros.

Primero el ascensor destacó sobre todo por su ausencia: hace unas pocas décadas una periferia urbana se podía definir como aquella parte de la ciudad en la que ningún edificio tenía ascensor. Bueno, quizá algún montacargas que otro en las zonas más industriales, pero no para las personas.

Después, en las décadas de 1960 y 1970 llegaron los edificios que incorporaban este aparato. Principalmente en las torres, bloques de más de 10 plantas que sin ascensor habrían sido inhabitables. Pero también en algunos otros edificios, aquí y allá, que incorporaban mejores materiales y que

generalmente estaban situados en zonas menos periféricas, menos marginales, más cerca del centro.

Así hasta más o menos los años noventa, en los que se producen varios *fenómenos ascensorísticos* interconectados. De entrada, una buena parte de la juventud que puede independizarse se va a otros barrios, quizá más aún en el extrarradio, a la búsqueda de pisos un poco menos caros. El barrio envejece: además de menor número de jóvenes, los que se quedan, aquellos que contribuyeron a la expansión de las periferias entre el final de la guerra y los años setenta, se hacen cada vez más mayores. Algunos, movidos por una mejora en sus condiciones económicas, deciden irse a nuevos edificios que ya incorporan el ascensor. Se trata de los edificios que se construyen especialmente después de la nueva ley del suelo de 1998, en plena expansión del negocio de las hipotecas. Entre una cosa y otra, proliferan los pisos vacíos que poco a poco serán alquilados a personas inmigrantes, a los que el ascensor en ese momento no les importa demasiado; sus prioridades son otras.

Y quienes no pueden mudarse pero tienen unos ahorritos comienzan a promover la instalación en sus edificios del aparato, que cada vez necesitan más, pero que algunos de sus vecinos no pueden permitirse. En las comunidades de vecinos se inician discusiones sin fin, saldadas con desencuentros, enemistades y soluciones estrambóticas, como las de los ascensores con llave o los que solo paran en algunas plantas (más bien en algunos de los descansillos de la escalera), reflejo quizá también del creciente individualismo y la quiebra de la vida comunitaria, indisociables del nuevo modelo neoliberal que se va imponiendo.

Así que sí, desde aquí, en #carabancheleando proclamamos la emergencia de una *sociología ascensorística*. O *el ascensor como motor de la historia*.

Ver: Movilidad social.

Asociaciones de vecinos

(Gente) (Movimientos) (Vivienda)

Las asociaciones de vecinos, como muchas otras cosas, aparecen con la transición, con la democracia, con la posibilidad

de participar, de manifestarse de reivindicar..., alrededor de los problemas concretos de los barrios, las viviendas, el asfaltado de las calles, la iluminación, la existencia de actividades peligrosas, cementerios de coches, industrias contaminantes, papeleras, gasolineras, venta de drogas, inseguridad, falta de servicios, falta de zonas verdes.

Las leyes permiten un pequeño espacio para la contestación social, para la participación... Las asociaciones de vecinos las forman personas con diferentes motivaciones, integrantes de partidos de izquierdas, cristianos, o simplemente vecinos preocupados por sus problemas con la idea clara de que la unión hace la fuerza, o que juntos al menos se harán oír.

Surge la necesidad de una mínima estructura, un local donde guardar las primeras pancartas, los megáfonos..., y donde poder reunirse en asamblea, recibir a los vecinos, con sus quejas y sugerencias. Surgen también las primeras redes vecinales, coordinadoras, plataformas... Primero de distrito, a nivel regional, Federación Regional de Asociaciones de Vecinos de Madrid, FRAVM, o incluso a nivel estatal.

También sufren los vaivenes políticos, facilidades o dificultades para la participación, según quien gobierne... Con este devenir se va construyendo también un registro, una memoria de la transición.

Y ahora cuál es la situación de las asociaciones, fueron una escuela de democracia, de participación... ¿qué queda de ellas?, ¿cuántas quedan?

Autogestión

(Economía) (Movimientos)

En el nodo de Carabanchel llaman a veces post-trabajo a la autogestión, porque es una forma de producción autónoma que se ríe del trabajo asalariado y que se basa en eso, en la gestión autónoma, colectiva y/o individual de las necesidades que cada persona o comunidad crea tener. Se trata de formas de gestión de la producción, el consumo, la distribución y todo lo demás, en las que predomina la horizontalidad, la ausencia de estructuras de dominación y donde prima el cuidado, el deseo y la afinidad por encima de la productividad, la eficiencia, el sacrificio o el miedo.

Igual que el post-trabajo, la autogestión niega eficazmente al trabajo de lunes, asalariado, socialdemócrata, ese trabajo tan digno como suplicado. La autogestión no espera sentada a la revolución, se salta la Historia a la torera y coge al toro por los cuernos: colectiviza los medios de producción, los del consumo y, en general, todo lo que se le ponga por delante. Eso sí, sin fliparse demasiado, porque la autogestión ha sido y es lo que la gente ha hecho durante milenios, por todo el planeta, hasta hace no tantos siglos, organizarse la vida autónomamente de acuerdo a un ritmo elegido y en un territorio.

En realidad la autogestión es currar porque queremos, hacer cosas cuando nosotras controlamos los medios para ello y cuando esos medios están acoplados a la comunidad. No renunciamos a acaparar directamente los grandes medios de producción cuando el momento sea propicio (en realidad, no renunciamos a acaparar nada), pero entre medias, en Carabanchel nos ha parecido bien sumarnos a la idea de empezar en serio con las colectivizaciones ahí donde ya podemos hacerlo, y empezar lo que entendemos como una red de autogestión total (claro que sí). La idea es sencilla: conseguir cada vez más medios de producción y que estos sean gestionados directamente por asambleas compuestas por todas aquellas que quieran usarlos, obteniendo tal o cual producción, ya sea para autoconsumo o para intercambiarla en un circuito económico horizontal donde quede excluida la relación capital/trabajo.

Y en eso estamos.

Ver: Reciclaje, Huerto urbano, Casa dispersa.

Banco (Vida de los bancos, vida de banco)

(Memorias) (Espacios) (Símbolos)

1. Vida de los bancos. Fenómeno extendido por toda la geografía urbana, pero de especial incidencia en los barrios periféricos de ingresos bajos, por el cual la vida de una familia pasa a depender de una entidad bancaria. En ocasiones, la expresión pasa de ser una figura retórica a ser literalmente cierta, como atestiguan los suicidios de personas desesperadas por no poder pagar la hipoteca al banco.

2. Vida de banco. Forma de pasar el tiempo muy extendida entre adolescentes y jóvenes de la periferia cuyo prototipo

fue retratado por Albert Plá en *Veintegenarios*. Una leyenda urbana cuenta que uno de estos *banqueros* fue capaz de levantarse del banco y salir de Carabanchel, viajando incluso al extranjero, pero como toda leyenda urbana, está sin confirmar. Existen *banqueros* no tan puros que combinan la vida de banco con otras actividades, como hacer deporte, ser *boy scout*, estudiar el bachillerato nocturno, ser grafitero, cantar rap (ver proyecto K de Kalle) o incluso militar en algún movimiento social o político. Hay una relación bastante cercana entre la vida en los bancos y la litrona y los canutos, pero eso no quiere decir que sea la causa de todos los problemas del barrio, como malpiensan muchos bienpensantes. La camaradería que proporciona una prolongada convivencia en los mismos bancos es a prueba de separaciones, por muchos años que pasen. Desde los bancos «se arregla el mundo», se aprende a buscarse la vida y se fantasea con qué hacer cuando se reúna un poco de pasta, ya sea quedarse en el barrio para siempre o escapar de la periferia hacia el centro.

Ver: Arte en la calle, Litrona, Barrionalismo, Movilidad social.

Bares

(Gente)

Nadie puede estar seguro de si fueron antes los bares o el barrio... O es que realmente el barrio no fue barrio hasta que surgieron sus bares. No en vano, decía Sabina que en Vallecas hay más bares que en toda Dinamarca.

El bareto es ese sitio donde parece que no pasa nada y está pasando todo; junto con los mercados, el centro neurálgico, es donde mejor se percibe el latido de la vida de barrio. Son lugares intergeneracionales, interdisciplinarios, donde se reúne la gente más variopinta, en definitiva donde se mueve el cotarro. Si no encuentras a alguien, está en el bar. Seguro. En los bares de barrio se desayuna a distintos ritmos, se sirven bocatas con botijo a los currantes y café con leche a las amas de casa, se juegan veteranas partidas de dominó, se juntan los chavales, se come primero, segundo, postre, café y carajillo, se toman cañas con los colegas, se celebra la pachanga del sábado o simplemente se mata el tiempo cuando la sociedad se empeña en escupirnos del sistema. Y cuando todo parece estar a punto de acabar, cuando el cierre amenaza con

bajarse, el bar de nuevo se transforma y llegan una vez más sus gentes..., los de siempre, los de de vez en cuando o los que solo pasaban por allí.

Cae la noche y el ambiente destila incongruencia y genialidad a un tiempo. Los bares se convierten en genuinos afters cañís para canallas intelectuales, en lugares de encuentro o simplemente en refugios donde esconderse antes de llegar a casa. En la barra, los vasos queman y se discuten proyectos, se confían cotilleos, surgen ideas (incluso se redactan constituciones). Se celebran victorias con tercios o se ahogan penas con pelotes. Todo cabe. Rabia, fiesta, pena, desahogo, risa, entusiasmo o desasosiego. Futbolines, billares y por supuesto tragaperras. Sinfonía de vasos chocando entre sí. El grito de «¡bote!» y la campana. Tapillas de aceitunas y torreznos. El «oído cocina». El menú del día. «¡Marchando un bocadillo calamares!». Risas estridentes. «Pepe, apúntame la dolorosa». El fútbol. El anís El Mono. El baño sin papel. Diálogos de besugos. Conquistas improvisadas. Camareros psicólogos. Una partida de cinquillo. El salir de cañas y acabar de copas.

El catálogo de bares de barrio es interminable. Están los bares de viejos, de clientela asidua y tiempos lentos. También los bares «Pepe», con la grasilla corriendo por los azulejos y las patatas. El bar de la peña, donde los botellines reúnen día tras día a los colegas de siempre. La cafetería de la esquina, con suculenta bollería y frecuentada fundamentalmente por mujeres (porque, para qué negarlo, el ambiente del resto de bares es bastante masculino). Los chinos han generado un nuevo tipo de bar capaz de combinar el arroz tres delicias con los pinchos de tortilla. Por supuesto, también está el bar recién reformado, de grandes cristaleras, que intenta imitar la moda de los bares del centro. Los bares latinos, cuya música y fiesta parece no tener fin. Y, cómo no, están los bares donde el crapulismo de barrio se da cita, ajeno al paso de tiempo (desde aquí un saludo al gran Bar-Río).

Bajar al bar es, en definitiva, como estar en el salón de casa. Se respira camaradería. Es el único sitio donde uno puede decir aquello de «lo de siempre» sin miedo al ridículo, a pesar de que cada día tome algo diferente.

Barriobajero o barrio bajo

(*Estigmas*)

Vocablo complejo formado por dos conceptos, «barrio» y «bajero», que cuando se combinan en ese orden dan lugar a un nuevo significado: dicese de la persona, expresión verbal o expresión estética asociada a la cultura popular de un barrio humilde o de clase baja. Si la combinación fuese la inversa, Bajo (el) Barrio, el sentido de la expresión se modificaría ostensiblemente: dicese de la supeditación de los intereses particulares a los del barrio.

«Barriobajero» es una expresión decimonónica empleada en las primeras experiencias de higienismo urbano. El «barrio bajo» era el hábitat natural de los miembros de la clase trabajadora y por ello resultaba excluido de los beneficios económicos y sociales de la producción capitalista. Dado su abandono, su ubicación periférica y su carácter de espacio natural de las expresiones populares, fue sometido durante décadas a discursos que situaban el mal (la criminalidad, la suciedad, la inmoralidad) en sus calles, especialmente «en sus calles».

Derivada de estos discursos, una serie de intervenciones de corte paternalista (asistencia social e intervención socio-educativa) y de carácter represivo / controlador (urbanismo, policía), se encaminó a redimir el «mal» de estos enclaves negando o infravalorando la cultura popular y sustituyéndola por la cultura oficial y una moral funcional a los intereses económicos y políticos de las élites.

En la periferia madrileña las intervenciones sobre el barrio bajo vienen produciéndose a partir de las primeras preocupaciones burguesas por la amenaza de las llamadas clases peligrosas (véanse las novelas de Pío Baroja sobre los barrios bajos madrileños de comienzos del siglo XX). Un interés inusitado surgió, después, a partir de la Transición cuando los intentos purificadores llegaron a la periferia, tomando y trastocando las reivindicaciones del movimiento vecinal. Se comenzó así a «mejorar los barrios», a partir de ciertas demandas del derecho a la ciudad (educación, salud, vivienda, servicios sociales), pero despojando a los vecindarios del control sobre el proceso. El barrio bajo, o al menos una parte de esos barrios y una parte de esos vecinos (los que ascendieron y consiguieron insertarse con éxito en las nuevas dinámicas sociales), dejó de ser «bajo» pero sin llegar a ser «alto». Es

de este modo como surge «lo medio», las «clases medias», habitantes de la «tierra media» que están entre «la media» de la ciudadanía y huyen de los «extremos» y los «extremismos» del barrio bajo. El resultado es un barrio que sigue ocupando una posición inferior, pero cuyas aspiraciones subjetivas (valores) se parecen a las de los barrios altos, neutralizando así el potencial subversivo del barrio bajo sin modificar las condiciones de desigualdad que lo crearon.

Ver: Vida de banco, Estigma, Miedo, Policía.

Barrionalismo

(*Memorias*) (*Gente*)

«Sí señor, Satánico y de Carabanchel» (*cfr. Satánico y de Carabanchel*) afirmaba en la mítica película *El Día de la Bestia* un heavy carabanchelero de pro, justo de ese mismo barrio (pero con k) y al que el colectivo SlumWear se refieren con orgullo como la «Universidad de la Calle». Vallekas Mola es lo que rezan muchas pegatinas adheridas a cristales de coches que, un día al año, ceden su espacio a piratas que celebran que Vallekas es Puerto de Mar (los bucaneros del Rayo descansan en agosto). Igual de veloces se agotaron en las fiestas del barrio las camisetas que de todos los colores imaginables reclamaban que «Aluche is not Spain». Cerca, Black Bee le canta a su Villaverde City, «El barrio de los quinquis, porque somos quinquis», mientras que en el mismo distrito, otra crew de San Cristóbal (Skylee Crew) invita a la «Hood Nation, (a) alzar la mano cabrón: Defiende tu barrio y demuestra tu son». Barrionalismo es eso y mucho más. Es el sentimiento de orgullo y pertenencia con el que muchos de los habitantes de las periferias responden a la estigmatización y marginación que sufren sus barrios. Funciona como un punto fuerte de identidad y de construcción de una experiencia común: el barrio es ese lugar donde todo el mundo se reconoce, habla el mismo idioma, donde todos tienen problemas parecidos, independientemente del lugar del que procedan, donde es posible hacer comunidad y pelear juntos por un mundo mejor. Y eso, bien merece alzar la cabeza, a pesar de que la desigualdad se palpe en cada esquina de estos barrios bajos. El Barrio con mayúsculas: donde vive «mi peña», cuna de resistencias, territorio de vida y lema; lugar en el que quedarse «aunque me haga rico». A veces, sin embargo, este sentimiento barrionalista se

torna peligrosamente excluyente: sucede cuando, como en todo nacionalismo, se exige pureza de sangre para poder reclamar ese sentimiento de pertenencia (¿puede un migrante ser barrionalista?, ¿cuántas pruebas se requieren para demostrar ser un carabanchelero legítimo?); o cuando, nuevamente al igual que en demasiados «ismos», se idealiza una historia, una época dorada del pasado que contrasta con un presente degradado por culpa de algunos de los nuevos habitantes. Aquí el barrionalismo deja de ser prometedor y se convierte en más de lo mismo.

Ver: La Mina, Satánico y de Carabanchel.

Basura

(Espacios) (Estigmas)

Brota en los descampados como las flores en primavera, desordenada y caprichosamente. Esta flor sale en todas las estaciones y es especialmente aromática en verano. Se acumula alrededor de los contenedores en cualquier esquina. Antes de ser tan poderosa y ocupar con su presencia aceras y calzadas, se almacenaba en un cubo casero que se vaciaba en el camión que pasaba tras el toque de trompeta ¡¡¡Tuuuu... La basura!!! Así iba avisando al vecindario. Las vecinas y los niños salían en tropel, y aprovechaban el encuentro para comentar sobre cualquier asunto de la comunidad, o para quejarse a los basureros, que rodeados de amas de casa silbaban al conductor para seguir su ruta subiendo a la parte trasera de un camión a la carrera. Algunas veces silbábamos nosotros también y el conductor les dejaba colgados por un momento. El camión depositaba todo eso en un incipiente vertedero. Otra modernidad de las ciudades, ya que en el campo era impensable no aprovecharlo absolutamente todo.

Antes casi no existía, todo nos servía, todo se usaba y se reparaba. Ahora la clasificamos. Siguiendo confusas consignas municipales la agrupamos por colores para intentar que algo se salve. También contamos afortunadamente con las personas que encuentran otro uso y utilidad a los materiales y objetos que se desechan a diario. ¡Cómo si fueran reemplazables por la naturaleza y con la misma facilidad con que los arrojamamos al contenedor! Ellos, sin embargo, son considerados como una especie de resto social por la casta que tira la

bolsa al contenedor. No se admira su capacidad de ver otra vida en esos trastos.

Ellos, claro, no son las grandes constructoras y cementeras que ven un ingente negocio en recoger y quemar, perdón valorizar, nuestros residuos. Estas empresas lo hacen en los que denominan centros ambientales de reciclaje, construidos con dinero público. Nosotros les damos la pasta, les damos la materia que nos envenena desde sus chimeneas y vamos dócil y aborregadamente a consumir en sus macrocentros comerciales esos residuos de los que nos deshacemos en 0, para comprarnos otros.

Todo lo que llevamos encima no es más que basura en el corto plazo. Hace solo 50 años teníamos seguridad de lo que poseíamos: un abrigo, unos zapatos, una radio, un yo-yo o un perro... El resto orgánico de nuestra alimentación era para los animales y la tierra. Ahora todo lo que tenemos es una mierda, unas máquinas que vemos obsoletas tras contemplar la publicidad o el escaparate y que inmediatamente después estamos deseando desechar y reemplazar. Nos desborda nuestra propia mierda. La basura está por todas partes porque hemos conseguido que todo nos sea ajeno y el espacio público no tiene valor de uso para los vecinos. Todo se ha convertido en un residuo. Nosotros mismos somos residuos de un sistema que obtiene ganancias de la contaminación, la degradación y la basura.

Ver: Reciclaje, Descampados.

Buscarse la vida

(Economía) (Gente)

Si hay un personaje mítico de nuestros tiempos ese es el «Super-Emprendedor». Vencedor de un sin fin de batallas, supo tener la brillantez de concebir una gran idea de negocio, el arrojo y la valentía para invertir en ella, la capacidad de trabajo y esfuerzo suficiente para gestarla en una incubadora de empresas hasta llegar el momento de acelerar su crecimiento y convertir aquella pequeña iniciativa en una prometedora *startup*. La capacidad de liderazgo hará el resto. Su reluciente sonrisa será presentada en los medios como un nuevo caso de éxito personal. Pero no solo. Seguro que también entrena varias horas al día para disputar la próxima *ironman*, mientras

dedica la noche a verter consejos para otros futuros emprendedores en el blog desde el que alimenta su marca personal. Y todo eso sin contar las loas que recibirá por la función social que cumple, pues su triunfo no es sólo suyo, es garantía de empleo para el conjunto de la sociedad.

Este relato del hombre (sí, en masculino) forjado a sí mismo, que puede arrancarnos alguna sonrisa, pero también convertirse en promesa de futuro, oculta demasiadas cosas. Por supuesto, esconde su anti-héroe, ese *alter ego* del emprendedor que vive enfermo, acosado por el agotamiento y la depresión como únicas respuestas ante las altas dosis de exigencia, rendimiento y autoexplotación. Pero esconde también que los emprendedores no tienen en realidad capacidades mágicas para la creatividad, el trabajo y la valentía de asumir los riesgos que emprender conlleva. En realidad, la cosa es mucho más sencilla: proceden, en su inmensa mayoría, de nichos socioeconómicos con las suficientes seguridades como para asumir el tiempo sin cobrar, que requiere el desarrollo de una iniciativa, y las pérdidas que en caso de fracaso ésta pudiera acarrear. Esa diferencia de clase es lo que el neoliberalismo se empeña en invisibilizar, pero que la vida cotidiana de las periferias pone en primer plano. Por eso, no hay apenas emprendedores en los barrios. La gente en los barrios, y no ahora, sino desde siempre, no emprende. Se busca la vida.

Pero buscarse la vida, hacer tus *business*, o tener unos *trapis* llegado el caso, no son la versión pobre del emprendimiento. Detrás de las mil y una iniciativas de trabajo que surgen en los barrios hay mucho más que promesas de éxito y enriquecimiento individual. Primero, porque la inmensa mayoría de las personas que se buscan la vida saben que eso no llegará o, si llega, será a costa de transitar determinados mundos en los que los riesgos son mucho mayores que ver apagarse a una *startup*. Segundo, porque su origen no es una receta de individualismo a la medida de cada quien. Parten de una situación mucho más colectiva (la pobreza generalizada entre determinados sectores de la población y la imposibilidad estructural de ganar un salario dentro del mercado de trabajo normalizado), que tiene más que ver con la subsistencia y la supervivencia que con los sueños de triunfo y las aspiraciones profesionales. Y, sin embargo, buscarse la vida no es sólo sobrevivir. En muchas ocasiones se compone de deseos de autonomía y dinámicas de autogestión que pueden llegar a convertirse en una auténtica provocación al orden económico establecido. Ni, desde

luego, buscarse la vida es la vía fácil del mercado informal que pintan muchos políticos, medios de comunicación y fuerzas policiales. Son prácticas arriesgadas; se pone en juego mucho más que perder los ahorros en una idea de negocio fracasada. Quizá por todo eso, a diferencia del emprendimiento, esta «emprendería por abajo» no se desapega de su trama colectiva, no es pura competencia, no puede creerse el relato del individualismo como única forma de progreso, sino que precisamente necesita de la capacidad de tejer vínculos duraderos y lealtades colectivas que se nutren del propio territorio, los barrios, en los que se brega la vida.

Calle (Kdekalle)¹

(Gente)

— Pero ¿qué es lo bueno? ¿Qué cuatro cosas vemos que es ¡bumba, en Carabanchel!?

— Por ejemplo que donde mismo vive el maleante, también vive la persona estudiosa...

— ... y la currante.

— Aquí hay una vida, aquí la gente vive y hace historias.

— Te cruzas ahí y no todo el mundo se conoce. Aquí nos conocemos todos. Para las buenas, para las malas, para las peores.

— Caño Roto es un barrio peatonal, es un barrio en el que salen los vecinos a la calle...

— Y que son plazas, estás en una plaza, que tú bajas con tus colegas a la calle y estás en medio de una plaza.

— Nosotros mismos, después de tanto tiempo sin quedar, cinco años, nos conocimos en la calle.

— Habéis decidido poner al proyecto el nombre Kdekalle, es decir, que estáis poniendo en valor el asunto de la calle, es

¹ Transcripción parcial de una conversación mantenida entre los colectivos ZuloStudios, Cine Sin Autor y Carabancheando en septiembre de 2014 en el contexto del proyecto KdeKalle. La conversación puede visionarse en <http://carabancheando.net/2015/02/23/diccionario-de-las-periferias-calle/>

decir, que la calle es siempre en los medios de comunicación un espacio chungo, de peligros, donde los niños no pueden estar, etc..., y vosotros le estáis dando la vuelta a eso.

— En el centro yo a mi hijo lo mismo no le dejo salir, porque hay mogollón de gentuza y a saber, pero aquí los conozco a todos.

— En el rodaje de *Los bicivoladores* fue como que me evocó mis años ochenta en Aluche. Joder, claro es que esto no está ya en otro sitio. Es que fuera de un barrio como Caño Roto no te encuentras a tres chavales haciendo esto.

— El ser humano necesita esa parte de conocimiento por su cuenta, o sea que el niño salga a la calle, dé una vuelta, entienda las cosas por su cuenta. No que esté todo el día metido en casa porque la madre tenga miedo de que el niño salga a la calle y le vaya a pasar algo.

— Antes aquí me acuerdo que se dejaban las puertas abiertas, de par en par, todas las casas.

— Justo puedes encontrar alguien que hace que a los 12 años hagas una cosa que te define para toda tu vida.

— Todos los bloques emulan la cárcel, ¿no? El sentido urbanístico de la ciudad es que cuando tú estás en un bloque estás en algo que se parece a la cárcel, o sea en un espacio superpequeño en el que no te puedes mover, donde está la policía pasando a cada rato, ¿no?, a ver que estás, que no estás. El salir a la calle es romper ese bloque en el que nos quieren meter. Claro, esto no se llama BdeBloque, se llama Kdekalle..., y es romper con eso del control, del control social, generar ese medio para que la gente siempre esté contenida en un espacio no público, volver lo público privado. O sea simplemente lo que ha pasado en Madrid, en la ciudad.

— Aquí hay un espacio público porque no se hicieron barrios privados, no son barrios totalmente privados, de iniciativa privada. En la iniciativa privada se aprovecha el espacio a tope. El espacio de la casa, que es lo que vendes. Estos barrios se hicieron de iniciativa pública y los arquitectos que venían, que eran a veces estudiantes, con ilusiones y demás, pues diseñaron unos barrios para vivir en la calle.

— Pues me sobran dos vigas en la habitación.

— Jajajaja.

— Y resulta que estos espacios de convivencia han podido ser espacios de problemas, pero cuando los arquitectos los pensaron eran espacios de convivencia. Lo que es verdad es que la iniciativa privada en Aluche y en otros barrios estaba construyendo barrios sin espacios de convivencia, barrios con manzanas privadas que a lo mejor solo conviven hacia dentro.

— Las plazas y tal casi no se encuentran en ningún lado.

— No se encuentran en ningún lado porque tienes que desperdiciar terreno que tú lo puedes vender hecho casas. ¿Las plazas a quién se las vas a vender?

— A lo mejor, lo que interesa mostrar es cómo un espacio puede ser tanto de conflicto como de encuentro y convivencia.

— Aquí eres más sociable, porque aprendes a hablar con más gente, a estar con más gente, tienes que aprender no a buscártelas tú solo, aprendes a conversar con la gente, que éste te puede ayudar a una cosa, tú le puedes ayudar a otra cosa...

— Tú vas al centro o a otro sitio, y por lo que sea quieres charlar con una persona que no conoces de nada y seguramente crean que estás loco y dirán no, no, o sea, caballero, yo voy a lo mío, usted vaya a lo suyo.

— Pero es que esos muros gruesos que se construyeron de piedra no están pensados solo para ser muros que separen del jardín, hay un espacio suficiente para que te puedas sentar.

— No importa que sea una eminencia el arquitecto o el ingeniero..., es que eso no importa, o sea, las plazas estarían vacías como están en Estados Unidos aunque tuvieras mucho espacio para sentarte. Aquí lo que es válido es el espacio de convivencia que crea la gente. O sea el sentimiento de que este es mi barrio, no es el barrio en el que vivo, sino que es mi barrio, y conozco a mi vecino y al hijo de mi vecino... O sea, se crea una comunidad verdadera. No importa que haya banco o que no haya banco. La gente se sienta en el suelo si es necesario.

Ver: Barrionalismo, Vida de banco, Redes, Estigmas, Mala fama.

Carabanchelear

(Memorias) (Gente)

Verbo de ligeras reminiscencias festivas y flamencas que incluye un amplio número de acciones que van desde las conscientemente efectuadas para vivir y conocer Carabanchel, como aquellas otras incorporadas de manera inconsciente y que te ligan a un territorio en mutación. Implica, en todo caso, andar, compartir y conversar por las calles del distrito y alrededores, con efectos altamente beneficiosos para la vida social. De cualquier forma, no se trata de una peculiaridad local endémica sino que, adoptando juegos de palabras similares con los de otros lugares se convierte en una actividad ampliamente desarrollable en los barrios y pueblos donde aún sea posible pasear.

Ver: Carabancheles.

Carabancheles

(Memorias)

Sustantivo plural que se empleó profusamente antes de los años cuarenta del siglo pasado para designar, resumiendo, los dos municipios que quedaban en el extrarradio madrileño cuando el viajero tomaba el camino hacia Leganés o Fuenlabrada. Después el Alto y el Bajo se unieron para entrar a formar parte de las barriadas madrileñas, quedando el nombre en singular y contribuyendo así a que Madrid dejara de ser ese «poblachón castellano», vía decreto franquista. Sin embargo, a principios del siglo XXI podemos decir que hay muchos Carabancheles, así como vidas dentro de ellos: desde las avenidas del PAU, hasta el solar de la prisión; en las nuevas zonas ajardinadas del Puente de Toledo y en los Altos de San Isidro; en las casitas del Tercio Terol y en Pan Bendito. Las calles, los parques, los hilos imperceptibles que unen y separan conforman hoy una constelación de barrios donde también hay lugares centrales y espacios relegados, calles abarrotadas y rincones olvidados; en fin, barrios para mostrar y renovar, ruinas imperceptibles y arrabales de los que algunos dicen que hay que prevenirse.

Ver: Cárcel, Cementerios / cripta / Satánico y... de Carabanchel.

Cárcel

(Estigmas) (Memorias) (Símbolos)

Se trata de una institución que se inventó allá por el siglo XVIII como nueva forma de tratar a quienes producían ilegalismos en los albores del capitalismo industrial —o sea, muchos de los desposeídos por el proceso de cercamiento de campos y obligados a vender su fuerza de trabajo, los que saltaban las nuevas vallas con las que se encontraban—. Allí dentro, en la cárcel, se intentaría «rehabilitarlos» para las nuevas necesidades sociales y para ello se les vigilaría en un sitio cerrado. Un lugar muy civilizado comparado con las exhibiciones de reos y linchamientos públicos de antes. La cárcel tenía, en teoría, una ventaja: haría que «los malos» calculasen sus actos en función de la probabilidad de castigo a recibir. Una racionalidad muy económica.

En Carabanchel hubo una cárcel muy famosa, la más famosa. Era más famosa incluso que el barrio: al barrio se lo conocía, a modo de metonimia, por la cárcel. Se hizo en plena posguerra, muy grande, para que se la viera, para que se sintiera desde fuera su presencia en un barrio «malo»: un barrio que había resistido los embates del fascismo y que había perdido.

Durante tres décadas la cárcel estuvo muy presente en Carabanchel: no sólo físicamente —visible por su enorme cúpula, audible por sus sirenas—, sino subjetivamente. Funcionaba como un recordatorio de lo que te podía pasar si eras «malo». A los presos políticos se les sumaban los «comunes». Los primeros cuentan que a pesar de la dureza, la cárcel fue una escuela de solidaridad, de pensamiento y de lucha. Cuando cayó el régimen franquista, fueron puestos en libertad. Los «comunes» eran los miembros de las capas bajas desposeídas que por sus «ilegalismos e inmoralidades» fueron marcando el camino de ida y vuelta entre la prisión y los barrios periféricos de chabolas. Cuando cayó el régimen franquista creían que correrían la misma suerte que los políticos, pero no. Ante la decepción terrible de quedarse solos dentro, se nombraron «sociales» —remitiendo al origen colectivo de su «maldad» y de su encierro— y se organizaron. Los motines de las cárceles de todo el Estado español, y especialmente de Carabanchel, a finales de los setenta fueron casi lo último que supimos de ellos. No sólo se les devolvió a las celdas: se echaron las llaves y se tiraron al fondo del pozo de una sociedad que buscaba esconder todo lo sucio, lo que recordase a falta de «democracia».

Pero el encierro no fue sólo físico: poco a poco los presos fueron desapareciendo de los medios, invisibilizados y encerrados esta vez, ya no entre muros de ladrillo y hormigón, sino entre muros de silencio e invisibilidad mediática. Fuera, paralelamente, los discursos de la inseguridad, la criminalización de los toxicómanos y los extranjeros y la creciente penalización de ciertas prácticas de supervivencia, fueron llenando y llenando las cárceles, sin que nos diéramos cuenta: «¡A la cárcel!». De los ocho mil presos al finalizar la dictadura franquista a los casi 80.000 de 2009 habían transcurrido otras tres décadas de fragmentación social y, sobre todo, de ruptura de los vínculos entre dentro y fuera, la quiebra de la comprensión y contextualización desde fuera de los dramas individuales que los presos encarnaban dentro: «Pero si a los dos días están fuera, y además tienen televisión». La cárcel fue engordando en su interior, pero fuera cada vez era menos una realidad en las subjetividades.

Acorde con esa estrategia de silenciamiento y ruptura de vínculos entre dentro y fuera, las cárceles se sacaron de las ciudades. La cárcel ya no comunicaría un mensaje disciplinario a los vecinos, porque los vecinos debían pensar ahora en convertirse en buenos ciudadanos, en alegres consumidores y ascendentes sociales, cuyos barrios debían desarrollarse olvidando todo rastro de memoria de la miseria.

La cárcel de Carabanchel cerró en 1998, pero su esqueleto permaneció en pie 10 años más para ser objeto de apropiación de graffiteros, nostálgicos, artistas urbanos, personas sin hogar, luchadores vecinales en busca de un hospital y de un centro por la memoria histórica y fantasmas. Fue precisamente cuando esos fantasmas empezaron a agitar la memoria, cuando se decidió derribar la prisión sin dejar rastro de ella. La potencia de la cárcel de Carabanchel no era ni siquiera musealizable y gentrificable: no había que dejar ni un solo ladrillo.

La cárcel de Carabanchel fue demolida y machacada con ensañamiento: literalmente «hecha polvo». Ahora sólo queda ese polvo en el enorme solar. Polvo y otra cárcel, el CIE, pero que ya no es considerada cárcel y ya no interpela al barrio (¡hasta se llama «de Aluche»!).

Y mientras, las cárceles de fuera de las ciudades siguen escondiendo, individualizando y condenando al olvido lo que una sociedad desigual no puede permitirse admitir.

Ver: Memoria histórica, EKO.

Casa dispersa

(Vivienda) (Espacios) (Movimientos)

No pienses en Los Ángeles cuando hablamos de casa dispersa, por una vez no se trata de *urban sprawl*. Le Corbusier fue solo el mayor exponente, el más reconocido y más popular de los proponentes de la separación radical de espacios: aquí se vive (entendiendo por vivir dormir), aquí se recrea uno (entendiendo por recrearse consumir ocio), aquí se trabaja (entendiendo por trabajo empleo) y por aquí se va (en coche, claro). Esto implicaba una hiperespecialización de los espacios. Esta hiperespecialización es la expresión más radical de la división entre las esferas de la producción y las de la reproducción típica del capitalismo, trabajar y vivir son dos cosas completamente diferentes. Pero esta división es incompleta porque nunca los sueños totalitarios de Le Corbusier ni de sus pares gubernamentales, que buscaban la racionalización económica y la funcionalidad extrema, se hicieron realidad del todo. Siempre hay palos en las ruedas del sistema.

Esta división entre las dos esferas separa la producción de cosas de la producción de personas, cuya relación queda inevitablemente mediada por el mercado, por cierto, con un curioso efecto: en la esfera reproductiva compramos objetos a los que otorgamos características humanas y en la esfera productiva compramos fuerza de trabajo a la que tratamos como objetos. En este proceso, para una esfera queda invisible la forma de producción de las mercancías (el consumidor ni siquiera se pregunta en qué condiciones se fabrica lo que compra) y, para la otra, queda invisible la forma de producción de las personas (al empresario no le preocupan las condiciones en las que sus asalariados viven). Este doble proceso de invisibilización, cuyo origen se encuentra en la división y la hiperespecialización, vuelve difícil ver la explotación implícita a una forma de vida mercantilizada.

Por eso construimos casas dispersas, porque deshacer esa separación física se antoja ahora particularmente difícil y porque creemos que la separación simbólica es, si cabe, más importante. Construimos casas dispersas en las que las dos esferas se entrelazan, se superponen y se mezclan porque mantener la separación y la intermediación del mercado implica poner precio a todo lo que necesitamos para dar soporte a nuestras vidas, y por tanto también la necesidad de vender nuestras vidas al mejor postor a fin de poder sobrevivir.

Una casa dispersa es aquella que se construye física y simbólicamente entre y dentro de esos espacios tan vilmente separados, con el propósito de rehacer lo que el hogar, la vivienda, la casa, la morada, alguna vez fue (y si no lo ha sido nunca, ¡para que lo sea de una vez!): una red de lugares en los que las personas pueden producir para sí colectivamente lo que necesitan, lo que desean, sin la intermediación del mercado ni la tutela del Estado. Por eso la casa dispersa no es ni pública ni privada, sino más bien un lugar de experimentación de formas de propiedad y uso alternativos. Tiende a ser común, colectiva o colectivizable y por lo tanto no es mi casa ni la tuya, sino la casa nuestra que tiene sus diversas funciones separadas a veces físicamente, pero fuertemente unidas por los lazos de amistad, por el imaginario, por proyectos que se mezclan por entre las grietas, las puertas y las ventanas de unos espacios y de otros. Por eso la casa dispersa no es solo una o varias casas, edificios o solares asociados a un territorio y a uno o varios usos, sino también es un proceso de construcción social, una trama de relaciones asociada a unos grupos más o menos abiertos de personas.

El jardín o el patio de muchas casas de Carabanchel es un solar que ha sido reapropiado entre muchas, está a unos pocos metros del lugar donde algunos duermen y a unos pocos kilómetros de otros. El salón de algunas casas es a veces un mercado para algunos, a veces un comedor enorme. Y en algunas casas tenemos cosas que no hay en otras, como una habitación taller de carpintería o una sala de costura todavía por reparar. A veces producimos personas, identidades, cosas, ideas, jabones y cervezas y luego nos vamos en bici a un concierto sin salir de casa.

Ver: Apoyo mutuo, Autogestión, Comunes, Economía alternativa, Huerto urbano, Redes, Casa tapiada, Gentrificación, Centrificación.

Casa tapiada

(Vivienda)

Por fuera una chapa en una ventana o ladrillos apresuradamente colocados por cuyos bordes sobresalen los pegotes de cemento. A veces, ni eso: un patio interior de vecinos se encarga de ocultarlo. Más difícil de esconder resultan las grandes tapias de cemento que bloquean la antigua entrada de la

casa, como una fortificación imposible de derribar solo con la fuerza de lo que es justo.

Por dentro cogen polvo y se echan a perder por el desuso los restos de los muebles que sus antiguos moradores no pudieron sacar (o no tenían a dónde llevar) tras el desahucio.

Por fuera, algunos vecinos miran a esas tapias con tranquilidad recuperada:

— Al menos así ya no se meterán los ocupas

— Bueno, Mari y Antonio llevan ya un año en el primero con sus hijas y ni un problema que han dado, que pagan todas las cuotas de comunidad los pobres...

— Ya, pero una cosa son ellos, que tienen necesidad, y otra esas mafias que se te pueden meter...

Por dentro, las paredes retumban la violencia explícita de tapiar una casa, vaciarla del sentido primero con el que estas obras fueron pensadas —ser habitadas—, mientras se acumulan las personas sin casa o inmersas en la agobiante espiral de no saber por cuánto tiempo se dispondrá del precario techo donde pasan esta noche.

En los bloques de las viejas y nuevas periferias se suceden estas estampas. En sus calles aparecen, además, otras tapias. Verjas oxidadas o muros descuidados que impiden la entrada a lo que antaño fue una casa baja de autoconstrucción (hoy en ruinas), un pequeño taller mecánico o la cristalería de la esquina, cerradas cuando la actividad comercial empezó a abandonar los barrios.

Locales abandonados, casas cerradas, pequeños propietarios o grandes bancos. Buenos y malos ocupas; como si el derecho a la vivienda no debiera ser universal y los problemas de convivencia no derivaran de cuestiones mucho más complejas que el hecho de ocupar una casa sin pagar una hipoteca. Tapias. Muros que aseguran continentes sin contenido, no vaya a ser que a alguien se le ocurra entrar y propiciar lo segundo. Espacios que no valen nada en términos de mercado, pero que hay que mantener intactos a toda costa, pues la sola espera, que nada se mueva en su interior, garantiza quizá lo más importante: la ausencia total de desafío a las verdades incuestionables del mercado. Vendrán otros tiempos. Recuperará su valor. Llegarán compradores dispuestos a pagar. Así funcionan las cosas. No hay duda. Es solo cuestión de

esperar, y de confiar en el mercado. Mientras, hay que protegerse de los nuevos enemigos, aquellos que amenazan con derribar las tapias, con dar valor de uso en lugar de valor de cambio a esos inmuebles, rompiendo así con un relato que lleva demasiado tiempo funcionando. Lo que está en juego no es otra cosa que mantener ese relato intacto. A toda costa. Que vivir y habitar *cuesten*. Aunque mientras haya que pagar el precio del abandono.

¿Cómo sería un barrio en el que muchas manos, juntas, horadaran muros, chapas, verjas y tapias, y llenaran de nuevo de vida calles, locales y casas?

Ver: Movilidad social, Miedo, Antonio, Casa dispersa, Vivienda colectiva, Ocupaciones.

Centrifugación

(Gente) (Movimientos)

Mucha gente habla de la (G)entrificación, pero nadie de la (C)entrificación. Los que vivimos en las periferias —siempre en plural— no queremos vivir en el centro, no queremos ser centro, tenemos de todo, no necesitamos ir a ningún otro sitio. Queremos que nos dejen en paz, construir un barrio digno, donde la vida merezca ser vivida. Con una economía sin lucro ni plusvalías y sin explotación. Sin ayuntamientos, con espacios públicos no estatales, sin policía ni ordenanzas. No queremos ser una zona de centralidad, ni nueva ni vieja. Queremos propagar la autogestión generalizada del barrio y no ser ni gentrificados ni centrifugados.

Como dijo el autor Pérez Andujar: «Me siento más en casa en Carabanchel o en la periferia de cualquier ciudad que en la Plaza de Cataluña»

Ver: Gentrificación, Barrionalismo, Autogestión, Redes, Apoyo mutuo.

Centro de salud

(Gente)

La sala de espera está un poco llena, siempre lo ha estado. Es difícil no encontrarte a alguien del barrio. A veces, cuando se

va con angustia, es un regalo, porque puedes hablar de cualquier cosa con cualquiera mientras esperas que la médica salga de la consulta y lea tu nombre en la lista. Nos saluda con la cabeza, porque a muchas nos conoce de hace unos cuantos años ya. Tengo suerte porque es una médica que no se pone muy nerviosa si la cuento varias cosas y tardamos un ratito en la consulta. Otras vecinas cuentan que con la suya solo pueden estar cinco minutos.

Ahora dicen que puedes elegir médica. Yo la verdad es que lo que quiero es que a la mía no la cambien de sitio. Porque si fuera a otro centro yo no podría desplazarme, estoy mayor y me canso pronto, en el metro o cuando cojo el autobús. Aunque lo cierto es que a los médicos mayores no les cambian tanto. Pero a las médicas y las enfermeras jóvenes todo el rato, desde hace ya algunos años.

A las trabajadoras del mostrador las conocía más antes. Ahora ya no te dan las citas ellas sino que te llama al teléfono una voz como de una máquina para decirte que vas el día tal al cardiólogo a tu hospital de siempre, aunque resulta que hay otra fecha un poco antes en un hospital nuevo. Yo siempre cojo el mío. Allí también me conocen y está más cerca.

Hace casi tres años, el centro de salud se llenó de pancartas y estuvimos los vecinos encerrados con todos los trabajadores, porque nos parecía mal que se quisieran privatizar centros. Duró unos meses. Al final se ganó y aquel señor consejero, Lasquetty se llamaba, acabó dimitiendo. Aprendimos a reclamar lo del euro por receta, que también se ganó. Lo único que ahora tengo que pagar por los medicamentos. Yo no tengo muchos pero mi vecina sí, y a veces, si se los recetan a mitad de mes, no los compra todos hasta que cobra la pensión a principios del mes siguiente.

Y eso que nosotras podemos tener recetas. Tengo una vecina que dice que su tarjeta ya no vale y que dejó de ir al médico por eso, aunque estaba pachucha y tenía que tomarse unas pastillas de vez en cuando. Un día su doctora me pilló por el pasillo y me preguntó dónde estaba esta mujer. Me dijo que le dijera que podía ir a verla. Que ya sabían cómo hacer para darle citas y recetas. Esto fue como hace dos años. Ahora parece que además no se la juegan haciéndolo, que les han dicho que pueden volver a atender a todo el mundo. Aunque mi vecina sigue sin tener tarjeta sanitaria. En la farmacia es un engorro, porque ahora tienen que pasar la tarjeta por el

ordenador. Aunque el farmacéutico ya aprendió a meter unos números, que era lo que le faltaba para darle a mi vecina la caja de las pastillas.

El centro de salud es uno de esos lugares del barrio donde te sientes segura. Antes quizá había más conexión, hacíamos estudios con ellos, sobre cómo eran las casas, cuántas horas trabajábamos, si estábamos en paro o no..., aunque el otro día me dijo una vecina que le había dicho el médico que estaban pensando en hacer otra vez uno de esos. Unas chicas jóvenes nuevas. Y que luego querían que lo habláramos juntas. A ver si les da tiempo, antes de que las cambien de sitio otra vez...

Ver: Institución, Intervención social, Redes.

Chándal

(*Estigmas*) (*Símbolos*) (*Gente*)

Es una palabra que viene del francés *chandail*,² y designa a una prenda de vestir de tipo deportivo, normalmente compuesta de dos piezas —pantalón largo y chaqueta— que, desde una simplicidad absoluta, se ha erigido en uno de los símbolos corporales de las periferias urbanas. Aún cuando parezca una exageración, el chándal es la ropa de los barrios por su capacidad de infiltración en los distintos grupos humanos que los pueblan, y por su capacidad de adaptación y mimetización con los tiempos.

Bien es cierto que la mayoría de las veces su uso poco tiene que ver con la práctica deportiva, pero precisamente esa capacidad de traspasar la frontera para lo que está hecho hace de él un elemento cargado de múltiples significados y capacidad de síntesis simbólica. En un momento dado, quizá allá por la mitad de los años setenta del siglo pasado, las gentes de los arrabales diversifican su vestimenta, tomando como punto de partida los pantalones vaqueros, por aquel entonces aún acampanados, y los pantalones deportivos de color verde o azul marino con las características rayas en los laterales. El cine —ese Rocky corriendo por las escaleras—, la tele

² Alguien en facebook completa la información: «La etimología del término tiene su guasa: viene de *marchand d'ail* (vendedor de ajos), y hace referencia al atuendo que solían vestir los horteras (en el sentido literal del término) del mercado parisino de Les Halles».

—definitivamente Leroy Johnson— y las nuevas modas calan entre la chavalería que combina las chupas vaqueras —las de cuero eran muy caras y más escasas en las periferias de lo que luego nos han hecho creer— con las sudaderas con capucha. Como nos pasaba con las parkas, luego todos y todas íbamos igual por la calle, al cole, al parque, tal vez alguna variación de color, pero poco más.

En breve, el chándal será también ropa de banco, de simplemente estar y juntarse la peña. Dada su plasticidad, era fácilmente combinable con otras prendas y quedaba bien con las *yumas* —de línea lateral naranja o azul— o las *jaiber*, que la cosa no era todavía muy boyante. El asalto de las marcas es de un poco después.

Precisamente de los bancos, de ciertos rincones de los parques y de entre algunas calles, es de donde surge el chándal que identifica a los que andan enganchados con el caballo, pues con el tiempo son gentes de aspecto frágil y desde luego nada deportivo, dando tumbos de acá para allá, muy nerviosos o muy dormidos, vestidos con colores chillones, ráfagas de brillo que cruzan el pecho y pantalones anchos que se estrechan en los tobillos.

Una vez generalizado entre los críos, el chándal se inserta, no con pocas dificultades, en las vidas de gente más mayor. Su comodidad y aspecto vistoso vale tanto para las madres, como para los jubilados que se juntan en el parque. Pero esa prenda relativamente barata, que se lava y se seca fácilmente, y que a nadie parece importarles que sea igual o casi igual para todo el mundo, pronto desarrolla un giro mercantil de primer orden. Con el advenimiento de la espectacularización de la competición deportiva —mundiales, olimpiadas, *enebea*, fútbol-marca, etc.— las tiendas de deportes comienzan a mostrar nuevos objetos de deseo, ahora marcados con nombres y símbolos cada vez más exclusivos y, desde luego, con precios mucho más altos. En el barrio, ahora quedaba mucho más claro quién iba a la moda y qué prendas deportivas se habían quedado desfasadas, siendo motivo de mofa entre los chavales y convirtiéndolas en prendas cada vez más arrinconadas para los mayores. Y las modas son terribles, sobre todo cuando han pasado y permiten una mirada con cierta perspectiva. Dejan auténticas cacofonías visuales, combinaciones de colores imposibles (ese morado vivo con el verde fosforito era brutal) y diseños que pasaron del atrevimiento al sonrojo en un muy breve espacio de tiempo. El mercado tiene, así,

una forma más de marcar despreciativamente a los habitantes de la periferia obrera, que no siempre pueden seguir el ritmo de las novedades.

Y sin embargo, es en ese espacio de las afueras de la ciudad, en esos mismos parques y calles donde se renueva el orgullo de barrio y se redefinen modas y gestos. De nuevo el contacto visual y auditivo con los guetos norteamericanos, aún en la distancia, popularizan el rap, el hip-hop y todos los componentes de las nuevas culturas suburbanas, dando vidilla al chándal —incluso rescatando piezas del pasado— pero también a las gorras y, como no, a las zapatillas deportivas. Las marcas lo olfatean, lo detectan y se ponen manos a la obra. Se saca dinero de donde sea. Se hace pasta convirtiendo en espectáculo visual la degradación urbana de estas zonas, y se fabrican nuevos objetos de deseo. En Londres o en los Ángeles, cuando se producen asaltos a tiendas en medio de los *riots* —de 1992, de 2011, cuando sea— la ropa y zapatillas deportivas son uno de los principales objetivos, además de los teléfonos móviles y los pequeños electrodomésticos. El gesto de rebeldía es fagocitado por el mercado. Hasta la próxima.

Entre tanto, en el barrio, unas señoras visten habitualmente el chándal en sus paseos a buen ritmo por el parque; los asiduos al gimnasio local, gente que va a hacer la compra, jubilados en los bancos y chavales de algún equipillo de fútbol. Todos reactualizan el chándal, que ha venido para quedarse y mantiene una salida bastante accesible en los mercadillos de barrio. En efecto, al menos una vez a la semana, se pueden escuchar, ver y tocar, buenas ofertas y con aspecto igual o muy parecido a los originales. Y si bien el olfato visual que detecta las falsificaciones está inevitablemente muy desarrollado, no es impedimento para su uso y disfrute, como pasa con las nuevas —siempre tienen que ser las nuevas— equipaciones de los equipos de fútbol.

Los usos locales del chándal siguen incluyendo combinaciones increíbles, de peinados, maquillajes, gorras y calzados, mientras continúa siendo una prenda de diseños arriesgados. Hoy, los héroes del deporte, de la televisión, de la publicidad han incorporado el uso de las prendas deportivas y las grandes marcas facturan millones. Pero lejos de una democratización de los símbolos de vestimenta, los bien pensantes, las élites culturales y de opinión, siguen, de diversas maneras, mostrando su desprecio por la vulgaridad de la plebe. Bien sea mostrándolos de manera ridiculizante, bien desarrollando

una aparente admiración hacia las clases populares, esas tan chabacanas, tan pintorescas. El desprecio distanciado hacia la chusma adopta múltiples caras, y el chándal sigue en el ojo del huracán de los barrios, sea para aspirar a la distinción, sea para marcar la vida común del arrabal.

Ver: Barrionalismo, Comunidad, Estigma.

CIE (Centro de Internamiento de Extranjeros)

(Fronteras) (Espacios) (Diversidad)

Los centros de internamiento de extranjeros son establecimientos públicos de carácter no penitenciario; el ingreso y estancia en los mismos tendrá únicamente finalidad preventiva y cautelar, salvaguardando los derechos y libertades reconocidos en el ordenamiento jurídico, sin más limitaciones que las establecidas a su libertad ambulatoria, conforme al contenido y finalidad de la medida judicial de ingreso acordada.

Pero ahora hablando claro, para que nos entendamos y sobre todo para que entendamos qué es realmente un CIE y qué significa en la vida de las personas, tanto de las que pasan por él como de las que luchan contra ellos, o de las que lo ven desde su ventana.

En el Estado español hay siete centros de internamiento, uno de ellos situado en Madrid, concretamente en Aluche, con plazas para 200 hombres y 40 mujeres. En los mismos terrenos en los que hace no tanto tiempo se erguía una parte de la cárcel de Carabanchel, concretamente en el edificio del hospital penitenciario, ahora reformado con multitud de colores y formas *naïf* que le dan un aire inofensivo que oculta todo el dolor y el sufrimiento que se encuentra dentro. Es como si por un momento, ese pequeño espacio de Carabanchel se configurara como un vórtice de dolor pasado y presente.

La propia existencia de los CIE vulnera los derechos fundamentales, pero más concretamente se acumulan las denuncias por malos tratos, tratos inhumanos o degradantes, falta de información, etc., y eso sin contar los impactos de las condiciones del encierro en la salud física y mental de las personas. Personas encerradas hasta un máximo de 60 días, sin saber exactamente por cuánto tiempo, sin saber por qué se les encierra, sin saber cuándo podrán ver a sus familiares,

y en cualquier caso, viéndolos a través de una mampara. Pensando que de la noche a la mañana pueden ser deportadas, quitándoles el derecho a despedirse de sus familiares, amigos y en muchos casos dejando aquí hijos e hijas, trabajos..., en definitiva proyectos de vida. Como los proyectos de vida que se rompieron cuando un 19 de diciembre de 2011, Samba Martine murió tras no habersele dado la asistencia sanitaria adecuada a pesar de haberla solicitado hasta en diez ocasiones. En ese momento se rompieron sus proyectos de vida, los proyectos de vida de su hija con la que emigró y los de Clementine Nijbasu madre, que sigue luchando por que se haga justicia con la memoria de Samba. Proyectos de vida también rotos de Mohamed Abagui, fallecido en 2010; de Idrissa Diallo, fallecido en 2012 o de Aramis Manukyan, fallecido en 2013, todos ellos en el CIE de Zona Franca, en Barcelona.

Y sin embargo esos centros pasan desapercibidos para la mayoría de las vecinas y vecinos de la ciudad. Como pasan desapercibidas las redadas racistas, las identificaciones por perfil racial realizadas por la policía, con el objetivo de «detectar» personas en situación administrativa irregular, que nutren en buena medida al CIE de «personas deportables». O como lo son los propios vuelos de deportación que se dan todas las semanas en esos mismos aeropuertos que otras utilizamos para el placer que nos da nuestra privilegiada movilidad.

Los CIE son la piedra angular de la política migratoria deshumanizada e hipócrita que asesina en las fronteras, justifica las redadas racistas en nuestros barrios y permite la expulsión forzosa de nuestras vecinas en ignominiosos vuelos de deportación. Los CIE son agujeros negros del Estado donde se priva de libertad y derechos a las personas en situación administrativa irregular. Los CIE son, por tanto espacios de exclusión, reclusión y castigo a las personas migrantes cuyo único objetivo real es el control y represión de los flujos migratorios a través del establecimiento de fronteras tanto internas como externas.

Me encerraron los sin ley. / Me esposaron los odiadores. / Me amordazaron los codiciosos. / Y, si hay algo que sé / Es que un muro es solo un muro / Y nada más que eso. / Se puede derribar.

Assata Shakur

Ver: Cárcel, Redadas racistas, Sin papeles.

Cines

(Espacios) (Memorias)

Uno en cada esquina. Sesiones dobles para soñar. Tardes de verano bajo el frío del aire acondicionado, contemplando otras vidas en las pantallas gigantes, trampillas de escape hacia los sueños. En el barrio y para olvidarnos del barrio. Ascender la rampa desde la taquilla, rodeados de estrellas que cuelgan destartaladas en la pared, cruzar las cortinas infladas y respirar el perfume del ambientador, ese olor intenso y único. Sesión continúa para después volver de nuevo al infierno de calor y de la realidad. Tardes de domingo del frío invierno, preludio de una mañana de monotonía y de vuelta al cole. Con el tiempo se fueron empequeñeciendo las salas y las pantallas e imitando el formato de los nuevos cinestudios. Luego albergando el Festival de Cine de Carabanchel, o abriendo de forma discontinua, trataron de reflatarse pero no sobrevivieron. Se transformaron, convertidos en bingos, salas de juego, tiendas de electrodomésticos, supermercados, o en locales cerrados y en desuso. Maldita rentabilidad. Ya no se puede soñar a la vuelta de la esquina, hay que salir fuera del barrio. Contaron con un puñado de admiradores que no consiguieron salvar ni uno solo. Víctimas del individualismo en formato VHS, DVD o BLUE RAY. Cuando llegó Internet estaban expirando. Fueron del barrio y para el barrio. Sala-berry, España, Bécquer, Florida, Los Ángeles... Al parecer el cine ha vuelto al barrio y se ha instalado en Islazul, en el PAU, si claro, ¿pero cómo podría ser lo mismo?

Ver: Arte urbano, Sonido cañoroto.

Comunes

(Bienes y espacios) (Espacios) (Gente)

Tanto el vocablo «comunidad» como «comunicación» tienen en común la raíz «común». Las ciudades han sido acusadas desde tiempo atrás de ser espacios en los que no hay «comunidad»: «¡La vida de antes sí que era comunitaria!». También de ser el espacio de la incomunicación: «Estamos tan cerca y tan lejos a la vez ...». Con el avance del proceso de individualización aparejado a la flexibilización del empleo, al consumismo, a la cultura del interés individual y al uso de las

nuevas tecnologías, pareciera que los dos anteriores asertos de «sentido común» son más comunes que nunca: «¡La vida de antes, en el pueblo o en los barrios obreros, sí que era comunitaria! No como ahora, que con tanto egoísmo y con tanto whatsapp, estamos tan cerca y a la vez tan lejos...».

Algo de cierto hay en todo esto. En la ciudad neoliberal, de la que Madrid conforma un laboratorio destacado, la creciente desigualdad social —resultante de la redistribución de la renta de abajo arriba y de los riesgos de arriba abajo— es abordada con la solución de la segregación: segregación escolar, segregación residencial, segregación socio racial a cargo de la policía... Las múltiples fronteras tanto físicas (vallas, muros, autopistas, carrocías, seguratas, etc.) como simbólicas (étnicas, lingüísticas, estéticas, discursos xenófobos, auto-exclusiones, etc.) que se levantan en el espacio urbano, separan a los habitantes de la ciudad y organizan el territorio de manera tal que los sujetos más privilegiados casi nunca tengan que compartir espacio con los más desposeídos.

Esta ruptura de espacios y sentidos comunes que separa a los distintos grupos en función de la clase, del origen, del color de piel, del género, de la edad, etc., se multiplica y estalla en mil pedacitos cuando, mediante la atomización social que generan las dinámicas laborales (desregulación, fin de la negociación colectiva) y de consumo (fundamentado sobre el deseo de distinción), nos quedamos solos ante nuestras circunstancias (éxitos, deseos, despidos, desahucios, rupturas, enfermedades, etc.). La ausencia de intereses comunes entre átomos constituye el golpe definitivo sobre la comunidad.

O al menos sobre la comunidad que imaginamos como propia de un pasado fundamentado en los lazos de pertenencia y solidaridad. ¿Pero realmente alguna vez existió esa comunidad rural o urbana carente de conflictos? Más bien parece que no, que «la comunidad» es un anhelo actual ante tanta aspereza y frialdad individualista que hace que algunos la busquen en el recogimiento del salón familiar y otros en la piscina de la urba.

Además, qué leches, esa comunidad se apoyaba sobre relaciones autoritarias y opresoras de la más mínima diferencia. El Estado nos proporcionó a todas y a todos derechos que nos permitían oponernos a la opresión patriarcal, por ejemplo, y el Mercado nos brindaba la oportunidad de emigrar tanto de nuestro pueblo como de los valores de nuestros padres.

Tanto uno como otro, tanto los defensores de la hiperpresencia del primero (socialistas) como los de la omnipotencia del segundo (liberales), lucharon contra la comunidad: la comunidad impedía tanto adquirir la libre conciencia emancipatoria, como la libre competencia necesaria para el Mercado. Lo consiguieron. La comunidad ha desaparecido, lo cual, desde nuestra óptica contemporánea resulta ser al mismo tiempo motivo de inseguridad y de liberación.

Pero eso no equivale a la muerte de «lo comunitario». Nunca hemos tenido tantas redes sociales materiales y virtuales. El vínculo que se teje en ellas es muy amplio y diverso, nos permite relacionarnos con gente de acá y del más allá. Ese vínculo es muy flojito, a veces dura un retweet, aunque otras veces sirve para reconstruir relaciones de apoyo mutuo, de intercambio de información, de conformación de nuevos códigos culturales. En resumen, hoy tenemos más relaciones que nunca pero tan diversas como débiles. A la buena noticia —o no— de la muerte de la comunidad opresora, debemos unir la buena noticia —o no— de la continua recomposición de situaciones comunitarias.

A partir del derrumbe de lo poco que había de Estado del Bienestar y del despertar político de los últimos años, van tejiéndose prácticas cotidianas e iniciativas organizadas que reconstruyen algunos de los cachitos rotos de la vida comunitaria. Y sobre todo, parece que una vez pinchada la burbuja, las ilusiones de autosuficiencia por la vía del Mercado, de las que participaron muchas personas que se pensaron en ascenso social y habitaron los nuevos desarrollos urbanos de las periferias, se están difuminando ante una realidad que nos devuelve a la necesaria cooperación.

Hoy se oye hablar mucho del concepto de «común». Su uso es controvertido, pudiendo resultar útil tanto a una estrategia de eliminación absoluta del Estado para entregarle todo al Mercado, como a otras derivas que precisamente buscan poner freno al avance del Mercado sobre las distintas esferas de la vida a través de la institución de Bienes Comunes. Este segundo sentido de «común» es el que permite pensar en formas de gestión no estatales y no mercantiles, sino democráticas, cuidadosas con el medio y con las personas en situación de mayor fragilidad, inclusivas de las diferencias y las minorías, promotoras de la autonomía, horizontales, desde abajo.

Estos «comunes» ya existen —en potencia— en nuestros barrios. Los construimos cada día y son tanto materiales como inmateriales. Sin necesidad de irse a tribunales de regantes, a bosques comunales, a ejes gravitatorios de la tierra, a genomas humanos o a Internet, sobrevivimos gracias a los comunes que habitan en el aire y en la calle en forma de danza autoorganizada de viandantes, de cuidados, socorros y ayudas en caso de caída, de baldosas colocadas anónimamente por un vecino para que nadie tenga que pisar el barro, de lenguajes, chismorreos y memes a la salida del colegio, de vida en las salas de espera que desborda la planificación serial, de experiencias biográficas compartidas... También hemos puesto energía y organización para construir, en los últimos años, multitud de huertos urbanos, de centros sociales, de cooperativas agroecológicas y de gritos contra el expolio. Pero lo más importante, hemos producido relaciones comunitarias que nos devuelven a un terreno vital lleno de sentido, del «sentido común» de vivir con otros a pesar de nuestras diferencias. Y es que antes de instituir un bien común, lo relevante es la actividad compartida, la participación y co-obligación que nos imponemos cuando nos damos a una tarea común.

Solo hay que saber ver estos comunes, fijarnos en su funcionamiento y copiar su modelo (repensándolo) para crear nuevas situaciones. Nuevas situaciones de común que permitan poner cada vez más territorio de nuestra vida fuera de las situaciones de mercado (competencia, evaluación continua, control), situaciones impuestas tanto por lo privado, como —paradójicamente— por lo público para poder ser ciudadanos.

No obstante, no podemos olvidarnos de una precondition necesaria para el funcionamiento verdaderamente democrático de los comunes: la igualdad. Sólo en la pelea por la igualdad de acceso a los recursos y de la dignidad de todas las personas, puede encontrarse la base de un común incluyente que no se convierta en el obligado recurso autogestionado de las capas sociales empujadas a la pobreza, y tampoco en el último grito en innovación social y cultura cooperativa de las clases medias creativas y/o militantes. Igualdad apoyada de comunes equivale a comunidad y comunicación entre iguales.

Ver: Comunidad, Redes, Apoyo mutuo, Dependencias.

Comunidad

(Gente)

Separando la palabra: «Común» «unidad», estos términos llevan implícitos a su vez muchos conceptos: «compartir», «acceso por igual», «oportunidad», «participación», «igualdad», «proyectos», «luchas»...

Todas estas otras palabras nos invitan a reflexionar, la «unión por lo común», la unión de distintas personas, cada una con sus contextos, que participan, que forman parte de un proyecto común con el resto de las otras personas que a su vez participan con sus propios contextos.

Cuando se piensa en comunidad se puede hacer en pequeña escala o en gran escala, en comunidades con mucha antigüedad o en comunidades efímeras. Hay proyectos que unen a las personas, el territorio, la lucha por conseguir algo, el trabajo, la amistad, estos proyectos comunes hacen que se formen grupos, que a su vez, pueden pertenecer a grupos mayores y a su vez formar grupos más numerosos todavía. Pueden ser uniones muy fuertes o ser menos fuertes, según la intensidad de la participación.

«Comunidad», término difícil de definir, creo que el hombre, como especie, es un ser que necesita relacionarse, necesita compartir, necesita comunicarse, necesita participar de una manera u otra. Puede estar condicionado por el tiempo de formación, por el territorio en común, por la lucha de un objetivo, por el trabajo sobre un motivo, por la participación en un proyecto, pero no necesariamente todos estos condicionantes tienen que estar presentes. «Comunidad» es un término muy amplio que está íntimamente relacionado con el desarrollo del ser humano.

Ver: Redes, Memoria histórica, Dependencias, Casa dispersa, EKO, Institución, Intervención social.

Crisis

(Economía) (Gente)

La periferia es un espacio en crisis. O por decirlo de otro modo: es la plasmación de la desigualdad en la geografía urbana. Por eso siempre ha habido peores dotaciones que

en los barrios más ricos, más paro, menos papeleras, menos medic*s, peores transportes, más contaminación, etc. Y otras cosas que se derivan de ello: más delincuencia, más enfermedades, más desahucios, más suicidios, menor esperanza de vida, menos expectativas, más droga.

Eso no significa que una crisis global como la iniciada tras el pinchazo de la burbuja inmobiliaria deje a las periferias tal cual. Ni mucho menos: la crisis global constituye el entorno socio-político-económico en el que se acentúa su condición periférica: cuando los menguantes recursos económicos son destinados principalmente a otros barrios más ricos y vistosos, cuando los recortes en los servicios de limpieza se concentran en los barrios periféricos, cuando el servicio sanitario deja de ser universal y no cubre a un gran porcentaje de su población, cuando suben las cuotas de las guarderías o de la universidad.

Las periferias estaban ya en crisis. Y la crisis las hace más periféricas.

Ver: Banco, Basura, Desahucio, Gentrificación, Paro, Redadas racistas, PAU, EKO, Economía informal, Comunidad, Redes, Ocupaciones, Reciclaje, Dependencias.

Curro

(Economía) (Estigmas)

Es algo bipolar. Con sus cosas positivas y negativas. Nosotras somos más del barrio que los columpios así que alguna vez lo hemos llamado trabajo, pero vamos, que nosotras no vamos a nuestro empleo remunerado, vamos al curro. Es algo más de barrio, más duro, barriobajero, macarra. Tu no oyes a un pijo decir voy al curro, en todo caso van al *job* o al *work* y si dicen curro es porque se agobian cuando tienen demasiado trabajo.

Nosotras por ejemplo somos currelas, somos unas currantas. Nosotras no decimos «ese es un trabajador de puta madre», nosotras decimos «ese es un currante» o «cómo te lo has currao». Una puede decir que una persona trabaja muy bien pero esa en cambio curra que te cagas. Es algo distinto, tiene algo más..., algo que marca la diferencia.

El curro requiere esfuerzo, hacer las cosas con dos cojones, ¡¡¡pam, pam, pam!!! Vamos que no levantas cabeza. Es

un rollo, es duro y estresante, vamos que es una mierda pinchá en un palo. Es una obligación, algo que hacemos para sobrevivir, alcanzar unas metas y gastarnos el dinero en lo que queramos. También tiene sus rutinas, de lunes a viernes, su horario de 8 a 15 h, sus reglas, sus normas y la cara de mi jefe.

Levantarte para ir al curro, estar de cara al público, ponerte el uniforme, aguantar al típico pesao de turno, vamos eso no está «ni pagao ni agradecido» y lo que más me jode es que además te quita tiempo para hacer otras cosas.

Pero el curro también es una motivación, es una acumulación de experiencias, es conocer a otras personas. El curro te da la posibilidad de formarte, sobre todo para las que no hemos estudiado. Y es que aunque a veces no nos guste nuestro curro, una vez estás ahí, intentas pasártelo bien, dentro de lo horrible que es trabajar. Nosotras somos muy trabajadoras, muy currantas, pero no siempre remuneradas, como pasa con las amas de casa.

Y es que no en todos los sitios se curra. Se curra en Carabanchel y se trabaja en el barrio de Salamanca. En la Castellana o en Chamartín la gente trabaja. Sin embargo en Pitis la gente curra, al igual que pasa en Usera o en Vallekas. Mi padre vive en Pozuelo, pero es albañil así que curra. Y es que el curro no sólo va por zonas sino que guarda relación con las personas, el tipo de curro que hagas y el ambiente en el que te muevas. El curro se usa, en unos sitios más y en otros menos.

En conclusión que mañana curro. Así que no sé si podré quedar, pero vamos que te llamo cuando salga.

Ver: Economía, Economía alternativa, Redes, Autogestión, Economía informal, Paro.

Dependencias

(Gente)

Como seres vivos somos dependientes, necesitamos un entorno limpio y agradable con el que interactuar. Como seres humanos somos muy dependientes. Nuestro periodo de cuidados se alarga en el tiempo y en nuestra sociedad se hace interminable con la formación permanente ligada a la institución. Como seres vulnerables somos dependientes de los cuidados de los demás, a los que también necesitamos para

fortalecer nuestro interior, nuestra autoestima. Como seres creativos somos dependientes porque las iniciativas, las ideas crecen y se multiplican con los otros. Como seres físicos somos dependientes por nuestra constitución, nuestra fortaleza, nuestra debilidad, nuestra fuerza o su carencia. Nuestra vida está dirigida por nuestras dependencias y se basa directa o encubiertamente en resolver como apoyarnos para vivir con ellas sin que nos lastren. Pero nuestras dependencias son nuestra fortaleza pues somos nosotros los que construimos las redes de apoyo y relación. Las construimos sin percibirlo de forma consciente y la ayuda y el apoyo se generan de forma natural como se nos reproduce una célula. Si sentimos la dependencia como algo negativo es porque tenemos que acudir a remedios artificiales, estandarizados, despersonalizados. La dependencia es nuestro pegamento con los demás, lo que nos une, pero las ataduras solo son cuerdas tensadas dentro de la red. Las redes construidas que fluyen y nos impulsan, que nos desarrollan y nos motivan, que nos llevan hacia la alegría, son firmes e imperceptibles a la conciencia, las tenemos que pensar para descubrirlas. La institución no puede sustituir la red y la apuntala cuando sus cuerdas son sogas que nos ahogan. Nuestro desarrollo depende de nuestra red y de cómo la construimos en nuestra comunidad y en nuestro medio. Además tenemos un terrible enemigo que son las dependencias creadas por el sistema capitalista, esas necesidades que no forman parte de nuestra esencia y que multiplican las posibilidades de guerra, destrucción y aniquilamiento de las personas. Dependencia, fortaleza, los dos ojos con los que nos mira la vida pasar. Hay un velo fabricado tapando la esencia. Trabajemos y reflexionemos en común. Descubramos el qué y construyamos el cómo.

Ver: Apoyo mutuo, Comunidad, Necesidad, Redes, Institución, Intervención social.

Desahucio

(Vivienda)

Desalojar a una persona o personas de su domicilio habitual. En realidad es uno de los mayores actos de negación de derechos fundamentales y de violencia que se dan en nuestra sociedad, por banalizada y normalizada que esté esta violencia. Choque entre el derecho a la vivienda de las personas que habitan el inmueble y el derecho a la propiedad del inmueble.

En este choque vemos la posición del Estado y que papel juega en realidad. Las estadísticas hablan que desde 2008 se han producido en el territorio del Estado español más de 600 mil desahucios.

Desahucio es impotencia, injusticia y frustración. Es como un asesinato. Es donde empieza el crimen legal y acaba la dignidad humana. Es el capitalismo por completo ajeno a la VIDA de la gente. Es rabia y también es emoción cuando la gente se junta para apoyarse. Es una de las herramientas que tiene el sistema capitalista en su guerra particular contra las personas. A través de un proceso de desahucio te ves incapaz de poder hacer algo. No puedes pagar y no depende de ti, sino de un mal gobierno y eso nos hace a las personas vernos en la miseria y en la calle.

Un desahucio es perder todo lo que posees ante la impasibilidad de los gestores de los bancos y autoridades, aunque la causa de impago no depende de tu voluntad.

Desahucio en la actualidad es la máxima expresión de como en la sociedad actual, el dinero y la propiedad privada están por encima de las personas y sus vidas.

Ver: Antonio, Crisis, Apoyo mutuo, Redes, Casa tapiada, Ocupaciones.

Descampados

(Estigmas) (Fronteras) (Espacios)

Espacios neutros en el entramado del viario. Lugares desolados, abandonados, tierra de nadie. Basureros, escombreras, cagaderos de perros, terrenos del todo vale. Tierra de frontera, sin ley. A veces límite chabolas-casas, gitano-payo, como el hoy disimulado en el Alto de San Isidro con las viviendas sociales. Para los niños de los setenta eran la aventura de lo prohibido. Su topografía irregular escondía tesoros o terribles sorpresas bajo la aparente uniformidad amarilla de las arenas secas y ásperas en el verano, y entre los charcos y barrizales que se formaban con las lluvias del otoño y la primavera. Señalados y reservados por los expertos en sus cartografías, podían convertirse en otra cosa. Los niños los vivíamos como lugares con entidad propia, sin pensar que pudieran ser menos perdurables que un edificio, una plaza u otros espacios urbanos. Los percibíamos con el mismo carácter definido y

estable que tienen los elementos consolidados de la ciudad. ¡Quién diría que el Parque de San Isidro era un enorme descampado con árboles, bancos y praderas! y que su porte de zona verde urbana le ha venido con el paso de los años, cuando estos elementos se han impuesto a su origen primitivo. Formaban parte del paisaje urbano y eran protagonistas de múltiples vivencias y su transformación no era previsible, ni en muchos casos deseada, pues perdían su estado salvaje y yermo para ser domesticados por las altas instancias, cuyas decisiones sobre el espacio no se consensuaron, ni se consensuan con los deseos y las necesidades de los vecinos. Trapi-cheos, tragedias, jeringuillas, coches abandonados, árboles enjutos y malas hierbas, paraísos de biodiversidad para algunos biólogos... Muchos permanecen casi intactos o asoman bajo la capa transformadora que se les impuso, con el misterio de por qué no han sido construidos con la fiebre especuladora. A veces generan leyenda, como la de Mataderos por su condición de cementerio improvisado tras un bombazo. Hace poco se ha añadido un nuevo descampado, inmenso, con el que tratan de borrar nuestra memoria y nuestra historia, tras la demolición de la cárcel de Carabanchel.

Ver: Huerto urbano, Solar, Casa tapiada.

Economato

(Economía) (Memoria)

Durante mucho tiempo, uno de los establecimientos que caracterizaba el barrio era el economato. Situado bien en su interior, bien en los aledaños, se trataba de un lugar lo más parecido a una mezcla de almacén y humilde supermercado. El sistema era bastante sencillo: allí se podían comprar una amplia variedad de productos —casi siempre de cocina y hogar— a unos precios más bajos que en otras tiendas. Y estaba pensado para los currantes de este o aquel sector —economato de banca, de automoción...— que, por medio de un sistema de cupones o de un carné, podían acceder semanalmente para sus abastecimientos familiares. Se trataba de un beneficio asociado a la condición de asalariado, en unos tiempos en los que las dinámicas de consumo familiar de las clases populares estaban muy limitadas. Este tipo de ventajas formaban parte de una estrategia paternalista más amplia en el marco, primero del capitalismo industrial, y a partir de

1939 en el Estado español de otro paternalismo, el fascista. Así, los economatos se convirtieron en uno de los estandartes del franquismo social, junto con la promoción de viviendas para trabajadores, el acceso a residencias de verano, a piscinas o «charcos del obrero», entre otros.

En la extinción progresiva de este sistema de economatos coincidieron varias cosas: de un lado las aventuras financieras y los sueños de grandeza de algunas cooperativas, que fueron terminales. De otro, los cambios en las pautas de consumo que invitaban a escoger marcas, a buscar distinciones y a extender por todo el espacio social la ilusión de la compra. Finalmente el proceso de intensificación capitalista a partir de los años ochenta trasladó los beneficios sociales a los salarios, precisamente para incrementar esa ilusión de consumidor.

El desmantelamiento de los economatos, sin embargo, no ha sido total y hasta hace muy poco quedaban algunos de ellos en sectores profesionales también en crisis, como las cuencas mineras. Otros subsisten con vigor en el interior de las instituciones totales, como es el caso de los economatos de las prisiones. Finalmente, se ha producido un notable incremento de iniciativas de economato social de muy distinto tipo. Bancos de alimentos y de productos de hogar de primera necesidad, fruto unas veces de la solidaridad vecinal, otras de las iniciativas caritativas, que han encontrado, en el marco de la crisis, motivos para resurgir e instalarse en los barrios. Pero siempre con el riesgo de asumir el estigma de lugares para pobres, para los que no pueden comprar, para los que no están dentro.

Y, a la vez, en algún barrio, el antiguo local del economato se transforma en un nuevo centro social ocupado, donde gentes que están hartas, que tienen ideas, que siguen luchando, que también están fuera, que no se creen el cuento, ponen en práctica otras formas de estar, de hacer, de consumir.

Ver: Intervención social, EKO, Economía informal, Mercadillo, Selva del duro.

Economía informal

(Economía)

«¡A 2 euros los tres pares de calcetines, señora!», «Se hacen portes y mudanzas», «Por 600 euros te tiro la puerta y te

engancho la luz», «Hachis, amigo, ¿quieres hachis bueno?», «Arepitas, empanadas a un euro», «Una película por 3 euros, dos por 5 euros», «La palanca de cambios te la consigo en un desguace», «Masaje integral por todo el cuerpo», «Cerveza, cerveza a un euro», «Jitano cuidando obra».

La economía informal es economía: es un modo de producción, de distribución, de intercambio y de consumo de bienes y servicios, una forma de satisfacer necesidades. La economía informal es informal no porque no tenga forma, que la tiene, sino porque no tiene una forma social, política y jurídicamente legitimada.

Lo que hoy llamamos economía informal no es nuevo, sino que es la continuidad de multitud de prácticas productivas y comerciales que a lo largo de los siglos han permitido sobrevivir a millones de personas, de manera especial en las ciudades. No se trata de actividades esencialmente perniciosas, sino que es un orden sociopolítico determinado el que las vuelve ilegales o las mantiene en la alegalidad. En realidad, dichas actividades no difieren en sus contenidos de aquellas que son consideradas el alma del mercado (actividades financieras y productivas), sino que son realizadas por fuera del radar del Estado (contribución tributaria o autorización para su realización). Esa exclusión de la legalidad y la legitimidad viene dada por las presiones hacia el poder político procedentes de otros sectores económicos «blanqueados» (asociaciones de comerciales, fundamentalmente) o por su consideración como intolerable desde un punto de vista moral e ideológico (como es el caso del trabajo sexual o el tráfico de drogas). No obstante, las actividades de economía informal cumplen una función muy importante para el mercado formal: son el arranque de múltiples y exitosos negocios legales, actúan como un modo de efectuar acciones en la invisibilidad y que no pueden ser confesadas públicamente, sanean las cuentas «en B» de muchas empresas, limpian y producen aquello a lo que no llega el mercado formal por su escasa rentabilidad y abaratan el precio de las mercancías y la fuerza de trabajo.

La economía informal mueve enormes cantidades de dinero a nivel global y es generadora de cuantiosas fortunas entre las élites. Resulta difícil trazar una raya que separe a los ricos legítimos (empresarios) de los ricos ilegítimos (mafiosos), ya que existen multitud de entrecruzamientos entre la economía «en A» y la economía «en B» que se manifiestan

en forma de corruptelas, tráfico de armas, drogas y seres humanos, etc. No obstante, para que esta economía informal de las élites pueda llevarse a cabo, es necesario un ejército de excluidos del mercado formal de trabajo. Son las personas procedentes de entornos empobrecidos las que llevan a cabo las operaciones finalistas del proceso productivo, las más arriesgadas, y al mismo tiempo las que menos remuneración conllevan. Resultan ser una salida laboral para quienes no encuentran en el trabajo asalariado una solución adecuada a sus necesidades (paro, precariedad) o a sus expectativas (en una sociedad que asocia el prestigio a la capacidad de consumo). Pero también la economía informal puede ser una respuesta autónoma entre los más empobrecidos, un modo de autogestionar sus necesidades sin depender del mercado formal ni del Estado. Entre estos modos autónomos de economía informal, encontramos situaciones de explotación entre «iguales» (una persona inmigrante que mantiene a un compatriota trabajando en condiciones precarias para pagar una deuda contraída en el viaje) o situaciones de igualdad y cooperación (la organización familiar y comunitaria de producción y venta de alimentos bolivianos en una parada de metro de la periferia).

A pesar del avance de las relaciones laborales salariales a lo largo del siglo XIX y especialmente del siglo XX, bajo el paradigma del Estado del Bienestar, la economía informal —o precisamente, la informalización de ciertas economías— ha sido una constante en el tiempo. Entre los grupos sociales excluidos de la clase obrera asalariada, o entre aquellos insertos en el salariado, pero en condiciones insuficientes para el auto-sostenimiento, la venta ambulante, la recogida y reciclaje de residuos, el trapicheo, el trabajo sexual, etc., han constituido una forma fundamental de obtener recursos, los únicos en muchos casos, o complementarios en otros de aquellos obtenidos en el mercado formal de trabajo o a través de las ayudas de organismos como servicios sociales. No obstante, del mismo modo que su presencia ha sido una constante, también lo ha sido su estatus social devaluado. El escaso prestigio de estas actividades (estigmatizadas en la mayor parte de los casos), junto con su criminalización (persecución policial, buro-rrepresión, etc.), hacen de la dedicación a la venta ambulante una actividad de riesgo, sin derechos reconocidos, inestable. Su sostenimiento a lo largo del tiempo solo puede explicarse por una variable con mucho menos peso en el mercado laboral asalariado: y es que mientras en este, la relación laboral

es individual (el contrato), en la economía informal intervienen los lazos comunitarios a modo de capital social necesario para montar la actividad y acceder a los productos y a los territorios, así como un modo de protección en caso de accidente, pérdida del género, detención o sanción. Precisamente, ese comunitarismo es uno de los motivos por los cuales la economía informal ha sido históricamente perseguida, ya que actúa como una contra-fuerza respecto del disciplinamiento laboral de los sujetos pobres.

En las periferias madrileñas hemos asistido a una reconfiguración de los mercados informales durante el proceso de modernización de la economía desde 1980 a los años dosmil. La regularización de la venta ambulante o de la recogida de cartones, fruto de las presiones del *lobby* comercial (especialmente a partir del desembarco de las grandes superficies) y del nuevo negocio del procesamiento de residuos urbanos, ha supuesto la consolidación de la actividad de algunas familias (en mercadillos legales y consiguiendo el alta como autónomos de chatarreros) y la exclusión de la mayoría, que ha quedado condenada a la informalidad legalmente perseguida. Sin embargo, a partir de la crisis, la economía informal como modo de supervivencia ha desbordado las normativas y ha jugado un papel muy importante, tanto para la supervivencia como para el sostenimiento del orden social, ya que sin su proliferación no se entiende cómo la desigualdad y la pobreza multiplicadas en este periodo no han causado inestabilidades mayores en forma de revueltas juveniles, delincuencia y violencias.

Además, la informalidad de la economía cada vez pone menos en cuestión la doctrina económica dominante. El neoliberalismo apuesta precisamente por la promoción de multitud de elementos y figuras que forman parte esencial de la economía informal: el emprendimiento aventurero, la asunción de riesgos, la flexibilidad, la adaptabilidad y la disponibilidad. El problema actual de la economía informal no viene tanto de su función y valores, como de los sujetos que la protagonizan: sujetos ilegítimos que bien por su condición étnica, migrante o marginal conviene que no se empoderen en exceso y que sigan jugando un papel subordinado sobre el cual descargar las tensiones sociales derivadas de la desigualdad. Aunque un latero que se lo monta por su cuenta sea un emprendedor en toda regla, que ofrece al mercado lo que este demanda adaptándose a sus ritmos (botellones improvisados

en el espacio público), resulta complicado que deje de ser considerado parte de una mafia. Los medios de comunicación y las fuerzas de seguridad, voceros de los intereses de los comerciantes legales, se encargarán de asociar dicha actividad a una peligrosa red internacional.

La economía informal llevada a cabo por las personas más empobrecidas, buena parte residentes en las periferias, constituye cada vez más un modo viable y precario de supervivencia en el capitalismo neoliberal, pero al mismo tiempo permite escapar de las jerarquías y controles asociados al trabajo formal, fomentando lazos comunitarios autónomos que en muchos casos funcionan como un dispensador de recursos y un mecanismo de solidaridad e igualdad.

Ver: Economía alternativa, Redes, Apoyo mutuo, mercadillo, Curro, Institución, Selva del duro.

Economía

(Economía)

La economía es una herramienta cuyo objetivo principal es justificar la necesidad de mantener o acelerar el ritmo de los recortes para que los ricos tengan cada vez más de lo que antes tenían los pobres. A eso se dedican los economistas profesionales: a aplicar y perfeccionar esta herramienta mientras la maquillan dándole nombres cada vez más pintones: maximización del beneficio, coste laboral, reconversión industrial, paro, incremento de la productividad, tasa de interés, crecimiento sostenible o ajuste salarial.

Esta caja de herramientas se basa en ciertas premisas, también muy pintonas: que si las necesidades humanas tienden a ser infinitas, que si los seres humanos tendemos a maximizar nuestro beneficio, que si el crecimiento económico es una condición indispensable para cualquier otra cosa y que además puede continuar indefinidamente. Que si el consumo es una forma de expresión, la única forma de satisfacer nuestras necesidades y hasta la forma definitiva de libertad. Y lo peor: que todo esto es y será así para siempre. Que no hay alternativa, pero que a pesar de esto (ojo a la contradicción) tenemos que hacer lo que haga falta para que no deje de ser así. Y todo este mogollón con el objetivo de mantener o mejorar la posición de privilegio de algunos sobre el resto.

Esta economía tiende a fijarse especialmente en las instituciones oficiales nacionales o inter-trans-multinacionales, sean estas públicas o privadas, y en las personas, pero solo cuando compran o trabajan. Trabajan pues para las instituciones formales y las relaciones que se dan dentro y entre ellas, siempre y cuando sean monetarizadas. No por casualidad estas instituciones son las principales clientes de aquellos que saben usar con diligencia estas herramientas. Y ¿dónde se concentran esas instituciones? ¿Las grandes empresas, los grandes despachos, los bancos...? ¡En el centro! ¡En los grandes centros! En el centro de Madrid, en el centro de Londres, en el centro de Europa. Por eso necesitamos una economía de las afueras, de las fronteras, de los márgenes y las grietas. Una economía, claro que sí, de la periferia.

Pero esta economía de los grandes centros (físicos y simbólicos), se reivindica como omnipresente y omnipotente. No hay economía fuera del Estado: este la sanciona y la controla, además de beneficiarse de ella. Todo lo que salga fuera es puntual y anecdótico, una desviación a corregir, una excepción que confirma la regla; y no hay economía fuera del mercado, toda relación que no esté mediada por el dinero no es Economía. Deslegitiman simbólica, política y legalmente toda práctica marginal, periférica que quede fuera de la regulación (para-supra-inter-)estatal e invisibilizan el sentido económico de toda relación no-monetarizada.

Ver: Casa dispersa, Mercadillo, Comunidad, Dependencias, Economía de las afueras, los márgenes y las periferias, Economía informal.

Economía de las afueras, los márgenes y las periferias

(Economía)

La herramienta economía es muy útil, ya se sabe. Todo lo hacemos para ajustar el déficit, todo lo podemos recortar para aumentar la productividad. Pero claro, es más útil para algunos que para otros, para nosotr*s esta siendo inútil hasta la náusea. Por eso necesitamos otras herramientas económicas para los que no tenemos dinero ni lo queremos (o al menos no tanto ni del suyo) y no podemos controlar sus flujos. Para l*s carabancheler*s, l*s cutres, l*s recicladores, l*s am*s de casa...

El lugar más evidente por el que empezar es aquel por el que la economía oficial no tiene ningún aprecio: todas esas

instituciones no formales (o no tan formales) y principalmente todas esas relaciones no mediadas (o no tan mediadas) por el dinero: el apoyo mutuo, la autoproducción, el trabajo en casa, los cuidados, las ñapas, los apaños, la autogestión, el reciclaje, la okupación, el arte de mangar, el saqueo... de esto tod*s sabemos bastante, seguro que vosotr*s también.

En Carabanchel, al igual que en tu periferia, pero incluso en lo más céntrico del oscuro centro, todas estas cosas pasan, solo hay que fijarse bien. Sí, hay grietas por todas partes, todo es un poco periferia (y un poco centro, sí). Se trata de mirar con otros ojos y de empujar muy fuerte para que esas grietas, donde florece el cutre apaño y el apoyo entre colegas, crezcan hasta que un día todo sea periferia.

Ver: Comunidad, Economía, Economía informal, Huerto urbano, Autogestión, Casa dispersa.

EKO

(Espacios) (Movimientos) (Símbolos)

1. Centro social okupado (más concretamente: espacio socio-cultural liberado autogestionado) en un antiguo economato del barrio, nacido con el impulso de las asambleas de barrio después del 15 de mayo de 2011.

2. Desde el cierre de la plaza de toros de Carabanchel en algún momento de los años setenta, la Matilde Hernández se convirtió en la calle que unía la extraña ruina del coso tau-rino, que no dejaba de recordar que Carabanchel había sido un pueblo «distinto» de eso que se llamaba Madrid —y que comenzaba al cruzar el puente de Toledo—, y una zona supuestamente industrial, que no hacía sino recordar que la capacidad industrial del barrio era bastante limitada. Entre solares, talleres, almacenes y naves ocupadas por empresas, en las que parte de la población del barrio se desempeñó por primera vez en los desnivelados intercambios de trabajo por dinero, se alzaba un economato. Su presencia mastodónica parecía obedecer al paternalismo con el que la arquitectura del régimen franquista concebía las necesidades sociales: ese pastiche tan ibérico, fruto de la mezcla de Juan de Herrera con el funcionalismo y el racionalismo de la arquitectura europea posbélica. El economato funcionaba dentro de esa zona de polígono industrial, aunque quizá sea un tanto exagerada

esta calificación, como una perfecta metáfora de las relaciones entre esfuerzo, trabajo y alimentación, por si a alguien se le habían olvidado. Sin que se recuerde muy bien cuándo dejó de funcionar como economato, desde los años noventa el edificio no perdió su carácter tutelar frente al barrio, como una especie de fortaleza de ladrillo que señalaba la progresiva desaparición de una zona industrial que se iba secando con los años. Curiosamente las sedes de la Seguridad Social y del INEM instaladas en las inmediaciones parecían imantar y marcar el compás de la destrucción de ese tejido: se dejaba de ir a trabajar, se dejaba de ir a hacer la compra para acudir ahora a apuntarse en el paro.

En un par de décadas, el cierre de la plaza de toros de Vista Alegre, la desocupación de las naves, la abundancia de solares en espera de nuevas aberraciones urbanísticas y el cierre del mercado de Vista Alegre fueron generando paradójicamente espacios de juego muy interesantes, a la vez que nos iba dejando claro por qué Carabanchel había sido un barrio tan vinculado con la muerte y su almacenamiento, y no sólo por los estragos de la droga y el SIDA entre varias generaciones.

3. Punto de referencia fundamental en la geografía de los movimientos sociales en Carabanchel, acoge desde hace ya unos años un buen puñado de actividades realizadas por y para el vecindario: zona de intercambio de ropa, grupos de lectura, proyecciones, grupos de consumo, asesoría de okupación, grupo de vivienda, yoga, conciertos, teatro... y asambleas, muchas asambleas.

Toda esta actividad nos hace pensar: ¿Qué pasaría si no existiera? ¿Cómo se las apañan en otros barrios —afortunadamente, cada vez menos— que aún no disponen de un centro social autogestionado? Parece fundamental disponer de algunos puntos de anclaje en el territorio (asambleas populares, centros sociales, nodos de producción) desde los que vertebrar iniciativas sociales, económicas, políticas.

4. Internamente, su funcionamiento manifiesta un cierto carácter pendular entre la apertura/vocación de llegar a todo el barrio y mantener una marcada línea política, lo que provoca ciertas contradicciones y tensiones.

5. Dentro del entorno militante sucede habitualmente una cosa, que no es necesariamente ni mala ni buena, pero es una tendencia que se supone natural: la de considerar que

los espacios que se obtienen, sean físicos o simbólicos, son entornos en los que nunca se reproducen las relaciones del afuera, del «mal» y del orden que nos someten tanto como la ley de la gravedad. Es como si hubiera una cierta magia simpática que mantuviera a los malos espíritus fuera del umbral. Pero lo cierto es que los llevamos en las suelas de los zapatos, o de las zapatillas, o de las sandalias. Quizá lo interesante no sea esa defensa de una pureza sin otro referente que una imagen inmaculada de algo que no existe más que en las proyecciones de un imaginario del que, si entreviéramos sus raíces religiosas, igual saldríamos corriendo. Quizá sea más interesante considerar los espacios con sus conflictos, porque lo único que cabe hacer ahora es pelearnos en ellos por hacer visible, en el mayor número de ámbitos, el orden y el control que nos constituye. No se trata de un rito catártico en el que la verbalización o la toma de conciencia nos libera de la sombra, sino de una cura de humildad respecto a ese cliché, que se repite frecuentemente, de considerar que la enfermedad está «en los de fuera», «en la gente» y que uno se ha purificado de esos vicios por una pertenencia a un entorno colectivo o por tomar las decisiones en una asamblea. Esto suele ser una fuente de frustraciones. Se proyectan deseos y anhelos inalcanzables y luego se abandonan esos espacios o lugares —físicos y no físicos— porque no cumplen con las expectativas generales, aunque cabe decir que no solo opera esa dinámica, sino también otros factores. Acaso sea la erosión que el propio tiempo va produciendo en quienes participan y la sensación que surge de una suerte de repetición ritual, a la que se acomodan las asambleas y sus participantes, y que a veces refuerza un modo de relación que tiene el riesgo de convertirse en identitario y acrítico. Acaso otro factor opere en el hecho de que se termine por generar espacios —físicos y no físicos— en los que el deseo desaparece y solo queda la repetición como signo de la habitabilidad del espacio.

6. Pero el deseo es errático, porque no tiene que ver con un conjunto unitario, sino con la resta de la completitud. Las asambleas se manifiestan aburridas si no vienen acompañadas de la acción, pero sin ellas no se hubieran podido plantear las jornadas comunales, donde aparecía gente de los diferentes espacios que componían las actividades del Eko y se le daba caña a la escoba y a la fregona, y también a los desagües, y a la cocina, y a la bebida. En ellas se organiza todo lo que en el año ha sido una acumulación sin

cabeza y sirven para poner en el mismo juego eso de que cada cabeza es un mundo. Reza un cartel en la biblioteca del Eko: «lee y no te creas nada», porque la verdadera letra no es la que se guarda en los anaqueles, sino la de la conversación y el aire alrededor de los textos. Tomarse el tiempo para tomar el pulso a la gente con la que compartes un espacio así merece la pena. Entre la mugre vas descubriendo el pequeño brillo de lo que está más abajo de eso que llamamos el sentido común, y que muchas veces la acción cubre con su pátina. Bajo el hastío y el cansancio está la intermitencia de la militancia, para no olvidar la risa robada y volverse demasiado serios, ya que eso obliga a dar al otro con una caña en la cabeza, porque sus huesos van muy por detrás de los ideales a los que nadie puede decir que no, aunque luego nunca acuda nadie a defenderlos. Y si puede ser, podrá ser; si no, está la cerveza, y la escucha, y la mirada de algún compañero.

Ver: Economato, Autogestión, Apoyo mutuo, Asambleas populares.

El Guille

(Gente) (Memoria)

In memoriam. Guille Martín. *Mi calle tiene un oscuro bar y húmedas paredes pero sé que alguna vez cambiará mi suerte...* Niñez y adolescencia en el barrio. Apretando el mástil y presionando los acordes con los dedos, saltaban las notas de todas las melodías posibles e imposibles bajo la tensión y la presión de la púa. Esos dedos... y la boca torcida, mirándote fijamente, con ese gesto tan único, tan suyo. Risas, buen rollo... Historias de colegas... *Moly mucho pides tú...* Los cables, los Números Rojos, los conciertos, las salas y las colaboraciones con otros músicos. El reconocimiento, la fama y Zaragoza. Aquí en el barrio se quedan los años de colegio y de banco en la plaza. Los mosqueos, las risas, los malentendidos, la rebeldía, las palabras, los sentimientos, la fuerza... la niñez, la adolescencia, lo mejor y lo peor... ¡Tantas horas compartidas con los amigos en el barrio! ¡For Ever! ¡¡¡Ráscale Guille!!!

Ver: Vida de banco.

El Ñañas

(Memorias) (Gente) (Estigmas)

En los ochenta no hay barrio periférico sin su quinqui. Si vivías en los alrededores de Eugenia de Montijo con la Avenida de los Poblados el que te tocó fue *el Ñañas*; en otros lugares puede que fueran *el Quicle, el Zipi y el Zape, las bandas del Loqui o del Plata, el Monje...* Aunque el origen de la palabra «quinqui» parece ser otro, en esos años el término pasó a referirse a unos personajes de barrio, mezcla de marginación, heroína, cine, medios de comunicación y estigma. Procedentes de entornos socioeconómicos pobres y de las amplias zonas marginales que se habían instalado en las periferias de las ciudades; con la peor época de la heroína como trasfondo, en la que muchos invertían las ganancias de sus pequeños delitos, dieron nombre a un subgénero cinematográfico que pretendió retratarlos en películas como *Perros callejeros, El pico y Deprisa, deprisa*; lograron un amplio seguimiento de sus acciones en las páginas de sucesos de los periódicos, gracias a los cuales algunos alcanzaron la fama (*el Vaquilla, el Jaro, el Pirri*); y fueron efecto de los estigmas que el modelo social impone a esas zonas de abandono, a la vez que causa de los mismos cuando los medios de comunicación devolvían su imagen amplificadas.

Además de esa imagen novelesca, que las pantallas y los periódicos retrataron/representaron, su influencia en la vida diaria de los barrios no fue poca, pues eran el azote de los bolsos de las señoras que salían de paseo y de los veinte duros que los adolescentes llevaban cuando acudían al cine del barrio.

Un cóctel al que generalmente acompañaba un final trágico. Como el amigo David contaba, «al Ñañas se lo encontraron muerto de más de veinte puñaladas en el Parque de las Cruces, varias de ellas en ambas manos».

El quinqui es la quintaesencia del abandono de las periferias en una época dura.

Ver: Parque de las cruces, Estigmas, Medios de comunicación, Mala fama.

Envejecimiento

(Gente)

Barrio de niños y padres jóvenes en los sesenta. El *baby boom* conquistaba el barrio. Nuevos edificios y nuevas calles, nuevos espacios y comercios. Escasez de servicios que llegaban tarde o no llegaban; pero vecindad, vida en la calle, pocos coches, juegos y voces infantiles, portales abiertos, conversaciones en la escalera de los portales, tiendas de barrio, novedades y noticias a través del boca a boca, pocas teles, muchos radios. Avenidas comerciales, abiertas al tráfico. El coche está bien visto. Deseos de mejorar y por ello a veces de huir.

Los años pasan y la inseguridad ciudadana se interioriza en los vecinos. Cuanto más encerrados tras las puertas blindadas y los porteros automáticos, cuanto más aislados ¿más seguros? Los chicos crecen y si pueden se van, los padres que no han podido irse van haciéndose mayores y apenas mantienen las relaciones de vecindad, que se van relajando con el paso inexorable del tiempo y el aumento de la dependencia y la falta de autonomía. Se lava la cara a algunos rincones; el barrio es dual, depende desde donde lo mires. ¡Qué bonito y cuidado parece el parque San Isidro desde la Ermita! La vista que se ofrece al obispo y las autoridades el día de la fiesta del patrón. ¡Qué abandono por el lado oculto, al otro lado de la loma! Allí el parque mantiene su manto verdoso dependiendo de la duración de las lluvias primaverales.

Con el paso de estas últimas décadas del siglo XX la población se ha envejecido y no se renueva, pues el barrio todavía tiene estigmas. La población característica son los mayores, esos que viajan en autobús y que con numerosas dificultades superan los obstáculos que impiden su movilidad. Cuánta sabiduría, cuántas historias encerradas y bloqueadas en sus mentes, no hay vías de comunicación entre ellos y los jóvenes. Cuántas residencias, centros de día y centros de mayores desconectados. ¡Qué poca transmisión intergeneracional! Cierran los comercios tradicionales y nos invaden los súper, los artículos de poca calidad pero baratos y los mercados tradicionales entran en decadencia. La basura se reparte por las calles dentro de contenedores de colores. Aumentan las colas del médico. Aparecen edificios modernos de cinco o más pisos, entre el entramado de las calles de casitas bajas y construcciones de dos plantas. Se vacían las casas y se despueblan los edificios.

Desaparece la vida del barrio dormitorio y anciano... PERO también llegan personas de otros lugares del mundo, con sus familias jóvenes, y se hacen visibles en los espacios públicos, con sus actividades y sus negocios. Y además algunos han vuelto y tienen una nueva mirada y nuevas expectativas sobre el espacio de nuestro barrio. Ya no se considera imprescindible cruzar el río y se generan nuevas iniciativas y conexiones. Hay proyectos que empiezan a hacer visible otra vida. Vuelve la alegría a las calles, las relaciones entre las personas por encima del paisaje heredado, hijo de otras vidas.

Ver: Movilidad social, Redes.

Estigma

(*Estigmas*)

Dícese de la certeza absoluta que se tiene de que si un ciudadano decente pisa las calles de Pan Bendito, será atacado por seres del submundo, que le requerirán bajo amenazas o violencia que entregue todas sus pertenencias. Dicha certeza se fundamenta en la sólida labor de investigación del prestigioso equipo de *Callejeros*, así como en leyes físicas de incuestionable rigor, que se enuncian bajo la fórmula «Pan Bendito, si no me lo das te lo quito». Dicho esto, no es intención de este equipo de redacción negar que pasan *cosas* que no molan en algunos barrios, las duras condiciones de vida imponen soluciones desesperadas y la violencia y desigualdad estructural son lugares bastante propicios para el macarreo y el mafioso de distinta índole. Sin embargo, recurrir al estigma para explicar todos estos complejos fenómenos, no es más que la vía más rápida y sencilla para mirar a otro lado y evitar pensar en las verdaderas causas de que sucedan determinadas cosas en determinados barrios. Así, más que reflejar la realidad de algunas periferias, los estigmas nos hablan del centro: de las desigualdades que genera un determinado modelo social y de cómo estas se reinterpretan para escapar de lo incómodo. Así pues, los estigmas y el modelo social se explican mutuamente. Si en los años ochenta chabolas, quinquis, heroína, cárcel y clases peligrosas constituían el repertorio más nombrado, en nuestra época neoliberal son la inseguridad (asociada con determinados espacios o colectivos que quedan marcados como «de riesgo»)

y los malos pobres (frente a los buenos, damnificados de la crisis), a los que se atribuyen todo tipo de miserias morales (vagos, vicio, poca fuerza de voluntad, predisposición a la delincuencia) que les hace responsables de su situación. Estos malos pobres configuran un nuevo imaginario sobre las periferias. Estos dos estereotipos tienen que ver, por tanto, con un modelo social y de gobierno (neoliberal) que niega continuamente la desigualdad (partiendo de la premisa falsa de que cualquiera, con su esfuerzo, puede llegar a donde se propone), responsabiliza a las personas de lo que se supone que son sus propios fracasos y pone en el centro del discurso la seguridad como válvula de escape. Con ello evita hacer frente a los problemas sociales que genera una apuesta tan fuerte por la desigualdad social.

Ver: El Ñañas, Medios de comunicación, Cárcel, Barriobajero, Mala fama, Barrionalismo.

Fermín

(Gente)

Y seguimos dando vueltas alrededor del Sol. Aparecen Fermín, Tomás, Ana, Sara, Pedro, Raquel, Yannick... Heredan esta periferia, la realidad detrás de los conceptos que de manera multiforme, imperfecta e incompleta reflejamos en este diccionario. ¿Cómo será su futuro? Ni idea, pero esperamos que a la vez estén ligados al territorio y sepan salir de él cuando lo necesiten o deseen. Y que sean personas sensibles, autónomas y empoderadas para actuar sobre lo que pase a su alrededor.

Finca de Vista Alegre

(Memorias) (Espacios)

La nobleza eligió este emplazamiento para pasar los rigores del verano madrileño, cuando el río era un río y los árboles no estaban encerrados en los parques. Allí construyeron sus palacios y sus quintas, pero se fueron sin dejarnos en herencia sus jardines y sus villas a los carabancheleros. Paso vedado para el común, al menos si no tiene que realizar dentro de su inmensa e infranqueable valla con verja algún asunto

autorizado en sus hoy no tan nobles edificios. Todavía en una época se permitía el paso hacia la Plaza del Ayuntamiento, un paso lineal y cada vez con más obstáculos e impedimentos. En su interior crece lo que permite el clima madrileño, pues no ha tenido la suerte del terrible Madrid-río que se lleva todos los recursos en jardineros. Los carabancheleros rodeamos acostumbrados su perímetro vedado, sin reclamar su disfrute de forma eficaz. Pero los vecinos queremos disfrutar de su belleza y restablecerla, recrearla. No la queremos moneda de cambio para oscuros negocios urbanísticos. Alguna vez dejaremos de ver un límite en tu valla y te sentiremos como algo nuestro, a lo mejor incluso revivido entre todas, como un inmenso huerto urbano en el que nos permitiremos cultivar otras maravillas además de las maravillosas hortalizas.

Ver: Carabancheles.

Fondo Buitre

(Economía)

Los fondos buitre son entidades financieras de capital riesgo que se dedican a comprar deudas morosas para obtener el máximo beneficio posible. En España, los fondos buitre han comprado deuda a precios de derribo, no tanto deuda pública (dado que la situación española es diferente a la de países como Argentina), sino sobre todo deuda hipotecaria o financiera morosa (caso de las hipotecas de Caixa Catalunya) y activos de vivienda pública (caso de la compra de viviendas de la EMV o el IVIMA). Son el último eslabón de la cadena de fraudes que comenzó con la burbuja inmobiliaria española. Al final de la cadena de titulización de préstamos y después del rescate bancario en el que la deuda privada se convierte en deuda pública, aparecen los fondos buitre que continúan obteniendo ganancias de los activos primitivos. En España, además de las ganancias que puedan obtener por la venta de los activos (sobre todo viviendas), pueden ser importantes en la creación de una futura burbuja del alquiler.

Ver: Crisis, Economía, Desahucio.

Fútbol

(Gente) (Símbolos)

El fútbol es la vida, la vida misma, se lleva en el corazón. Es una droga. Es equipo, es gestar, es unión, conexión, amistad. Es vida-droga. Nos pasamos la vida juntas viendo fútbol. Terminamos de jugar un partido, y decimos: «¿Ey, nos vamos a ver jugar al Alorcón que juega ahora a las cuatro y media — hemos acabado de jugar a las dos?». A las cuatro y media se está en Alorcón viendo al Alorcón, que nos la suda, porque nos la pela, porque luego no sabemos quién es la buena y quién es la mala... «que sí que sí, que esta era muy buena, que esta era buenísima»; pero si esta no era, si está medio coja... Y se empalma un partido con otro. Pero no hay mejor excusa para estar juntas. Tu vida gira en torno al equipo. ¿Que nos apetece un partido de fútbol playa? Venga, allí que vamos a torrarnos.

Al fútbol no solo se juega, también se ve. Somos tan yonkis que hemos visto hasta partidos del Levante y del Córdoba. También vemos los resúmenes y los jugones. Pero es por el fútbol, porque no vamos a ver tenis, vamos a ver fútbol. Un día una del equipo nos quiso poner baloncesto y nos aburrimos, casi nos vamos de su casa... y luego lo intentó con Harry Potter, que es casi peor. Terminamos hablando de fútbol, siempre.

El fútbol es lo contrario que el curro. Se va aunque sea a las diez de la noche, y vamos a gusto. Aunque para los profesionales es un trabajo... o no, porque no hemos preguntado a Sergio Ramos. Cuando quieres dinero, ganar más y tener un futuro asegurado se convierte en trabajo.

Respecto al juego puede ser rapidez, habilidad, superación, éxtasis, trabajo en equipo y miles de cosas, pero siempre es adicción y pasión. Para otras el fútbol es no poder darle al balón con la cabeza porque se despeinan o porque les duele.

El fútbol también es protección. Mucho más que las espilleras. Protegerse las unas a las otras, porque somos muy lobas. Cuando tocan a una todas saltan «AUF, AUF, AUF». Cuando no saltan las que están dentro del campo, saltan las que están en el banquillo. Esto no es del fútbol, es del equipo, pero el fútbol ha hecho al equipo. La defensa dice que cuando nuestro corazón no pueda más, el suyo latirá por nosotras. Porque sí, estamos muy enganchadas, pero estamos muy enganchadas a nosotras.

Ver: Redes, La Mina, Curro.

Gentrificación

(Gente) (Movimientos) (Economía)

La gentrificación es la expulsión de gentes, prácticas y saberes de un territorio concreto a través de la reinversión de capital público o privado y la incorporación de una población con mayor capital económico o cultural. Para comprender los procesos de gentrificación hoy día, podemos centrarnos en cuatro puntos.

En primer lugar, la coyuntura-crisis, que nos dibuja un nuevo escenario, con una profundización de las políticas ultra-neoliberales: desde la precarización del empleo a las políticas de desahucios; del empobrecimiento y la desasistencia estatal a la polarización de clases; del sujeto estigmatizado/r al sujeto revalorizador. La nueva búsqueda capitalista de nichos de acumulación urbanos, que hasta ahora quedaban al margen del mercado, tiene ejemplos paradigmáticos en el laboratorio privatizador de la ciudad de Madrid, como la venta de vivienda social, del IVIMA y la EMV, a fondos buitre internacionales, o como la SAREB, nuevo agente público-privado con un parque inmobiliario a la espera (en barbecho), con el que se ha limpiado a los bancos de activos inmobiliarios de riesgo y que se venderán a lo largo de los próximos diez años, aún no se sabe en qué condiciones y a quién. ¿Qué supondrán estos nuevos agentes en relación con fenómenos como la gentrificación? Al mismo tiempo, debemos estar atentos a las periferias urbanas, nichos de construcción en época de boom y auténticos desiertos desolados en estos momentos.

En segundo lugar, la relación directa entre desplazamiento y nuevas formas de consumo en la gentrificación de las ciudades españolas. Además de la necesidad de añadir nuevas técnicas (por ejemplo, los desahucios en tanto forma de acoso inmobiliario o las subidas del precio de la vivienda protegida), resultan destacables dos estrategias que tienen que ver con la violencia simbólica que genera distintas formas de expulsión, más allá del directamente relacionado con la vivienda. Las nuevas necesidades (desde el ecologismo y la sostenibilidad al consumo de arte) producen la creación de comercios «con encanto» y «rutas hipster». Estos grupos, que tienen que ver con las formas de consumo de unas clases medias globalizadas, están generando un nuevo mercado gourmet y turístico transnacional, donde sin duda la reconversión de los mercados de abasto municipales es la nueva

deriva gentrificadora. Así, los desplazamientos se pueden ver en los comercios tradicionales y de proximidad, que ya no encuentran su sitio en estos barrios. En el caso de algunos barrios de ciudades españolas, son el resultado final (nuevos mercados para nuevos gustos), el paso intermedio hacia los mercados privados (supermercados dentro de los mercados municipales) o puentes para la entrada de franquicias y grandes firmas.

Tercero. Esta sucesión de cambios va de la mano de políticas securitarias, que nuevamente debido a la crisis, se fortalecen y legitiman. Desde la (in)seguridad subjetiva, fuente de tantas políticas policiales, a la persecución de conductas «no deseables», el control por parte de los cuerpos policiales en estos barrios se ha visto incrementado. Hablamos de diferentes formas de segregación y racismo institucional, que tratan la prevención bajo el concepto de «predelinuencia», sobre todo en relación con los inmigrantes asentados en estos barrios en proceso de gentrificación. Precisamente, en muchos casos, estas técnicas se dan en connivencia con aquellos nuevos vecinos que llegan a un barrio idealizado, junto con los comerciantes y dueños que reclaman esa cobertura policial.

Por último, no debemos olvidar que el espacio urbano es un espacio de lucha y que en todos estos procesos se ejercen diferentes tensiones que retardan el proceso, lo complejizan, lo bloquean. Desde los movimientos urbanos que se han reactivado en la época post 15-M, sobre todo los movimientos por la vivienda y su lucha anti-desahucios, hasta la cada vez más llamativa cercanía entre activistas, academia y nuevas políticas contrahegemónicas de barrio. El concepto de gentrificación está siendo acogido con firmeza en las luchas vecinales de diversas partes del territorio. Hoy en día, ya es sabido por todos en qué consiste la gentrificación y cuáles son sus consecuencias, algo impensable hace pocos años. Ya se puede hablar de colectivos y campañas anti-gentrificación en diversos barrios de todo el Estado español. Al fin y al cabo, las premisas son muy parecidas a aquellas luchas vecinales que se afrontaban en los años ochenta del siglo XX, es decir, procesos de empoderamiento comunitario, que llevan en última instancia, a gobernar sobre el territorio propio, tomando edificios y solares, u oponiéndose a Planes Urbanísticos que no han contado con el conjunto de los vecinos en su elaboración. En definitiva, construyendo ciudad y resistencia simultáneamente.

Ver: Gentrificación.

Gitanos

(Diversidad) (Gente) (Fronteras)

Las torres de los gitanos, la cárcel de los gitanos, los bloques de los gitanos, la plaza de los gitanos... Fronteras claras que dividen al barrio entre gitanos y payos. Un hueco que se torna abismo insalvable. Quizá por eso esta entrada es también un hueco. El vacío que deja nuestro desconocimiento. Carabancheleando apenas se ha cruzado con ese otro universo de la periferia. Paseando por Caño Roto nos preguntaron si éramos reporteros de la tele dispuestos a sacar de nuevo «todo lo malo del barrio» e ironizaron con los tópicos de «palabra de gitano». Paseando por Pan Bendito, el presidente de su asociación de vecinos nos habló de ese gueto sobre el que se asientan capas y capas de pobreza sin ninguna perspectiva de cambio. Pero no sabemos nada más. No hemos sido capaces de llegar a más. Sabemos que «lo gitano» (si es que puede siquiera usarse esa expresión reductora) aparece siempre en las conversaciones asociado a lo peor de los barrios. Pero no sabemos porqué nadie se pregunta por las relaciones coloniales y de poder responsables de esa marginación. Recordamos de nuestras infancias el miedo a que los gitanos te robaran las deportivas o el plumas. Pero no sabemos porqué olvidamos que el miedo es el único recurso con el que muchos gitanos pueden jugar en una sociedad que no les ha dejado nada más. Sabemos que el barrio se alegró cuando derrumbaron las chabolas, pero no sabemos si alguien se preguntó porqué estaban ahí. Sabemos que la convivencia es difícil, pero estamos convencidos de que la desigualdad tiene mucho más que decir en ello que el hecho de «ser gitano» o «payo». Aprendimos que acumulan siglos y siglos de discriminación, relegación y racismo a sus espaldas. Pero no somos capaces de imaginar lo que significa eso. Sabemos que los problemas de las periferias no se solucionarán mientras no se aborde con seriedad aquel que afecta al último eslabón que las habita. Pero no sabemos cómo hacerlo. De nuevo, un hueco.

Ver: Estigmas, Mala fama.

Huerto urbano

(Espacios) (Movimientos)

Agricultura en espacios urbanos. Encontrados muy habitualmente en lugares conocidos como descampados o solares, pero también en jardineras o en cualquier otro espacio en el que algo sea susceptible de crecer y se encuentre dentro de la ciudad. La diferencia con los dos anteriores (descampados y solares) es que en este caso se encuentra en estado de reapropiación por grupos de vecinas que habitualmente no viven lejos del mismo. Su objetivo es añadir a los usos humanos que ya tiene como vertedero y escondrijo, unos más abiertos y colectivos: la producción de fruta, verdura y relaciones sociales en diferentes proporciones. No podemos olvidar en ningún momento que aunque para las autoridades, e incluso para muchos vecinos, este espacio solo tenía usos marginales o degradantes antes de la reapropiación u okupación, el solar o descampado en el que se encuentra el huerto ha sido y es usado por multitud de especies no humanas, que entre otras cosas convierten los escombros y la basura en tierra y el CO² en oxígeno, contribuyendo así al metabolismo urbano. Estos seres que siempre han estado ahí se adaptarán a los nuevos usos con mucha más facilidad que la policía y los urbanistas tradicionales.

El proceso de reapropiación consiste en arrancar de las manos de la especulación inmobiliaria y del control estatal un pedazo de ciudad para transformarla. Esto, que tiene una vertiente física, otra simbólica y otra jurídica, suele empezar con la entrada en el lugar, la selección de un nombre y la defensa del espacio ante posibles ataques, casi siempre de las fuerzas del orden. Ante estos ataques cabe la respuesta jurídica y legal, la resistencia desobediente o en la mayoría de los casos una mezcla de ambas. Este conjunto de procesos continúa indefinidamente en la misma medida en que el espacio cambia y cambian los hortelanos. Normalmente termina de forma violenta cuando alguien ajeno al huerto decide construir algo encima o simplemente echar a las personas y a otros seres que lo usan, para mantenerlo irracionalmente subutilizado.

La mayoría de estos espacios, cuando no se institucionalizan en el sentido estatal del término, se organizan de forma horizontal y asamblearia, si bien el desorden, la descentralización en la toma de decisiones y la autonomía personal son prácticas muy valoradas en algunos huertos, sobre todo en los que dentro del grupo de hortelanos hay afinidad suficiente.

Estos lugares están además en continuo proceso de cambio y crecen orgánicamente. En un momento dado, el crecimiento físico del huerto es rápido: se cavan bancales, se hacen semilleros, se planta, se fabrican las composteras, se busca un armario para guardar la herramienta y se instala un depósito de agua, por ejemplo. Una vez pasada esa etapa, el crecimiento físico del huerto se ralentiza: se amplía un bancal aquí, se hace un mini bancal para las plantas aromáticas allá, se instalan las guías de las tomateras... y el espacio en vez de crecer se complejiza. Las interrelaciones entre las plantas aumentan, y entre plantas, animales no humanos y humanos también. Los usos crecen y se diversifican: se recoge progresivamente una cosa mientras se planta otra, se dejan espigar algunas plantas para recoger semillas y otras se recogen para comer, se hacen cartelitos para saber qué es qué, se hace una merienda, aumentan las usuarias de todo tipo de especies, entre ellas se transmite el conocimiento, se recuperan capacidades y habilidades productivas y sociales y los ciclos se empiezan a repetir año tras año, igual que en los huertos no-urbanos.

Ver: Solar, Descampado, Casa dispersa.

Insectos de barrio

(Símbolos) (Diversidad)

Cucarachas:

1. De Pan Bendito a la Moraleja, las cucarachas cumplen un esencial papel de igualador social entre Carabanchel y sus vecinos ricos del norte y el oeste, cohesionando la ciudad y borrando las fronteras entre periferia y metrópoli. De Pan Bendito a Las Rozas, sea dentro de nuestras casas gran parte del año, o en calles y parques en primavera y verano, son un elemento común a todo Madrid y alrededores. En el Hospital Gómez Ulla es sorprendente los cientos que se ven paseando por la noche cerca de los muros que dan a Vía Carpetana, pero el mismo problema sufren los pudientes chalets de Pozuelo o la burguesa Chamberí por el perímetro del Canal de Isabel II. Esta es la especie más castiza, «la de toda la vida», la *Blatta Orientalis*: grandota, negra y aplanada, la «cucaracha del viejo mundo», porque pese a su nombre, nos guste o no, es nativa de Europa.

2. La especie más común hoy en día, la *Blattella Germánica* (pequeña, fina y marróncea), pasa sin piedad de un piso a

otro en las comunidades de vecinos. Los técnicos que se encargan de su control escuchan cada día la misma explicación acerca de cómo empezó el problema: «desde que llegaron los ecuatorianos al primero», «la trajeron los rumanos», «la culpa fue de los dominicanos de abajo». Inmigración, plagas y las subsiguientes desgracias para los españoles de toda la vida conforman la narrativa en términos de invasión, que explica el origen del problema para gran parte de los afectados locales. De hecho, lo normal es que sea llamada «cucaracha americana» (otra especie que nada tiene que ver), por asociación directa con los nuevos vecinos de la comunidad, en vez de «alemana», su traducción correcta. Pero eso sonaría a limpio, pudiente y eficaz, algo poco intuitivo para tan molesto problema y desde luego poco útil para estigmatizar y equiparar a lo que, en ciertos imaginarios colectivos bastante propagados en nuestros barrios, está en el origen de tantas crisis y problemas.

Mariposa:

Dícese, en Carabanchel y muchas otras periferias, de insecto punzante de alas de acero, que tiende a desplazar sus extremidades de manera elegante y coordinada (aprendida en la adolescencia en tardes y tardes de parque o descampado) desde la mano de su dueño hasta punzar su objetivo final. En las plazas y soportales, en la salida de los institutos, en el banco con los pitbulls, los chavales gustan de rivalizar en habilidad para sacarla y hacerla volar lo más rápida y ágilmente posible, con su característico repiqueteo metálico.

Ver: Vida de Banco, Calle, Estigmas.

Institución

(Gente)

Una primera acepción de la palabra habla de las instituciones en plural, como los «órganos constitucionales del poder soberano de la nación». En este sentido, las instituciones, esos órganos de poder que gobiernan, quedan lejos de las periferias. De hecho una definición de periferia podría basarse en eso precisamente, la ausencia de poder: las periferias prácticamente no intervienen en la toma de decisiones, ni en asuntos generales ni siquiera en los que les atañen más directamente. La misma ausencia de poder que caracteriza a

algunos grupos de personas, que también podríamos llamar periféricos, independientemente de dónde se sitúen geográficamente: mujeres, jóvenes, migrantes, etc.

La otra acepción que nos parece interesante es la de «organismo instituido con fines de interés público», y en este sentido nos relacionamos con otras muchas instituciones, como la escuela, el sistema de salud, los servicios sociales, la policía... Con estas instituciones nos tratamos a nivel usuario, ya que de su gobernanza se ocupan los políticos —determinando sus objetivos— y los profesionales —administrando los recursos disponibles—. Algunas personas dirán también que estas instituciones son otra forma de gobernarnos, más sutil, más ideológica.

Y entonces, nos preguntamos: ¿es posible intervenir (en) las instituciones, de uno u otro tipo? Por supuesto, no nos referimos a los mecanismos clásicos que nuestra democracia nos ha reservado hasta ahora: el voto para elegir entre un puñado de opciones establecidas de antemano y la participación en asociaciones meramente consultivas (de vecinos, de consumidores, de madres y padres de alumnos, etc.). Nos referimos a gobernar nosotras, las personas periféricas, esos órganos de poder y esos organismos que gestionan recursos públicos/comunes. En fin, nos preguntamos: ¿es posible asaltar las instituciones desde las periferias, asaltar el centro?

Ana dice que no, y nos canta una coplilla:³

A veces se nota
de qué equipo es
la pelota.

Solo nos dejarán una cuota de poder para que nos distraigamos; luego nos darán con el mazo. Ana opina que tenemos que generar contrapoder que se oponga al de las instituciones, que siempre van a estar ahí, al lado de su amo, el capital.

Andrés opina que, al asumir el poder, el peligro es que nos convirtamos en otra cosa: que en lugar de hacer el centro un poco más periférico, simplemente generemos un nuevo centro, dejando a otros más allá, más a las afueras. Dice que

³ Isabel Escudero, *Alfileres. Coplas libertarias*, Editado por La CoTALi, 2014.

mientras no cambiemos las relaciones de poder entre las personas, los cambios solo serán temporales o cosméticos.

Lucía propone que nos centremos de entrada en las instituciones más cercanas y que pasemos a gestionar esos recursos de una forma más comunitaria (qué es la comunidad dará también para unas cuantas conversaciones), mediante asambleas y grupos de trabajo voluntarios (o mejor aún: rotativos). Y que de ahí se vayan determinando las políticas hacia arriba. En paralelo tendríamos que poner a otras personas al frente de las organizaciones de gobierno, mediante el voto, para que generen un marco de relaciones institucionales nuevo y que se comprometan a escuchar y obedecer lo que venga desde abajo, es decir, a mandar obedeciendo.

Por otro lado está Francisco, que opina que simplemente necesitamos unos servicios públicos de calidad, gestionados por un gobierno no corrupto. Ana se sonríe, y Andrés y Lucía le replican que no, que eso ya hemos visto que no garantiza la igualdad y que mira esa ilusión dónde nos ha llevado. Que tenemos que dar el paso a autogestionar nuestras necesidades y los recursos que las satisfagan.

Y por supuesto, la conversación no acaba aquí. Ni mucho menos.

Ver: Comunidad, Policía, Sociedad participativa, Asamblea popular, Intervención social, Autogestión.

Labanda

(Memoria) (Símbolos)

En los tiempos de Gwendal, Milladoiro y Alan Stivell, su música en directo te sorprendía en los parques del distrito. Cuando llegaban, perroflauteando hubiéramos dicho ahora, provocaban un remolino con la gente sentada en las praderas como hace el viento con las hojas. Saltos, baile, risas, alegría. No sé si es real, pero siempre veo la primavera y el buen tiempo detrás de esta banda. No sé si es real pero detrás de sus acordes nos íbamos bailando. Son una ráfaga, no recuerdo ni escenarios, ni montaje de sonido, sólo sus pelos largos y sus instrumentos sonando. Folk, rock, música celta, puede ser..., pero qué más da. No sé si es real, pero no formaban parte de un programa de festejos, aparecían como un reflejo de todo

lo que teníamos dentro y que ningún orden, nunca, podrá ser capaz de reprimir.

Ver: Rosendo, Guille, Sonido Caño Roto.

La Mina (polideportivo)

(Espacios) (Memoria) (Gente) (Símbolos)

Es el poli, lo más, lo máximo. Es un polideportivo guay, del barrio, lo mejor que hay, el poli de toa la vida. Mola todo, aunque para otras personas sea un simple polideportivo, como hay 200.000 en la Comunidad de Madrid, La Mina es lo más.

Hay de todo, muy cutre, pero de todo. Todo lo relacionado con deportes está aquí. Que quieres ir a natación, te vas a La Mina, que quieres ir a clases de spinning y cosas de esas, pues también. Cuando la gente iba al parque, iban a beber a La Mina, porque era el único sitio donde salía agua fría y era donde se hinchaban los globos. Piensas en fútbol, diversión, cerveza. Es fatal para aparcar, horrible; pero han puesto para aparcar las bicis en la puerta. Es un sitio muy importante, significa muchas cosas, conocerse, pasárselo bien. Además, aquí juega el mejor equipo, el Carabanchel. Hay que ir a ver al Cara, aunque solo sea por los personajes que hay ahí.

Los vestuarios están mal estructurados, el water, donde meas y cagas, está cerca de las duchas, y hace un calor que no puedes ni apretar. Las duchas son un jaleo. Hay un par de duchas que sale más caliente, otra es la del chorro, que es la mejor. Pero estos vestuarios son mucho mejor que los de San Gabriel donde no hay espejos, bueno aunque eso ni se puede considerar vestuario.

Son mejores los polideportivos de Aravaca, no te jode, y los de Pozuelo. Hay polideportivos más nuevos que La Mina, pero mejores no. Objetivamente no es el Valle de las Cañas, pero claro si partimos de la base de que Pozuelo es Pozuelo, y estamos hablando del barrio..., La Mina es bastante fea, todo es súper antiguo, es un poco asadero y como edificio parece una autentica mierda, pero se le tiene mucho cariño, todo el mundo tiene cariño a La Mina.

Ver: Fútbol, Barrionalismo, Piscina.

Línea Gris

(Fronteras)

Algo pasa cada pocos minutos en la vieja estación de ferrocarril hoy convertida en centro comercial y en nudo de transportes. Si vienes de Moncloa y Argüelles, notarás que tu vagón también se ha renovado, que tus compañeros de viaje han cambiado antes de que llegues a Puerta del Ángel y a Alto de Extremadura. Ha sido en un abrir y cerrar de ojos, en un salir y entrar al túnel. En Príncipe Pío se han bajado unos y han subido otros. Estás en la Línea Gris, una línea que atraviesa el río justo en ese punto para iniciar su travesía por los barrios periféricos del sur, pero también en una línea gris —difusa, poco visible— que define los contornos de la desigualdad social en Madrid. A la gente «arreglada» y «cosmopolita» que viajaba contigo le ha sustituido otra gente con otros cuerpos más cansados, otros rostros más oscuros y otras ropas más baratas. Esa Línea Gris prosigue su recorrido con el mérito de conectar periferia con periferia —algo raro en una ciudad radial—, recorriendo Latina, Carabanchel y Usera antes de volver a cruzar el río y renovarse nuevamente tras su paso por Pacífico. Seguirá entonces los contornos del tercer cinturón haciendo el recorrido de las rondas, esas que delimitaban la ciudad burguesa del siglo XIX, pero ya sin atreverse nuevamente a cruzar al otro lado, manteniéndose en la frontera. Sin embargo, más adelante volverá a cruzar el río, volverá a cruzar la frontera tras haber pasado nuevamente por Príncipe Pío. Porque la Línea Gris es la más larga del mundo, es infinita, no acaba en ningún sitio, da vueltas sobre la ciudad dibujando su composición social y atravesando las fronteras subjetivas. Es una línea que une distintos lugares de la ciudad, pero también una línea gris que nos separa a unos de otros.

Ver: 25 minutos, Tranvía.

Litrona

(Memorias) (Símbolos)

Compañera inseparable del canuto en los encuentros diarios con los colegas. Rapidez para rascarse el bolsillo y juntar los talegos. Pereza para dejar el banco e ir a pillar unos litros en

las tiendas cercanas del barrio. Competidora invencible del vino y otros alcoholes, paseaba a diario su figura por las plazas, tras ser rescatada de las cajas, donde se apilaba en las tiendas y bodegas. Circulaba de mano en mano, dejándose agarrar sin pudor, a veces también cedida o prestada a otros grupos cercanos. Se acoplaba indiferente a todas las presiones y a todas las bocas, dejando escapar su líquido ámbar. Con sed en verano, con frío en invierno, siempre circulando por nuestro interior. Compartía nuestras inquietudes, nuestros sueños, proyectos, rebeliones y nuestras risas, en corro en nuestro banco o sobre el verde del parque. Antes no estabas proscrita y podías exhibirte con alegría junto a nosotras. Venía al rescate en las fiestas de la Villa o de los barrios, circulando en las furgonetas clandestinas de la peña que se buscaba la vida esporádicamente, preparándonoslas fresquitas y siempre a punto. Acompañadas de bocatas aparecían en cualquier esquina por donde circulaba el personal, a esas horas en que se deambula tras comenzar la bajada antes de ir a casa, o en pleno subidón. Descubierta el coche, se corría la voz y se agotaban en *ceró coma*. Sólo perdían un poco de terreno si en casa de algún colega se podía asaltar el mueble bar, ese donde estaban las botellas de los viejos, entonces el pedo viraba hacia el cubata. Ahora se pasea con un burka de papel para que la *police* no nos coloque una multa impagable, y no puede ni asomarse a la calle en forma de caña, si no es de forma reglada. El pasaporte al exterior lo obtiene si la demanda viene de una terraza, pero decentemente servida en vasos, jarras o en envases individuales. Roto el matrimonio indisoluble cigarro-birra a golpe de ley, el pito se queda en la calle. La represión a la que está sometida es selectiva con ciudades, pueblos y barrios.

Amiga, volverás a estar rotundamente en el exterior de la mano de quien quiera llevarte.

Ver: Vida de banco.

Mala fama

(*Estigmas*)

Sustancia invisible pero no por ello inexistente y, por supuesto, nada inocua. Puede surgir en determinadas calles y barrios, siempre en forma de acompañante incómodo de la pobreza y

las dificultades para el vivir, pero termina asociándose a todo el distrito. La existencia de prisiones y sus historias, de vertederos con sus olores, descampados, chabolas y heroína conforman buena parte del relato del miedo que alcanza aún a los que nunca pisaron las calles del lugar. Lejos de ser sólo un lastre para sus habitantes, la mala fama y sus temores son de gran utilidad para los experimentos de seguridad y orden, que encuentran en ella legitimidad y gran margen de maniobra. Sirve, por lo demás, para señalar a gentes, supuestamente de mal vivir, censurar vidas y establecer tediosos círculos viciosos de marginación y abandono. En algunos rincones termina por solidificar y adherirse a las calles, casas y personas. La mala fama, por último, no sólo es producto de actividades delictivas y sucesos truculentos; también lo es de la sobrepresencia asistencial, de la circularidad generacional de la pobreza y del abandono de los espacios comunes.

Ver: Satánico... y de Carabanchel, Estigma, El Ñañas.

Medios de comunicación

(Estigma)

«Carabanchel, barrio sin ley» (www.cuatro.com); «El parricida de Carabanchel: “Vi que mi hijo estaba fallecido y volví a la cama”» (www.telecinco.es); «Un detenido como presunto asesino de un hombre en plena calle en Carabanchel» (www.madridiario.es); «Contenedores a rebosar en cuatro distritos de la periferia» (www.20minutos.es); «Detenidos dos peligrosos atracadores tras asaltar un banco en Carabanchel» (www.elpais.com); «Desmantelado un laboratorio de cocaína en Carabanchel» (www.elpais.com); «Julia, con 80 años y un cáncer superado, ha sido finalmente desahuciada» (www.cadenaser.com); «“Pistoleros” del siglo XXI» (www.elmundo.es); «Catorce meses de denuncias por la caída de árboles en Carabanchel» (www.abc.es); «Detenido en Carabanchel un hombre acusado de agredir sexualmente a una menor» (www.elpais.com); «Un colegio de Carabanchel lleva más de un mes con parte del techo de un aula derrumbado» (www.20minutos.es); «La Policía: el rey Baltasar de Carabanchel fue detenido por un robo con violencia» (www.elmundo.es)

Después de leer esto ¿quién no querría irse a vivir a tan próspero y floreciente barrio? Es que la normalidad no es

«noticiable» te dirán algunos periodistas. Claro. Por eso cuando escriben o graban algún reportaje sobre OTROS barrios solo mencionan los amplios conocimientos científicos de sus alumnos, sus recién inaugurados carriles bici y sus divertidos espectáculos de circo y magia para niños. Porque sin duda, lo que hacen los medios de comunicación no es para nada estigmatizar... en absoluto. Se limitan a reflejar la realidad.

De ser así, el vandalismo sería lo único que encuentras cuando googleas «Carabanchel». Pero ¡cuidado! que también se menciona a Rosendo, a la cárcel y a otras instituciones represoras como el CIE y, como no, a los mediáticos concursantes de Gran Hermano, Omar y Vitín, de Carabanchel claro, barrio del que presumen y del que devuelven una imagen igualmente distorsionada.

Chavales de barrio, que lo han pasado mal pero que luchan por cumplir sus sueños, que por supuesto incluyen la fama, como la de la Esteban, «una chica de San Blas y poco más». Miserabilismo se ha venido a llamar... meter el dedo en la llaga y hacer del dolor ajeno un espectáculo, traducido al lenguaje calle.

Demos las gracias a esos grandes programas como «Callejeros» o «Equipo de Investigación» por enseñarnos que ya no vale con iluminar, que es preciso deslumbrar. Nuestra enhorabuena para tantas y tantas crónicas de sucesos por hacer un periodismo que adolece de un tratamiento deshonesto, no realista y que solo produce perjuicio en la percepción de un barrio (y de muchos otros). Aplausos para todos ellos por ser capaces de hablar del suceso desde el punto de vista de la sangre, en vez de desde el punto de vista de las claves, de los porqués. Nuestra gratitud por saber encontrar a la gente que vale la pena escuchar y rescatar sus historias de un océano de ruido. Chapó, en definitiva, por no dejar que la realidad les estropee un buen titular.

Ironías a un lado, frente al periodismo de los *mass media*, que está demasiado pegado a la agenda, hay un periodismo de segunda velocidad. Hablo del periodismo como motor del cambio social. De un periodismo humano, honesto e independiente, que es capaz de servir de altavoz a las luchas, de hacerse eco de las injusticias, de comprometerse con lo social en movimiento, de recoger la memoria histórica de los barrios, pero también su presente hecho de pequeñas batallas, solidaridad y dignidad.

No es tan accesible, no nos bombardea y quizás no seduce tanto a primera vista. No es apto para una lectura de escaneo pero nos muestra mucho más de un barrio que tiene incontables cosas que ofrecer. Porque es un periodismo que ha comprendido que ni la pobreza ni la opresión pertenecen al orden natural de las cosas. «Porque lo contrario de un relato no es el silencio, sino el olvido».

Ver: Mala fama, Estigma, El Ñañas, Barriobajero, Crisis, Desahucio.

Memoria histórica

(*Memorias*)

Venga, vamos a empezar esta entrada con una provocación. La memoria histórica no existe. O mejor, esta puede ser considerada un auténtico oxímoron social. ¿Qué? ¿Cómo lo veis? Y ahora, tranquilamente, y para que nadie se ofenda por tal *palabro*, me toca explicar el por qué de dicha consideración. Que nadie se asuste, vamos a ello.

Fue Maurice Halbwachs, discípulo de Durkheim y miembro destacado de la Escuela de *L'Année Sociologique*, el que, retomando las consideraciones de Henri Bergson, pero completamente influido por su maestro, llevó a cabo la primera definición, podríamos llamar sociológica, de la memoria.

Para Halbwachs, toda memoria es producto de la colectividad, no existiendo estrictamente una memoria individual. En su trabajo más conocido, *La memoria colectiva*, el autor señala numerosos ejemplos de tal imposibilidad. A mí siempre me viene a la cabeza aquel que recoge el episodio de un niño que cae a un agujero en el suelo de su casa. Pese a no contarle el hecho a nadie, el protagonista de la historia no recuerda tanto el suceso en sí, como la sensación de soledad y vulnerabilidad que aquello le provocó. Y, ¿no son estas sensaciones producto de nuestra vida en sociedad, en colectividad, en familia? ¿Sería, por tanto, producto de nuestra memoria individual o se trata, más bien, de un producto social?

Yo, sin ir más lejos, tengo un recuerdo vívido sobre un memorable partido de fútbol de mi infancia, el España-Malta del 12-1 del año 1983. Ahora mismo, si quisiera, podría traer aquí, dónde, cuándo y con quién fui testigo de tal acontecimiento. Sin embargo, este nunca se produjo. Nunca vi dicho

partido, entonces ya no me gustaba el fútbol. Pero eso da igual, el relato marcó parte de mi infancia como un hierro candente, la mía y la de mis amigos. He escuchado y he narrado este partido tantas veces, que he acabado por pensar que yo también lo presencié.

Y ahora, tantos años más tarde, en otra ciudad y otro barrio, acompañando algunas movilizaciones, ¿en verdad puedo decir que no me siento heredero de todos aquellos y aquellas que ya lucharon antes? ¿De la Barcelona de la *Rosa de Foc*, de los movimientos vecinales del tardofranquismo, del *Poblenou Lliure i Tropical*, etc.? Se habla mucho del 15M y de las Asambleas que aparecieron a lo largo y ancho del Estado ocupando calles y plazas, pero, ¿podemos afirmar que se partía de cero? ¿No había siempre un comentario, un sentimiento, una anécdota de algún presente —o de alguien que había oído a alguien—, que íntimamente nos colocaba a todos en el mismo lugar que tantos otros? Todos tenemos ejemplos de este tipo de eventos en nuestras vidas.

La memoria se presenta así como un ectoplasma intangible, sin forma, una esencia que sobrevuela por encima de nosotros y cuyos afluentes nos atraviesan una y otra vez llevándose siempre algo nuestro, propio, pero que, una vez recibido, lo vuelca de nuevo, incansablemente, construyéndose y reconstruyéndose en un proceso sin fin. Así es la memoria colectiva.

La historia es, simplemente, otra cosa. Está fija, escrita, inscrita, registrada, plasmada, cincelada en libros, vídeos, registros, canciones. La historia, tal y como bien señala la canción, la escriben los vencedores que, de esta forma, justifican su victoria. A los perdedores precisamente nos queda eso, la memoria.

Volviendo a Halbwachs, y para terminar, la diferencia entre ambas sería la misma que entre un río (uno nunca se baña dos veces en el mismo río, ya lo dijo Heráclito) y una lápida. El primero está vivo, latente; la segunda, muerta y fría.

La memoria es nuestra y no nos la pueden robar, por muchas guerras y batallas que se pierdan. La memoria histórica no existe porque la memoria es la vida.

Ver: Comunes.

Mercadillo

(Economía) (Espacios)

Un mercadillo es un sitio donde todas las personas que paseamos por ahí somos guapas. Mientras decidimos si compramos algo, o nos detenemos delante de un puesto, podremos oír machaconamente y en varios tonos un «mira guapa, dos por uno», o un «guapa: llévate la bolsa entera que esto no lo vuelves a ver», «toma guapa, mira que aceitunas, prueba guapa». Y así toda la mañana. Luego, para encontrar una descripción ajustada podremos decir que se trata de un tipo de mercado ambulante al aire libre, que se instala un día fijo a la semana en cada municipio o barrio. Aunque hay de muchos tipos, los mercadillos forman parte del paisaje y del paisanaje periférico.

Allí, instalados en plazas, calles cerradas al tráfico, aparcamientos, descampados o recintos feriales, hacen su aparición desde primera hora de la mañana, cuando resuena metálicamente la instalación de los tenderetes cerca de las furgonetas, y se produce la agrupación de puestos por tipo de género. Normalmente la fruta y verdura de seguido en un lado, con los puestos de encurtidos pegados. En otra parte, la ropa. Más allá calzado, colonias, cacharrería y otros puestos inclasificables que antes eran de cassetes, luego CD's y ahora una mezcla de libros, revistas y camisetas de la selección española.

Al rato, con el mercadillo en funcionamiento, comienza a cambiar el paisaje humano y sonoro. Voces y reclamos a distintos tonos, dirigidas a ellas o a ellos, se intercalan con el fluir de la gente. Unas veces combinando elementos incongruentes, «vaya melones llevo... y pilas alcalinas a un euro», otras insistiendo para subrayar el producto, «ajos, ajos, ajos, ajos...», con un tono creciente. La peculiar estrategia de venta es voceada con los «me lo quitan de las manos, señora...», «no han probado nada igual», «mira que eres guapa, pero con esa blusa más». Los puestos con cola atraen aún a más gente. La fruta, cuanto más madura más barata y en mayor cantidad. Aceitunas, sartenes, bragas talla XL, berenjenas de Almagro. Sigue la costumbre —al parecer transversal a todo el Mediterráneo— del manojito de perejil fresco. Ramos de flores cuando anda cerca la festividad de todos los santos.

Las modalidades de venta son variadas e incluyen auténticas arquitecturas de mercadillo, con mesas improvisadas, venta desde el suelo o desde una caja de plástico. Otras veces

la venta es desde el interior de la furgoneta o el maletero abierto de un coche, repleto de sandías.

Las autoridades locales tratan de fijar la actividad concediendo las licencias para los puestos, pero estos mercados ambulantes ofrecen un marco perfecto para todas esas ventas no tan regulares, siempre en la frontera entre el «yo puedo tener mi coche lleno de melones» y venderlos cuando los municipales no andan cerca. Medio de vida para muchas familias, los paisanos del barrio ven su mercadillo una vez a la semana; los vendedores siguen una ruta permanente por distritos y municipios de la Comunidad y alrededores. Esta capacidad de permanente movimiento les ha permitido resistir la jugada, siempre ganadora, de los grandes centros comerciales que han poblado las periferias en las últimas décadas. Estar aquí y allí, y siempre ofreciendo género barato y resultón. Nada que ver con otros mercadillos, mucho más ajenos, que se dicen solidarios o benéficos, convocados periódicamente para la exhibición de los valores caritativos de los ricos y famosos. Nada que ver tampoco con la plaga de mercadillos medievales que toda comisión de festejos ha querido incluir en sus fiestas patronales. Ni con los de antigüedades; ni con los de coleccionistas.

Los mercadillos del barrio tienen un ritmo propio, un pulso que se acelera hacia el mediodía y disminuye su frecuencia posteriormente. Al final, una vez apagados los reclamos para la venta, los piropos, las peleas ocasionales, la escenificación exagerada de la indignación ante el regateo de un cliente..., una vez terminado eso, resuenan de nuevo los metales de los puestos, se amontonan las cajas vacías, por aquí y allí sigue habiendo restos, algunos tomates, lechugas o melocotones que se pueden rescatar. La rebusca aporta gentes que revisan el suelo, las cajas de madera o en los puestos aún sin desmontar, recuperando frutas y verduras para un consumo inmediato o para hacer conservas. Con ellas, los servicios de limpieza municipales tardarán unas horas en dejar todo como al principio. Mangueras a presión sobre el suelo y cepillo. Luego, como si no hubiera pasado nada, volverán los coches, el descampado o la plaza. Hasta dentro de siete días.

Ver: Barrionalismo, Buscarse la vida, Economato, Economía, Economía informal, Reciclaje.

Mestizo⁴

(Fronteras) (Gente) (Movimientos) (Diversidad)

Hablar de mestizaje, y hacerlo desde las calles de nuestros barrios, no significa volver la vista atrás, a esas retóricas racistas que enfatizan el exotismo de los cruces raciales: mulatos, moriscas, albinos... Si se tratara de los perros marrones del parque, todavía; pero no es el caso.

Tampoco queremos alabar porque sí cualquier mezcla cultural, pues sabemos bien, por desgracia, que el kebab de la esquina puede estar frecuentado por gente que defiende la retirada de la tarjeta sanitaria a los migrantes sin papeles. Al igual que puedo menear mis caderas con pasión ante los trepidantes ritmos de la electrocumbia y optar por llevar a mis hijos al cole concertado, pues en el público hay «demasiada mezcla complicada». La mezcla, cuando no se acompaña de nada más, poco aporta.

Cuando hablamos de mestizaje, y se lo aplicamos a la acción política en nuestros barrios, nos referimos a la experiencia de todos aquellos colectivos y redes que habitan espacios mestizos. En un mundo cada vez más fragmentado, marcado por la competencia de todos contra todos, donde miles de fronteras nos separan hasta hacernos invisibles los unos para los otros, mezclarse, salir de nuestra posición socioeconómica, abandonar los intereses individuales o corporativistas, tomar partido por el otro, se vuelve una tarea urgente.

Dicho esto, añadimos que la tarea desde una perspectiva militante (es decir, comprometida con una búsqueda de transformación del estado de cosas) no es buscar a los que son diferentes para sumarles a nuestras actividades, nuestras luchas. «Ponerse de lado», «tomar partido» no es «dar conciencia». Es permitir que los elementos de lo social vivo, tumultuosos, ruidosos, vibrátiles, que laten, se cuelen en la política: sin duda esta se tornará más compleja, habrá quien diga incluso que menos radical, tocará descifrar nuevas

⁴ Buena parte de estas líneas nos las han prestado algunas compas de la red Ferrocarril Clandestino, que allá por 2011 quisieron plasmar por escrito algunas de las tensiones que habitaron esta red de apoyo mutuo entre migrantes y «autóctonos». El texto completo se puede descargar aquí: <http://manosinvisibles.net/2011/07/migraciones-grupos-y-transformacion-social-cuatro-tesis/>

formas o sentidos de lo político, poner nuestras prácticas en tensión. Pero si con ello nos conectamos con los migrantes que paran en el parque, la vecina del quinto, los chavales raperos de Caño Roto, la asociación de vecinos gitana del Pan Bendito, seremos capaces de producir composiciones mestizas que alumbren otro mundo mejor.

Lejos de nosotros la ingenuidad con respecto a estas composiciones que nada tienen de ideales. De hecho, las más de las veces, están atravesadas por una doble instrumentalización. Por un lado, quien aspira a contribuir a la transformación del mundo espera del otro que se sume a la tarea de pelear por esa transformación de determinada manera. Por otro, quien recibe en primera persona los golpes de la injusticia social, espera del otro que le proteja y de algún modo sirva de puente para una vida mejor soñada, a veces de puro ascenso social. Sin embargo, si por ambos lados existe la apertura y la escucha suficientes, si cada parte es capaz de tomarse en serio al otro, por los resquicios de esta doble instrumentalización, contra ella, se producirá una doble politización, un punto de no retorno donde tanto nuestras aspiraciones para el futuro, como nuestra sensibilidad para aprehender el presente pasan a ser otras. Un nuevo lugar donde la injusticia contra otros se viva como propia, donde quedarse parado ante ella sea imposible. Un lugar mestizo, común, contra todo aquello que lucha por separarnos.

Ver: Apoyo mutuo, Comunidad, Dependencias, Redes.

Miedo

(Estigmas)

El miedo es un elemento típico de las periferias urbanas que hunde sus raíces en la segregación y fragmentación de su cuerpo social, esto es, en la desaparición de intereses y espacios comunes. Se trata de una emoción, una sensación de amenaza focalizada sobre un elemento extraño inexplorado o que se va acercando. En términos barriales, el miedo se produce por la existencia de determinados espacios —cuyas representaciones y señales invocan la cantidad de males que pueden albergar— y de determinados sujetos —cuya irrupción puede suponer un daño—. Su forma más primaria es el susto (alguien que se aparece al doblar una esquina), aunque

según se va rellenando de significados, puede derivar en discursos de la inseguridad que colocan a ciertos colectivos como culpables de la delincuencia y el crimen («los gitanos», «los inmigrantes»).

Cuando el miedo se rellena de esos significados estereotipados y llega a convertirse en «discurso de la inseguridad», es probable que hayan entrado en juego determinados actores sociales (medios de comunicación, instituciones) para dar como resultado una mayor presencia e intervención policial. Por eso no es de extrañar que alrededor de la representación de los miedos que hacen estos actores, surjan medidas de control social encaminadas a segregar aún más el espacio social que dio lugar a ese miedo, consiguiendo así afirmar, una vez más, la gobernabilidad sobre el espacio periférico.

Ver: Racismo, Medios de comunicación.

Movilidad social / salir de la periferia

(Gente)

De la periferia se sale en transporte público. De pequeña mi madre y yo nos mudamos a un barrio en la periferia sur de Madrid. Era el barrio más barato y estábamos cerca de la familia. Eso en ese momento era importante. No teníamos pasta y no había plazas en el cole, porque mi madre me cambió de cole muy tarde. La directora del cole al que fui se portó bastante cuando nos vio y nos aceptó. Cuando rellené las becas del comedor pasó lo mismo. Fue tarde o algo rellené mal y creo que me sentí fatal en su despacho y no sé qué pasó que nos la concedieron por esa mujer tan maja. Igual hoy me caería mal.

Cuando decidí irme a un instituto del centro de Madrid, aún no tenía claro que quería salir de mi barrio. Fue más tarde cuando comencé las clases en el instituto, que flipé en colores con la vida de la gente de los barrios del centro. Las casas eran más grandes y los barrios ni tan sucios ni tan feos como el mío. La gente en general tenía menos problemas que mis antiguos compañeros de clase. Sus padres tenían carreras (toma ya) y, en general, les podían ayudar con los deberes y trabajos, además de ir a un montón de clases extraescolares. A veces en el recreo nos dejaban salir y ya no volvíamos y supongo que me sentía un poco Paco Martínez Soria

descubriendo el centro de la ciudad, con 14 años y sin padres vigilantes. Me bajaba a la tienda oficial de Donnuts de Atocha y creía que era Eurodisney. La verdad que me flipó la cantidad de gente diferente que había en el centro de Madrid, los edificios, el ritmo... nada que ver con lo que veía a la vuelta del instituto al llegar a mi barrio.

Una de las grandes razones por las que salí de mi barrio es que es una isla rodeada de carreteras y circunvalaciones. Una isla muy pequeña rodeada de cemento y eso me ahoga(ba). En vez del muelle de San Blas está el parque de la M-40 con grandes vistas a cuatro carriles y un puente a Orcasur, el único istmo con el resto de la ciudad. Eso o cruzar por una carretera. Y por el sur, más descampado y descampado, un antiguo cuartel de ingenieros donde colarse; antiguas fábricas ya en mínimos, donde en su momento hubo huelgas de trabajadores que parecen que no ganaron del todo. No he estado nunca en Glasgow ni en Reino Unido pero cuando veo pelis de los barrios obreros ingleses de ciudades industriales se me parece al barrio. Para ir al instituto o cogías un autobús o ibas andando al tren, a unos 20 minutos de casa, cruzando un descampado y unas vías. Tampoco era nada peligroso, pero sí feo. Como que nadie se ha ocupado que por ese camino durante 30 años pasa gente y creo que no costaba nada asfaltarlo para no llegar a clase ni al curro ni a nada hasta arriba de barro. Supongo que nadie que decide eso pasa por ahí.

Al año del instituto ya había decidido que no quería salir por el barrio, que mi vida la quería en el centro y que de «mayor» quería vivir allí. Así parece que salí del barrio porque era feo. Pues que ese feo es más allá de estética. Las casas son así porque así se construyeron en los cincuenta para petar de obreros las fábricas de coches en una economía en alza. Más o menos fueron útiles y de eso se trataba. Que te traten y te midan por lo útil que eres, es feo y eso se nota. Luego vinieron los barrios de realojos, cuando tiraron las chabolas del barrio, que hasta hace cinco años aún se han mantenido en pie. Crearon colmenas de pobres donde se mataran entre ellos, chanchullos e historias. Yo iba a ir a merendar a casa de una amiga del cole y sabía los códigos corporales de paseo para no parecer una pringada, que es lo que más riesgo tiene en sitios así.

Otra de las razones para salir de la periferia era la gente. Mis antiguos compañeros de recreo y de clase, se convirtieron en macarras y acosadores a la mínima que les crecieron

unos pelos ahí abajo. A mí en casa ya me aleccionaron para que no pensara mal de ellos, porque sabía que sus vidas no habían sido fáciles, yo misma sabía que muchos no tenían padres y vivían con sus abuelos, por la droga. Y que formaban parte de una espiral de marginación, exclusión y falta de cariño. Pero yo que sé, sabía que tenía que ayudarles, pero me putearon tanto en el último año de ESO que simbólicamente les mandé a la mierda. Y lo hacía cada vez que cogía el bus para ir al instituto del centro, les miraba en la puerta del instituto al cual tendría que haber ido, de donde me llegaban noticias de atracos, chantajes y mierdas así, cosas que quería ahorrarme. He tardado muchos años en reconciliarme con esa peña a la que odiaba y de la que por dentro me reía, pues yo sacaba buenas notas, y seguí estudiando y sabía que ellos no iban a acabar «muy lejos». Porque entonces aún pensaba que progresar era eso, estudiar, tener un curro de puta madre y salir del barrio para vivir en un sitio mejor y veranear en algún sitio que fuese bonito, con todo el respeto que le tengo a la meseta castellana y sus gentes. Odiaba esa parte de mí porque con tanta cultura y subcultura desordenada que absorbí en esos años, adopté esa valoración hacia los de mi clase, que eran parásitos sociales y que no valían para nada. Pues eso, que el camino al centro de Madrid no sólo fue físico. Se trata también que nadie note que en tu casa ni hay tantos libros ni tantas carreras y sobretodo que no había dinero ni carencias, ni problemas familiares del tipo que hay en el extrarradio. No es que sean problemas diferentes, sino que la falta de pasta genera otros que hacen que todo se complique más. Así que para que no se note que vienes de ahí, de lo cutre, de lo macarra, lees un montón de libros sin mucho criterio, ves pelis de directores imposibles y te haces amigos de los que puedes aprender y que tienen otra forma de vida; la forma de vida que me hubiese gustado para mí y los míos. No pensar siempre en la puta pasta. Así hice yo un poco, aunque ellos no lo saben; la envidia hacia ellos la sublimé en pegarme a su culo y hacerme de sus amigos. Una cosa que me daba muchísima rabia es que si no tienes pasta para estudiar tienes que ser un matrícula. Sin embargo si tienes pasta puedes ser un vago que ya tus padres te costearán la carrera, pública o privada, aunque no te leas los libros de la carrera, tus papis te los compran y, evidentemente, si trabajas es para ir de viaje increíble. Como nunca te llevaron a una academia de idiomas pues tampoco tienes ese conocimiento tan imprescindible.

No tienes dinero, no sabes inglés, no tienes trabajo, no puedes estudiar, no tienes dinero. Y así siguiendo. No es tan grave ni tan determinante, pero la mayoría de mis compañeros de instituto que acabaron en la universidad si hubiesen nacido en un barrio como el mío, creo que cumplirían la misma estadística de abandono escolar. Eso me parece terriblemente injusto.

Al acabar el instituto y la selectividad, me faltaban dos putas centésimas para ir a la carrera que yo quería. Como no había plaza, en agosto comencé a trabajar de camarera en el centro comercial de mi barrio y a estudiar para la selectividad de septiembre. Recuerdo una vez que unos que venían a robar o hacer el ganso vinieron con una estrella de la mañana, así como en una peli de Conan. Increíble. El de seguridad se hizo los 100 metros lisos. Afortunadamente en septiembre había plaza y pude entrar en la universidad y según yo, me despedí de los *conan* del barrio. Aunque no era de matrícula pude estudiar lo que quería, que es una carrera que da prestigio que te cagas y que la verdad te parapeta en otro lugar en la sociedad. De esas carreras que la gente dice ¡Oh! Ir a la universidad también fue descubrir otras gentes con aún más pasta, de la que tampoco es que ya envidiaba pero si lo flipaba en colores. Tampoco fui una estudiante 10 así que suspendí alguna asignatura y no me concedieron beca. Sé que tendría que haber estudiado más y haberme esforzado, pero me daba por culo cada vez que iba a la secretaría de la universidad a pedir la beca y me reprocharan que suspendía una asignatura. Sin embargo veía que a otra gente con dos coches les pagaban la carrera por no sé qué chanchullos que hacía. Eso también me daba rabia pero tampoco se lo podía contar a nadie porque la gente no lo entendía.

Durante la carrera tuve tres libros y uno es robado de una biblioteca. No me da pena porque a mí nadie me dio ni un duro para libros y mi madre no podía pagármelo, y estaba hasta las narices de ver a todo el mundo con sus carpetas nuevas y sus libros y sus portátiles guays..., así que yo creo que es un poco justicia social. Ingenuamente creí, cuando abandoné el curro en la cafetería, que nunca iba a volver a «esos curros» pero estaba bastante equivocada. Ir a la universidad es bastante caro, abono transporte, libros y fotocopias. Es un puto dineral con la matrícula. No había pasta y en mi familia currar está bien visto así que durante la carrera curré bastante, me pagaba el transporte y las fotocopias del instituto

y esas cosas. Mucha gente de la uni curraba, la cosa es que si yo no curraba era un agobio brutal. Así acabé la carrera a sus años, todo un milagro, currando en las peores franquicias de café de Madrid, donde conocí a gente de la hostia con vidas muy difíciles y diversas, la mayoría migrantes filipinos a las que guardo mucho cariño por el buen trato que nos daban a las que éramos más jóvenes. Estudia, estudia, te decían. No te cases. Eso hago, eso hago.

Así como está escrito, se sale de la periferia estudiando, sabiendo que es más difícil que para los demás y que nadie te va a regalar nada. Casi lo más duro, es que muy poca gente es consciente que esas diferencias existen y que generan un malestar psíquico de la hostia en el momento que las percibes como algo de lo que avergonzarte. No se saca pecho de venir de la periferia, porque es cutre y la gente habla mal y es maleducada. Así que, como la gente no comprende, porque tus nuevos amigos viven en otro mundo, no cuentas a nadie que casi te desahucian porque tu casa parecía una reserva de la bioesfera de mohos en las paredes (nunca los vi tan altos), ni que tu madre limpia casas, ni que tu tío es camionero, ni cosas así. Y de mayor si se cuenta, no se hacen cargo qué significa eso, ni que tus padres no tengan pasta para que estudies fuera, ni Erasmus ni historias. No hice Erasmus porque no quise estar pensando si era un sacrificio para mi madre, porque no creo en eso de que los padres se tienen que sacrificar por sus hijos. No se habla de esos agobios ni de esos problemas cuando los padres de tus nuevos amigos son profes de universidad o cosas así, importantes. Eso también genera malestar de la hostia, como que una parte de ti reniega de ellos. No es casi hasta la militancia en luchas de barrio donde encontrándome con gente de la que yo huía y leyendo un par de cosas, que no me he dado cuenta lo injusta que he sido con las que dejé atrás. Me arrepiento bastante de algunas cosas que he pensado muchas veces de ellas, porque ahora lo veo con otro prisma.

Al final de la periferia no se sale del todo y ahora me veo orgullosa de venir de donde vengo, un poco por compensar lo avergonzada que he estado todo este tiempo. Sobre todo cuando te das cuenta que hagas lo que hagas, se nota que no vienes de buen barrio. Igual la gente no lo nota pero tú sí. Sobre todo porque por muy buen trabajo que tengas, las tuyas, tu familia, siguen ahí, en la periferia, luchando por que no las echen de sus casas, por unas condiciones de trabajo un

poco más dignas, sorteando trabajadoras sociales y subsidios de mierda. A veces también es violento con ellas. Como has estudiado y tienes un trabajo privilegiado las tuyas creen que se lo vas a estar restregando todo el rato y por mucho que se evite, la envidia está ahí y la comprendo, porque yo la he tenido toda mi vida y la seguiré teniendo, aunque me la curre un poco..., aunque ahora sepa que esto no es biográfico sino estructural, que es el capitalismo y todo eso.

Ver: Barriobajero o barrio bajo, Barrionalismo, Chándal, Curro, Economía, Mala fama, Miedo, Segregación escolar.

Necesidad

(Vivienda)

¿Cómo sería nuestra vida si no tuviéramos casa? Las estadísticas y los datos son absolutamente demoledoras cuando responden a esta pregunta. Las personas sin hogar viven muchísimos años menos. Además careciendo de hogar el riesgo de contraer enfermedades y dolencias se dispara tanto para enfermedades comunes como para enfermedades mentales. Carecer de vivienda es un factor de alto riesgo de sufrir delitos. Podemos afirmar pues que disponer de un hogar es una necesidad fundamental de cara a un correcto desarrollo vital y personal. El hogar es el ámbito donde se dan las posibilidades de reposición de la fuerza de trabajo, descanso, alimentación, higiene. Sin el cual, como hemos visto, la existencia y la supervivencia se ve dificultada e incierta.

Ver: Banco, Cárcel, Crisis, Curro, Dependencias, Desahucio, Economía, Estigma, Vivienda colectiva.

Neoliberalismo

(Economía) (Vivienda) (Fronteras)

Sabemos a ciencia cierta que los flujos de capital financiero internacional no pasarán por el bulevar de Vallecas. Como tampoco serán «las Torres» de Villaverde el complejo residencial de moda entre la élite empresarial madrileña. El «lobo» de Wall Street no se pasea por la avenida de Oporto, ni comparte terrazas y cañas con los vecinos de Carabanchel. Las políticas públicas desarrolladas en los años pasados,

cuando el PP hizo de Madrid un auténtico laboratorio del neoliberalismo, tampoco dejaron sus mejores frutos en las calles de la periferia. La crisis, que muchos pintaron como una oportunidad para un necesario cambio de modelo, se tradujo en los barrios en recortes, paro, desahucios y una caída estrepitosa de los ingresos.

Y, sin embargo, los barrios de la periferia también son centrales para el neoliberalismo. Y lo son no sólo en un sentido pasivo, por haber acumulado la desposesión generada por los movimientos de los mercados financieros, las medidas de austeridad, las políticas neoconservadoras, las privatizaciones y el desmantelamiento del Estado del Bienestar. Si ampliamos la mirada sobre esta forma de gobierno, pronto veremos que el neoliberalismo se juega en muchos más frentes que el estrictamente económico. Porque el neoliberalismo es ante todo un modo de producir sociedad, de modelar la forma en la que se desarrolla nuestra vida, nuestros deseos, nuestras aspiraciones, la manera en la que nos pensamos, nos comportamos y nos relacionamos con los demás. Y ahí, el neoliberalismo se produce y reproduce en cada esquina, incluidas también las de los barrios. Así, el neoliberalismo es un modo de gobierno que busca organizar el conjunto de la vida a la manera del mercado, trasladando sus lógicas, sus principios, sus modos de funcionamiento, sus técnicas, etc., a cada rincón de la sociedad. Detrás, la profunda convicción de que esta será la mejor garantía para que una determinada sociedad *progrese*.

Para extender las lógicas del mercado al conjunto de la vida, será necesario, en primer lugar, promover situaciones de competencia allá donde sea posible: hacer de esta la regla social que rijan en todos los ámbitos posibles y olvidar cualquier tipo de política redistributiva que adormezca este espíritu de lucha. Lejos de ser una promesa de futuro, es puro presente en nuestros barrios: escuelas que compiten entre sí para obtener la mejor puntuación en un *ranking* y atraer así a los mejores alumnos; un mundo laboral donde se nos insta a competir y destacar por encima de nuestros compañeros, aunque sea para lograr un puesto simbólico de encargado en el que pringaremos más y ganaremos lo mismo; el otro como un rival que amenaza con quitarme lo poco que tengo y del que hay que defenderse, aunque esto lleve a encogerse de hombros ante la *inevitabilidad*, por ejemplo, de las muertes de migrantes en el mar; lo colectivo como un marrón que quita

tiempos y subsume nuestros intereses particulares, el «sálvese quien pueda» como única opción. Hay barrios, incluso, diseñados y contruidos desde la óptica de la competencia: así, las nuevas periferias alumbradas al calor de la burbuja inmobiliaria, hechas de grandes avenidas, bloques de manzanas cerradas y centro comercial no son más que una espacialización de la competitividad. Comunidades de vecinos que rivalizan en tamaño de la piscina y verjas de seguridad, para diferenciarse de esos bloques de colores y formas surreales en los que la empresa pública de vivienda ha concentrado a las familias realojadas y a las que son de «peor nivel». Las super instalaciones del colegio concertado, que promete formar a cerebros brillantes gracias a la educación bilingüe y las ochocientas extra-escolares, frente a la escuela pública, destinada casi en exclusiva a las gentes de las casas de colores. El parque de juegos cerrado del bloque o el pequeño parque público en medio de solares aún por edificar.

Pero organizar la vida para el mercado es aún más. Es, en segundo lugar, promover un tipo de subjetividad, esto es, una manera específica de comportarnos, de percibirnos a nosotros mismos, de formular los deseos que atraviesan lo más íntimo de cada una. Esa subjetividad deberá convertirnos en un pequeño empresario de nosotros mismos; logrando así extender la forma empresa no ya a pequeñas iniciativas laborales, sino a lo más hondo de quienes somos. Como tal empresa, nos conviene estar activos, siempre en continua innovación y renovación para competir fuera con las mejores garantías posibles. Invertir en nosotros mismos, mejorar nuestra marca personal, esforzarnos siempre un poco más para lograr el éxito. Sólo nosotros somos responsables de nuestro propio destino: los triunfos son nuestros, los fracasos también. Así le insisten al parado, que va a cobrar el subsidio, en que haga una «búsqueda activa de empleo» (como si el contexto de paro generalizado no tuviera nada que decir). Así le derivan a programas pilotos para mejorar su «empleabilidad», insistiendo en que de él depende no descuidarse, invertir en una formación continua que le permitirá estar al quite de cualquier oportunidad. Así olvidamos la potencia de lo colectivo para buscar nichos de emprendimiento en los que alcanzar el éxito en nuestra «carrera profesional». Así asumimos cotas de autoexplotación impensables tiempo atrás en aras de lograr aún más altas cotas de desarrollo personal. Así hacemos de los *coaches* la guía que rige incluso nuestros modelos de crianza. Así la vergüenza se apodera del desahuciado, asumiendo

para sí la responsabilidad de no haber sido capaz de cumplir ese macabro pacto con los bancos. Así, a los «fracasados», que no invirtieron suficiente esfuerzo en salir adelante, solo les dan alguna ayuda condicional desde Servicios Sociales.

Por eso, cuando hablamos de desigualdad en nuestros barrios, no nos referimos solo a esos índices estadísticos que en términos de paro, renta per cápita, abandono escolar, número de perceptores de renta mínima, desahucios y esperanza de vida miden la fractura cada vez más profunda entre el norte y el sur de Madrid. Nos referimos también a esa otra desigualdad que atraviesa por dentro los barrios: a esas miles de fronteras invisibles que nos separan cada vez más a unos de los otros, a todos esos pequeños mecanismos de diferenciación que van instaurando la competencia, la rivalidad y el miedo como forma de relación, a esos «héroes» individuales en pugna por su éxito personal... Nos referimos al neoliberalismo, como forma de (auto)gobierno que va empapando los poros de la vida misma.

Ver: Apoyo mutuo, Autogestión, Basura, Crisis, Economía, Sociedad participativa.

Ocupaciones (Historia de las)

(Memorias) (Movimientos) (Vivienda)

Hablar de Madrid a principios de los años sesenta es hablar de una ciudad desbordada por sus periferias. En aquel momento, la ciudad se convierte en una de las máximas expresiones de la caótica dinámica territorial española, aparejada a la tardía y frenética industrialización derivada del Plan de Estabilización del '59. La práctica urbanística se vio incapaz de asimilar una explosión demográfica encarnada en un territorio de barriadas densamente pobladas, en las que precariamente se asentaban los migrantes. Un contexto de crisis urbana que se manifestaba tanto en la situación habitacional (chabolismo), como en las fuertes carencias de infraestructuras elementales (alcantarillado, agua corriente, transporte, espacios públicos...).

Ante la respuesta ineficaz de los aparatos estatales y el problema de la especulación del suelo, desde mediados de los sesenta crecen importantes movimientos ciudadanos y vecinales muy preocupados por el problema de la vivienda

y la deficiente urbanización. Las estrategias de reivindicación y lucha fueron variadas; desde la organización de asambleas, manifestaciones, cortes de carreteras... hasta la ocupación. Si bien no fueron un movimiento masivo, se dieron en torno a 500 ocupaciones públicas de viviendas entre 1976 y 1978,⁵ y la Federación de Asociaciones de Vecinos de Madrid llegó a crear una comisión específica de ocupaciones.

El último caso con gran resonancia mediática fue la ocupación de viviendas en la calle General Fanjul (actual distrito de Latina) bajo el lema «¡Viviendas para Carabanchel!». *El País*⁶ recogía como el 18 de julio de 1979 se ocupan dos bloques de viviendas por parte de familias chabolistas que «hacía más de un año que tenían prometidos pisos del Instituto Nacional de la Vivienda». El 21 de diciembre de ese mismo año recoge otra nueva ocupación por parte de las amas de casa del barrio y unos días más tarde por parte de un grupo de vecinos con viviendas adjudicadas en el propio bloque, pero «el delegado provincial de la Vivienda, José Luis Mas, se [negaba] a entregarles las llaves».⁷ Tomás R. Villasante, profesor de sociología y activista en aquella ocupación, recuerda que en total fueron «unos 200 los pisos ocupados y que la acción se había planeado después de un sondeo de las casas vacías de la zona y de las denuncias constantes de las asociaciones vecinales». Las ocupaciones, de intensa repercusión mediática, consiguieron generar un amplio debate político, «hasta el punto de romper la lógica de los partidos por la mitad: Tierno y el concejal de Carabanchel a favor de dar solución a la ocupación, Felipe González en contra. El Director de la Vivienda (UCD) en contra, pero el Gobernador Civil buscando soluciones. El PCE también dividido y, en cambio, las asociaciones y grupos políticos [PTE] que estábamos detrás, con estrategias organizadas desde las asambleas de la ocupación».⁸

⁵ Seminario de Historia Política y Social de las Okupaciones en Madrid-Metrópolis, *Okupa Madrid [1985-2011]. Memoria, reflexión, debate y autogestión colectiva del conocimiento*, Madrid, autoeditado, 2014.

⁶ «Ocupación Simbólica de Viviendas en Carabanchel», *El País*, 19 de julio de 1979.

⁷ «Nuevas ocupaciones de viviendas en General Fanjul», *El País*, 21 de diciembre de 1979.

⁸ Seminario de Historia Política y Social de las Okupaciones, op. cit.

Finalmente fueron desalojadas el 15 de enero de 1980,⁹ consiguiendo que fuesen las propias asociaciones de vecinos y amas de casa las que propusieran las listas para la adjudicación oficial de los pisos. Como recuerda Tomás R. Villasante «mandaron a la policía local a desalojar, pues consideraban que era el Distrito de Latina quien debía adjudicar esas viviendas, pero se encontraron con los chabolistas organizados y dispuestos a resistir con barricadas en el portal. Llegó la Policía Nacional a hacer un cordón en medio de ambos bandos para que no hubiera más disturbios. Algunos fuimos a negociar con Rosón, Gobernador Civil, para buscar una solución negociada y que se adjudicaran las casas a los chabolistas que las ocupaban, y que habían quemado las chabolas donde habían vivido en Carabanchel».¹⁰

Ver: Apoyo mutuo, Asociaciones de vecinos, Barrionalismo, Casa dispersa, Desahucio, Fondo buitre, Okupaciones, Poblados, Vivienda colectiva.

Okupaciones

(Vivienda) (Movimientos)

Okupar, los okupas. Esta k es la marca dada a determinada práctica llevada a cabo sobre todo por movimientos sociales y «gente politizada» que consiste en tomar espacios vacíos o abandonados que *no les pertenecen*, cuyos dueños son *otros*, con el fin de darles un uso. Los llamados centros sociales (CSO) son quizá lo más conocidos, sin embargo no es el único aspecto dentro de un fenómeno mucho más amplio que escapa tanto de los muros de dichos espacios, como de las etiquetas bajo las que se intenta definirlo y, por lo tanto, controlarlo.

Hasta hace aproximadamente ocho años, las personas que ocupaban una vivienda generalmente no reparaban en el carácter de la propiedad (bancaria, financiera, pública, particular, etc.), siendo una práctica casi marginal. Sin embargo, al producirse la «crisis-estafa financiera mundial» —y esto unido al estallido de la burbuja inmobiliaria en España— miles de personas han sido desposeídas de sus viviendas al no poder afrontar los gastos abusivos de las hipotecas; otras no pueden

⁹ «Desalojadas las viviendas de General Fanjul», *El País*, 16 de enero de 1980.

¹⁰ Seminario de Historia Política y Social de las Okupaciones, *op. cit.*

afrontar los gastos de alquileres carísimos. Como efecto de esta situación se han incrementado las ocupaciones de viviendas de forma individual (pisos) o colectiva, tal es el caso de muchas familias que piden un alquiler social ocupando edificios de bancos o entidades financieras (obra social de la PAH) o colectivos que utilizan la ocupación de viviendas como herramienta política contra el sistema dominante (capitalismo). Las ocupaciones colectivas siempre son más visibles que las individuales, llamadas también «ocupaciones silenciosas». Son estas últimas, en cambio, las que más han proliferado recientemente. Muchas personas extranjeras ocupan también actualmente para satisfacer su urgencia habitacional. Así, si bien hasta hace relativamente poco la ocupación más conocida y reconocida socialmente era la de centros sociales, a día de hoy, y por todo lo descrito, la ocupación de vivienda se ha convertido en un fenómeno mucho más potente y extendido.

Las oficinas de vivienda y okupación, organizadas en los barrios y pueblos, apoyan y ayudan a las personas que deciden ocupar una vivienda, tanto en lo teórico como en práctico, en lo relativo a la acción misma como en los ámbitos jurídico y mediático. La ocupación de vivienda es una alternativa habitacional legítima, así como una herramienta de lucha contra la sacrosanta propiedad privada, sea de forma consciente o no.

Ver: Apoyo mutuo, Asociaciones de vecinos, Barrionalismo, Casa dispersa, Crisis, Desahucio, EKO, Estigma, Fondo buitre, Neoliberalismo, Ocupaciones (Historias de las), Poblados, Policía, Solar, Vivienda colectiva.

Paro

(Economía) (Estigmas)

Desafío, oportunidad de cambio, volver a replantear el cómo y el que. Nuevas perspectivas y tensión porque el plazo para conseguirlo es limitado ¿es limitado? Remover todo, hacer planes, nueva organización del tiempo y el espacio. Ganas, proyectos, iniciativas. En el filo y enfilado por los otros, sentir la presión de su mirada porque el que ya no trabaja despierta en los demás sentimientos múltiples: una cierta envidia si su periodo está remunerado, algo parecido a la pena por lo que supuestamente ha perdido y lo que le espera... Si la situación se prorroga se empieza a sentir el vacío, provocado por el yo no puedo permitírmelo. ¡Qué se

puede esperar de nuestra sociedad de consumo! Sin dinero no eres nadie, lo puedes perder todo. ¿Qué esperar de la institución? No eres libre, tienes que venir a sellar, no te puedes ir de tu ciudad, tienes que hacer este curso. Los cursos, la formación, el control pero ni una oferta de empleo. Pero si no haces algo es porque no quieres porque mira, siempre hay algo que puedes hacer, lo que pasa es que no quieres. Pues mira los demás también tenemos que aguantar. La cosa funciona así. Nuevos espacios de transición, otras personas que inician nuevos proyectos, asumir riesgos diferentes, otras formas de vivir el no estar atado a un trabajo remunerado. Es fundamental encontrarse y empezar de nuevo. Comprobar que se pueden hacer otras cosas, muchas más de las que se nos suponen o nos dejamos imaginar a nosotras mismas.. Actividades, nuevas tareas, nuevos usos de espacio y tiempo. Las tareas decididas y repartidas en la comunidad, posibilidad de probar nuevas habilidades, empezar a despertar todo lo que el trabajo mata y seguir por un camino no dibujado. Parado o paralizado es quien ya no puede salir del círculo infernal ¿de seguridad? Horario, rutina, tarea, salario y consumo.

Ver: Apoyo mutuo, Autogestión, Crisis, Curro, Desahucio, Economía, Economía alternativa.

Parque de las cruces

(Memorias) (Espacios)

Importante masa arbórea que cubre casi 50 hectáreas entre Carabanchel y el barrio de Las Águilas. Se constituye en una auténtica isla natural en la ciudad, ofreciendo a los paseantes lugares de sombra, un lago, innumerables zonas deportivas, carril bici y unos atardeceres impresionantes. Como todos los parques, ofrece espacio para el esfuerzo voluntario de los corredores, para la relajación de los amantes, el paseo de las jubiladas y las acrobacias infantiles en los columpios. Su maravillosa presencia hace que muchos desconozcan que se debe a la acción batalladora de asociaciones de vecinos que, a finales de los años ochenta lograron su construcción en lugar de los sembrados abandonados y las escombreras, donde ya estaba en marcha un ambicioso proyecto de construcción de (más) pisos. Metido de lleno en la extraña ambivalencia carabanchelera, se ubica en el perímetro del sanatorio del Doctor

Esquermo, y miraba cara a cara a la antigua prisión y ahora al tenebroso CIE. Carece de los objetos que le dan nombre.

Ver: Asociaciones de vecinos, Carabancheles.

PAU

(Espacios) (Símbolos)

Siglas correspondientes a Programa de Actuación Urbanística. Cuando quedó claro que Madrid no admitía nuevas edificaciones en su interior, a la par que se disparaban los precios de la vivienda, se extienden estos planes de construcción de nuevos barrios en los alrededores de los arrabales tradicionales y en nuevos terrenos conquistados al campo. Así, se levantan edificios y calles donde antes había sembrados. Edificios singulares de todos los colores y formas quedan como referencia —en muchas ocasiones negativa— para los nuevos habitantes, que van llegando a plazos, en un horizonte urbano inconcluso, que mezcla descampados con urbanizaciones hipervigiladas y bloques de protección oficial. En este sustrato, la convivencia se construye desde los temores y la inseguridad que dobla a los individuos hacia el interior de sus casas, de sus urbanizaciones. El vehículo privado es la conexión fundamental con las viviendas y los centros comerciales, que crecen al calor de estos PAUs. En medio de sus avenidas, entre las vallas que ocultan los interiores, los escasos comercios a pie de calle y los miedos, queda por construir lo más importante, que es la convivencia y las relaciones vecinales.

Ver: Ocupaciones (Historia de las), Poblados, Remodelación y Rehabilitación, Vivienda colectiva.

Piscina

(Espacios) (Estigma) (Símbolos) (Vivienda)

Imaginemos, por un momento, una jornada de julio o agosto y el calor cayendo a plomo sobre la ciudad. Bajo el tórrido sol de las últimas horas de la tarde, en el extrarradio, un grupo de chicos se dirigen a las instalaciones de las piscinas municipales. Hace un rato que han cerrado y el agua está quieta. Se cuelan. Siempre hay un resquicio en algún punto de la valla

por donde pasar y, con más parsimonia o fugacidad darse un último baño refrescante, al que hay que añadir las sensaciones que aporta el peligro, la piscina para ellos solos, las risas y, si se tercia, la fuga apresurada.

Esas piscinas municipales, que hace treinta años fueron el lugar de encuentro del barrio, con interminables jornadas de tueste al sol, carreras, juegos de cartas, bocatas en medio de un bullicio permanente, que sólo se notaba al regresar a casa. Espacio de juego, exhibición corporal; allá al fondo un loro con los Maiden, quizá Obús y desde luego Los Chichos; recuerdo ver a un tipo con un tatuaje de Mortadelo y Filemón en toda la espalda. Daba tiempo para mucho. Unas madres cuidaban a los hijos de otras. Por megafonía llaman a los padres de un niño que se ha extraviado, mientras, queda aún tiempo para otro chapuzón antes de que cierren. A veces te robaban. Luego, la calle se llena de una procesión de sillas, neveras, bermudas, gorras y chanclas, ojos hinchados por el cloro. La piscina municipal se erigió en isla de encuentro y esparcimiento en medio de barrios —algunos— aún sin terminar. No sólo era el agua, era también la sensación de unas instalaciones terminadas, con vestuarios, duchas, caminitos y jardines, cafetería y cursillos de natación a las ocho de la mañana. Aluche, Orcasitas, El Tostadero, Moratalaz.

Por entonces, sólo unos pocos bloques tenían piscina privada y siempre en otros barrios que nos quedaban muy lejos, que nos parecían inalcanzables. Si cerca de tu barrio había una municipal, estabas de suerte.

Los sueños de grandeza, cuando son inalcanzables, no molestan mucho ni incomodan la convivencia. No quitan el sueño. Pero allá por la segunda mitad de los años noventa muchas familias obreras empezaron a soñar como burgueses y nos parecía que era posible habitar esas nuevas casas, cerradas hacia adentro, con sus piscinas privadas de uso exclusivo para la comunidad. Por esos años, junto a los de siempre, a los comunes, las gentes de la inmigración exterior hacen su vida en la calle, en los parques y zonas de esparcimiento. También en las piscinas municipales, donde se repiten algunos patrones y aportan otros nuevos. Las piscinas son lugar de veraneo de familias enteras, de encuentro con vecinos y compatriotas, de largas jornadas que incluyen almuerzo, aperitivo, comida, merienda. Juegos, bullicio y música. En todo caso, se mantiene el salto a bomba y los planchazos previos a conseguir tirarse bien de cabeza. Quizá nuevos tatuajes en la

exhibición de los cuerpos. Alguna queja, barrigas coloradas y la llamada de atención de los socorristas.

En la lógica de la carrera por la distinción, algunos de los antiguos usuarios miran por encima del hombro a estos recién llegados, empleando múltiples elementos despectivos y distanciadores que irán desde el «sudaca» a los «panchitos». Juegos de diferenciación social en unos años en los que se reformulan definitivamente los accesos a los bienes de consumo, de ocio, ropa y, como no, a la vivienda, que ahora viene anunciada con zonas ajardinadas privadas, terrazas, portero. Y piscina.

Para muchos que abandonan la piscina municipal, tener una privada en tu bloque es una marca más de tu triunfo como currante esforzado, al que nuevas caras y tonos de piel, nuevos acentos le convencerán de que las cosas «no son como antes». Los miedos y las sospechas, paradójicamente, se multiplican en el barrio, que ofrece ahora una mayor complejidad étnica. Junto a la calle, muchos espacios públicos comunes, de encuentro, quedarán relegados a favor de esos nuevos territorios y rincones vigilados. Los espacios privados aportan esa ficticia seguridad para el peligro ficticio. Tu piscina, tu pista deportiva, tu zona ajardinada, tus columpios. Desde los márgenes de la piscina, te relacionarás con la gente de tu bloque y todos desarrollaréis una destreza especial para detectar inmediatamente a los extraños. Discutiréis, en interminables reuniones de vecinos, acerca de cuánta gente se puede invitar, que el agua está sucia o a qué empresa de mantenimiento se contrata. A alguno se le ocurre que la comunidad distribuya unas pulseras especiales que identifiquen a los vecinos y limiten el número de acoplados. Muchos ojos vigilantes estarán pendientes de que nadie se cuele. Cierto es que ya no te pasará como antaño, cuando más de un día desapareció alguna toalla o las chanclas del lugar donde os instalabais en la municipal. Y, en todo caso, seguirán las bombas y los planchazos.

Mientras, afuera, en pleno mes de julio o de agosto, el sol cae a plomo una tarde cualquiera en el extrarradio, igual que ayer, como hace treinta años. Las piscinas municipales no han resistido bien los recortes y las políticas de abandono: cubetas cubiertas de tierra, zonas y vestuarios cerrados. Gestión externalizada. Y a pesar de todo, siguen las riadas de familias en busca del oasis, desde la mañana hasta apurar las últimas llamadas por megafonía para el cierre.

En otro rincón del barrio, grupos de chicos, en la calle, hacen la ronda por las *urbas*, para colarse en alguna piscina, ya con el bañador puesto, las chanclas y las toallas al hombro.

Ver: La Mina (polideportivo), Institución, Intervención social, Movilidad social / salir de la periferia, Neoliberalismo.

Poblados

(*Estigmas*) (*Espacios*)

Poblado, conjunto de edificios y espacios habitados. Efectivamente eso son el poblado mínimo de caño roto, el poblado dirigido de caño roto y el de absorción de caño roto, entonces por qué uno se llama mínimo, otro dirigido y otro absorción. El nombre proviene del momento histórico de su fundación, para qué y cómo se diseñaron. Los tres responden a la necesidad de proporcionar alojamiento a los campesinos, que desde el campo emigraban a la ciudad, mayoritariamente, para ayudar con su trabajo a construir otra ciudad, la de la clase media, la de los que ya podían permitirse comprar una vivienda... También para los trabajadores de la ciudad con menos recursos. Imaginemos Madrid en los cuarenta, destruido por la guerra. Casualmente o no, los barrios populares, especialmente los Carabancheles resultaron arrasados; fueron un barrio heroico en la defensa de Madrid, sólo así se puede explicar el ensañamiento de los vencedores, que por ahí más o menos rompen el frente y penetran en Madrid ganando la guerra. Chabolas, ya debían de existir muchas, es de suponer que durante la guerra se construirían más, para sustituir las casas destruidas por los bombardeos y alojar a muchos de los desplazados, algunos continuarían su camino hacia zonas más seguras, el Levante, Andalucía oriental, como mi padre... Y vuestros padres, vuestros abuelos ¿dónde pasaron la guerra?, pero otros quedaron aquí... Después de una guerra, un país empobrecido tiene que hacer frente a la reconstrucción de muchas viviendas, y la construcción de otras nuevas para sustituir las destruidas y resolver el alojamiento de las familias de los trabajadores. El nuevo gobierno crea entonces, la Dirección General de Regiones Devastadas. A la vez, la ciudad también genera otras instituciones que velan por un crecimiento ordenado de los barrios y por el control de los asentamientos chabolistas —qué pesada ha sido siempre la gente queriendo dormir bajo techo—, por ejemplo el Plan General de Ordenación Urbana. Os suena verdad, cada cierto tiempo se redacta uno, se discute, se presentan alegaciones...

Todos habéis oído hablar del ensanche, en Barcelona, en Madrid, el barrio de Salamanca, de Ciudad Lineal, estos podrían ser ejemplos de pequeños planes de ordenación urbana, antecedentes de Plan General de Ordenación de Madrid (1946). Iniciado en 1941, justo después de la guerra se considera el primer Plan General de Madrid. En este plan aparecen ya cinturones verdes, industriales, de servicios y cuñas verdes. La mayoría se fueron al traste por la manía de la gente de construir en el espacio público, de todos, seguramente menos vigilado. También aparecen nuestros poblados, más bien la clasificación del suelo para diferentes usos, pero las administraciones no serán muy eficientes en el cumplimiento del plan. En 1954, Luis Valero se hace cargo del INV, Instituto Nacional de la Vivienda, y Julián Laguna en la Comisaría de Ordenación Urbana de Madrid. Diseñan un nuevo plan (de urgencia social) indica, a reagrupar a la población que habita en viviendas diseminadas y con malas condiciones constructivas. También los poblados dirigidos, en los que se trata de canalizar el potencial humano de los constructores de su propia vivienda, evitando la costumbre de edificar anárquicamente o en terrenos no aptos. Los mínimos de absorción son prácticamente como los de absorción pero más económicos, por ejemplo una sola altura sin patio. Anteriormente, justo después de la guerra existieron los albergues, con sus barracones, que a nosotros nos parecerían un campo de concentración. En el año 1955 se inició la construcción de los ocho primeros: Canillas, San Fermín, Caño Roto, Villaverde, Pan Bendito, Zofio y dos en Fuencarral. En 1956, Manoterías, La Elipa, Vallecas, Entrevías, dos en San Blas, segunda fase de San Fermín, Juan Tornero y General Ricardos. Una vez realizada la construcción de estos primeros poblados, gracias a la superficie liberada y la experiencia acumulada se inicia el proyecto de los poblados dirigidos, la experiencia de autoconstrucción de 1956 se realiza en Entrevías, Fuencarral, Canillas, Caño Roto, Orcasitas, al año siguiente en Manoterías y el último, Almendrales.

Para abaratar costes se recurre a créditos de baja cuota y por 50 años — como se ve no es un invento de la reciente burbuja inmobiliaria —, así como a la prestación personal, trabajo realizado normalmente los fines de semana, por eso también se llama a estas casas las domingueras. Se crearon unos gabinetes técnicos que dirigían a pie de obra, arquitectos Oiza, Romaní, Cubillo, Sierra, Alvear, Iñiguez de Onzoño, Vázquez de Castro, Carvajal, Corrales, Molezún y García de Paredes entre otros. Este sistema creó una estrecha colaboración entre arquitectos y usuarios, poco habitual, y que gustó mucho a

los implicados. La verdad es que en la mayoría de los casos poco queda de estos poblados y lo que queda está escondido debajo de remodelaciones o rehabilitaciones.

Ver: Casa dispersa, PAU, Remodelación y Rehabilitación, Sonido Caño Roto, Vivienda colectiva.

Policía

(Estigmas)

Actor social que partiendo de los miedos reales o imaginarios del vecindario impone una autoridad, un orden y un control sobre el espacio barrial más allá de la legalidad.

En ocasiones, la policía es el agente estatal encargado de gestionar los problemas que la desigualdad capitalista genera en forma de ilegalismos. Así mismo, la policía es la encargada de velar por la circulación de vehículos y de los flujos comerciales. Pero cada vez más, la policía ocupa —o recupera, ya que en su misión original, allá por el siglo XVIII, realizaba tareas muy diversas como velar por «la educación de los niños»— áreas de intervención relacionadas con el trabajo social y la educación. Así, la «convivencia» ha pasado a ser un área de especial interés para la policía, si bien entendiendo por tal una serie de normas no consensuadas en condiciones de igualdad por todos los actores de un barrio.

Partiendo de teorías criminológicas procedentes del mundo anglosajón, la «policía de la convivencia» se ocupa cada vez más de tareas «preventivas» y no tanto represivas (aunque evidentemente, muchas son las personas que son objeto de esa represión). Se entiende que antes de llegar a los grandes males (siempre males de los barrios bajos, no de los de los barrios altos), los malhechores pasan por una serie de etapas de pequeños males («se empieza por un porro y se acaba matando viejas»), por lo que los policías, en colaboración con los educadores, trabajadores sociales, etc., llevan a cabo una «prevención de conductas de riesgo». Esa «prevención», además de conllevar la represión sistemática de determinados sujetos (migrantes, adolescentes, pobres) se basa en un control sobre el espacio urbano que cuenta con la participación del vecindario (quién verá en esa prevención y vigilancia participativa no un símbolo de autoritarismo, sino de buen funcionamiento cívico y normalidad).

Es así como la policía, lejos de ser vista como el brazo armado de los intereses de las élites, es considerada un servicio al ciudadano tan fundamental o más que la sanidad o la educación. El resultado es que las causas del miedo —desigualdad, segregación—, que dio lugar a la justificación de la policía, quedan intocadas si no profundizadas, proporcionando, eso sí, un sucedáneo de seguridad que hará al vecindario más dependiente de las instituciones a la hora de gestionar su espacio.

Ver: Cárcel, CIE, Redadas racistas.

Pueblo

(Espacios) (Memoria)

Pineda de Jigüela, Mocejón, Vinuesa, Fuentespina, Alcabón, Huete, Villahermosa, El Real de San Vicente, Puebla de Sanabria... Provincias de Toledo, Córdoba, Cuenca, Ávila, Guadalajara, Cáceres, Salamanca, Zamora, Burgos, Segovia... Veranos de verbena, Orquesta Paradise, beber hasta caer al pilón, los colegas del pueblo... Un morreo en las eras en Semana Santa, un reencuentro de verano y una despedida en septiembre...

Aunque hoy asistimos a la urbanización del campo, en décadas anteriores asistimos a la ruralización de la ciudad. Mientras muchos pueblos se vaciaban, barrios enteros nacieron a partir de la llegada precaria de hombres y mujeres jóvenes expulsados por la concentración de propiedad de la tierra, el hambre y el fuerte control sobre algunas ansias de libertad y experimentación. Primero en chabolas o en casa de huéspedes, y después en pisitos, esta población rural se asentó en los barrios del segundo, tercero y cuarto cinturón periférico de Madrid. Carreteras de circunvalación (M-30, M-40, M-50) que separan ciclos de crecimiento urbano. Carreteras radiales que marcan muchas veces el camino al pueblo de muchos de los habitantes de los barrios que las rodean: toledanos y extremeños alrededor de la A-5 (Áluche, Alcorcón, Móstoles), andaluces en la A-4 (Villaverde, Getafe, Parla), conquenses en la A-III (Moratalaz, Vicálvaro, Vallecas). En cualquier caso, orígenes diversos de la geografía de la pobreza de posguerra que hacen del barrio la prolongación del pueblo. Y eso se notó durante unas décadas en las formas de habitar las calles, en la sabiduría popular, en la conservación identitaria de bailes a través de las casas regionales y en los veranos de calles ardientes y vacías.

Fue la segunda generación, los hijos de los designados despectivamente como «paletos», la que plenamente urbana, vivió en el pueblo —lugar de vacaciones— una vida B, de encuentro con otros hijos de emigrantes a otros barrios o a otras ciudades, como Barcelona, Bilbao o Valencia. En el pueblo, como en el centro, descubrían que más allá de su ciudad y su periferia, había otros modos culturales, otras lenguas, otros grupos de música. En algunos casos se descubría el campo, como inmensidad, como aventura, como naturaleza, como olores. Y se descubría una forma de estar en la que no hacía falta cerrar la puerta de casa, en la que los abuelos hablaban a la fresca con la silla en la calle y en la que se podía jugar hasta entrada la madrugada. También se descubría la camaradería y el alcohol de la peña, esos proto-centros sociales autogestionados nunca perseguidos por la autoridad (salvo cuando la guardia civil descubría una plantación de marihuana).

Después pasaron otras cosas en el pueblo. Llegó la tele e Internet, llegó la droga, llegaron algunos polígonos industriales a los más feos, y casas rurales y turistas a los que tenían «encanto». También llegaron los neorurales y sus huertas. En definitiva, llegó la ciudad al campo y se produjo una cierta hibridación, una rururbanización. Pero para el barrio, el pueblo sigue siendo un origen, una fuente de saberes y una memoria de comunidad —para bien y para mal—. Porque fue gracias a lo aprendido en el pueblo que se sobrevivió en la ciudad mediante las solidaridades colectivas.

Ver: Vacaciones, Curro.

Racismo¹¹

(Estigmas) (Diversidad)

Los barrios, como espacios fronterizos que son, son complejos. En ellos se da el «fenómeno del racismo», pero este, como los propios barrios, también es complejo: complejo, ambivalente y paradójico.

¹¹ Esta entrada está construida tomando fragmentos de una reflexión hecha también al calor de la vida en otros barrios periféricos (Lavapiés y Villaverde), en una investigación llevada a cabo en 2007 y que se plasmó en el texto «¿Quién puede habitar la ciudad» que se publicó en el libro del Observatorio Metropolitano: *Madrid: ¿la suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad*, Madrid, Traficantes de Sueños.

Existe un uso de calificativos racistas que, a decir verdad, recoge cierto racismo verbal que circula en el medio ambiente: en la calle, en las casas, en los medios de comunicación, los calificativos racistas son moneda corriente. Por un lado, no se puede negar que utilizar «negro» o «moro» como insulto participa del tipo de mirada colonial que equipara negro o moro a malo e inferior y, en principio, contribuye a la estigmatización de determinados grupos sociales. Aunque, también se pueden dar resignificaciones en función del contexto, la relación y los matices: «chino», «latino» o «gitano» no tienen por qué ser degradantes. Por otro lado, el hecho de que una persona utilice o no apelativos racistas dice muy poco de si su comportamiento incluye prácticas de discriminación por el color de la piel. Por lo tanto, puede suceder que a la vez que se siente atrapado en un barrio «lleno de inmigrantes» que los «vecinos de siempre» han abandonado, se abre a nuevos mundos de la mano de sus nuevos vecinos. Tengo un sobrino con discurso anti-inmigrantes cuyos mejores amigos de clase son dominicanos y chinos. Ambivalencias de un espacio fronterizo.

Teniendo en mente todas estas consideraciones, nos parece importante precisar que el racismo, el que puede ser motivo de preocupación en tanto problema a trabajar y combatir, no es el de todas y cada una de las locuciones racistas, sino el de aquellas que se articulan con prácticas que marcan, con los gestos, con la mirada, con la forma de relación, que determinados vecinos, aquellos venidos de lugares extraños, aquellos cuyo fenotipo les delata como procedentes de tierras «bárbaras», «fundamentalistas» y/o «incivilizadas», son «vecinos ilegítimos», que están aquí como «invasores», que no tienen derecho a habitar este lugar o que, en caso de tenerlo, deben ganárselo a pulso, a costa de sudor, sumisión y/o integración entendida como aculturación.

Muchas de estas miradas y prácticas estigmatizantes no emplearán un vocabulario racista, sino una reactualización de este imaginario en términos culturalistas. Es decir, hoy en día, las diferencias entre los distintos grupos humanos se interpretan en términos culturales, pero haciendo un uso de la idea de cultura en la que esta se racializa, pasando a convertirse en un símbolo inmutable de diferencia (como antes era lo biológico, la raza). De esta forma, la cultura (indisolublemente ligada al territorio de origen), como antes lo hacía la raza, se supone que atraviesa irremediamente a inmigrantes y nativos, determinando todos sus comportamiento a priori, y separando en este

proceso a los unos de los otros (y a los distintos otros entre sí), colocándolos en universos claramente diferenciados, cuando no opuestos. Este es el argumento desde el que se interpreta en muchos discursos populares y populistas esa segmentación múltiple y diferencial que atraviesa a la sociedad, desde el que se sitúa al «diferente» como enemigo y desde el que se legitiman todo tipo de políticas securitarias.

Dentro de este marco interpretativo, las tensiones que se generan, propias de una convivencia no siempre exenta de dificultades y conflictos, pasan a leerse también en términos culturalistas: los problemas y tirantezas que se pueden producir en el roce de la cotidianeidad de un barrio o un parque, no se explican como protagonizadas por individuos concretos sino en tanto miembros de una cultura. Este protagonismo otorgado a la cultura tiene consecuencias claras en el proceso de interiorización y legitimación de la diferencia. Al presuponer una idea de cultura claramente esencializada, que se presenta en forma de un sistema homogéneo, de perfiles perfectamente delimitados e inmutables y que condiciona el comportamiento de sus miembros, se acaba derivando en la construcción de un imaginario colectivo de la diferencia, sobre la base de comunidades culturales estables, exclusivas y excluyentes: «los españoles», «los árabes», «los latinos», «los africanos». No es que no haya diferencias «objetivas» entre grupos humanos diferenciados, el problema es que esas diferencias han resultado significativas para alimentar la dicotomía «nosotros / otros». Esto es así especialmente si se tiene en cuenta que en este proceso de diferenciación se presuponen dificultades de partida para el entendimiento mutuo, y se refuerza cuando quienes son objeto de estos discursos culturalistas se reapropian de ellos y los convierten en una identidad cerrada que habitar, a veces, como recurso para la supervivencia y la resistencia.

Se trata de un «fundamentalismo cultural» en el que cualquier posibilidad de diversidad interna, cambio o contagio queda descartada. El «fundamentalismo cultural» funciona no sólo como discurso interpretativo de los conflictos cotidianos sino, sobre todo, como retórica que legitima las formas de discriminación existentes: alcanza su expresión más común en la tan extendida idea de «los españoles, primero» desde la cual se legitima como natural un acceso diferencial a derechos tan básicos como la protección social, el trabajo, la vivienda, la sanidad o la educación, obviando todo análisis que reconozca en esta discriminación una estratificación social construida.

Otra paradoja, no menos llamativa, es el contraste entre la atención que se presta en los medios de comunicación, y en la sociedad en general, al racismo cotidiano, hasta el punto de interpretar en términos de «brote racista» conflictos que son de naturaleza mucho más compleja, y la invisibilidad que por el contrario tienen las múltiples formas de racismo institucional. Si alguna vez se presta atención a estas formas de racismo es de forma puntual, descontextualizada, casi caricaturesca y siempre alarmista. Escándalos públicos puntuales y aislados en una sociedad que, por otro lado, convive tranquila en sus plazas y bocas de metro con identificaciones y detenciones policiales ilegales en las que el color de piel es el único indicio de delito, o que archiva sin más contemplaciones el asesinato de migrantes en las vallas de la frontera sur, o que justifica en términos de coste económico la retirada del derecho a la salud a miles de personas venidas de fuera.

En cualquier caso, sean silenciadas o espectacularizadas, las prácticas de racismo institucional suelen justificarse bajo la lógica universalista del Estado racional que se opone a las pasiones populares: es decir, las medidas se toman ante problemas de delincuencia, inseguridad, molestias y desajustes que generan los migrantes y que, caso de una intervención no racional del Estado, podrían desencadenar reacciones racistas en la población (un discurso de miedo al miedo, nada casual). En este sentido, nos gustaría señalar una última paradoja: y es cómo, desde las políticas públicas, se combinan formas de racismo institucional, como pueden ser los controles policiales selectivos o las diferenciaciones por origen a la hora de acceder a visados y procesos de regularización y naturalización, con medidas en pro de la «interculturalidad» y la «convivencia» para los barrios periféricos «para combatir la intolerancia».

Ver: CIE, Policía, Sin papeles, Estigma, Redadas racistas, Gitano.

Reciclaje

(Economía)

Llega un momento en el que recoges cosas de la basura. Objetos o chatarra o la comida que necesitas. También recoges las cosas (sobre todo frutas y verduras) que otra gente tira al suelo, o que se quedan abandonadas después de los mercados. A esto se le llama reciclar.

Si vas a los mercados conviene ser puntual con la hora del cierre porque el orden es el siguiente: después de las señoras que apuran sus últimas compras, a un euro la caja oiga, van las primeras recicladoras. La estrategia consiste en aguardar dando un paseo y esperar a que los vendedores se cansen de ofrecer las últimas cajas, ya maduras, a un euro la caja oiga, y se marchen, abandonándolas en mitad de la plaza, transmutando lo que tenía precio en gratis, lo privatizado en común. A veces una señora rezagada aprovecha con sorpresa (y entusiasmo) y pillas unas cuantas cosas de la caja o incluso una caja entera y esa es otra forma de empezar. Podríamos comparar a las recicladoras que emplean esta táctica con buitres o zopilotes (depende del continente), por su manera de cerrar la cadena alimentaria de aprovechar los residuos que ya nadie quiere, aunque por supuesto no vuelan ni tienen el cuello largo y pelado (o al menos no todas). Pero lo más importante la mayor diferencia con los buitres o zopilotes es que las recicladoras nunca pelean entre sí, nunca peleamos.

Si hay alguien recogiendo cosas de una caja o de un montón la dejas tranquila hasta que acabe, y si el montón es suficientemente grande, se comparte respetando el espacio de los otros, y a veces surge una conversación y a veces se comparte lo que sobra, se hacen regalos (una manzana o una piña, unos calabacines, un plátano).

Cuando se acaban las cajas del suelo es el turno de los montones, todavía quedan los montones, rebuscar en los montones. Las frutas y las verduras más maduras o podridas se agolpan entre los cartones, las cajas y el plástico y hay que rebuscar, trillar, seleccionar lo bueno de lo malo, mancharse las manos. Vas cambiando de un montón a otro hasta que tienes todo lo que necesitas o te aburres y entonces te juntas, te reúnes con otra gente, que recoge cosas de la basura y el suelo como tú, para charlar e intercambiar cosas, o te vas a casa (si todavía tienes una casa).

Es el turno de las palomas y luego los barrenderos.

De todas formas hay más sitios donde reciclar y muchas más maneras de hacerlo (al menos tantas como gente que recicla): las basuras cercanas a los supermercados, para conseguir más y más variada comida; si entras en un bar, los culos de las cervezas; los restos de pizza o hamburguesa en restaurantes de comida rápida; una colilla sin consumir a la puerta de un bar o tirada sobre la acera; los amigos que se mudan o

cualquier contenedor o basura. Lo importante es la mirada, la manera de hacer las cosas, que lo que antes no era nada, un residuo, mierda, basura, ahora es o puede ser *exactamente* lo que necesitas lo que estabas esperando.

Ver: Mercadillo.

Redadas racistas

(Estigmas) (Diversidad)

1. Operaciones policiales consistentes en detener a un conjunto de personas por portación de rostro, de piel, de cuerpo, de identidad, de historia. || Redes tendidas para atrapar a quienes osan saltar la(s) valla(s), a quienes decidieron entrar y quedarse sin permiso(s). Redes que se enredan en los CIEs, en las deportaciones, en todas las muertes evitables en los mares. || Sinónimo: Vergüenza.

2. Aplicación de las políticas que ordenan los gobiernos «de aquí» para levantar fronteras contra «los de fuera». En uno de los lados, el estado de excepción selectivo, el toque de queda para l*s que decidieron prescindibles, la clandestinidad para l*s desechables. En el otro, el temor, la inseguridad, la sospecha sobre «el otro», de l*s que aún son ciudadan*s. || Redes lanzadas para separar, trampas en ciudades con miedo.

3. Actuaciones de las fuerzas de (in)seguridad que despiertan la indignación de las vecinas y vecinos, que convocan a la solidaridad, a romper la indiferencia y denunciar el atropello. || Redes que se rompen cuando se tejen otras que traman lazos, que recomponen lo común. *Redadas racistas fuera del barrio* || Antónimo: Desobediencia.

Ver: CIE, Policia, Sin papeles, Racismo.

Redes

(Movimientos)

1. Conjunto de tejidos entrelazados capaces de proteger a los malabaristas en la cuerda floja ante la posibilidad de una caída de consecuencias desastrosas. Recorrer la distancia que une dos puntos lejanos a través de la fragilidad de un

alambre no es cualquier cosa. Calcular en cada paso la posición exacta en la que colocar el pie, haciendo que su curvatura se torne una con la cuerda, requiere de mucha práctica y entrenamiento. El objetivo es el siguiente paso, y luego otro. Imposible planear con más anticipación. El equilibrio es puro presente. El caminante contiene la respiración, avanza varios pasos seguidos con firmeza, frena el ritmo si todo tiembla demasiado. Desde abajo, la gente observa con estupor, mientras con cada movimiento él libra una batalla por seguir adelante. Sólo esa red, bien tupida (pues los huecos o roturas son letales) y tensa (no en vano la caída es a gran velocidad, y el suelo está demasiado cerca) permite que vértigos, titubeos y enterezas se sepan protegidas. No amortigua la valentía que cada paso requiere, pero hace del cruce una hazaña que ya no se libra sin apoyos.

2. Igual significado, pero aplicado a la vida de muchos barrios de la periferia de Madrid. El paro, los trabajos insultantemente precarios, las amenazas de desahucio, la imposibilidad de llegar a fin de mes, las colas en la parroquia, servicios sociales sin servicios, el abandono (o mejor, la expulsión) escolar, las tensiones dentro de casa, la calefacción que no se puede encender y un etcétera demasiado largo de desigualdades convierten a los vecinos de estos barrios en auténticos malabaristas en la cuerda floja. El día a día impone equilibrios imposibles para no caerse de una vida hecha alambre. Y, al igual que los malabaristas, la clave de su subsistencia tiene mucho que ver con las redes que los protegen. Lo normal es que en los barrios no se refieran a estas protecciones como redes, sino como «hacer unas llamadas», «ir a hablar con fulanito», «preguntarle a menganita a ver si ella sabe algo», «intentar mover unos contactos», «pedirle a zutanita que nos eche un cable». Otras muchas veces, ni siquiera hace falta nombrar estas redes. Se sabe que están ahí. Y que nunca fallan. La familia, los colegas, la vecina de siempre. Redes que se tejen unas veces desde el cariño, otras desde el amor más sincero, a veces desde el interés compartido, pero también desde la necesaria convivencia en situaciones difíciles. Apoyos que se movilizan una y otra vez, sin pedir nada a cambio. Alianzas que, otras veces, sin embargo, generan deudas que pagar y obligaciones que cumplir. Redes, en definitiva, de ayuda mutua, que vuelven vivibles las vidas más invivibles, y desafían con fuerza y orgullo el mandato social del individualismo, la competencia y la guerra entre pobres.

3. Especie de palabra-comodín que aparece siempre en los distintos proyectos de intervención social que se despliegan en los barrios. Y es que precisamente el trabajo social profesional recupera la palabra red para definir un modo concreto de colaborar con otros. En teoría, hace alusión a la predisposición de los técnicos a sumar su trabajo al que otros técnicos o asociaciones ya realizan en el territorio, con el fin de no duplicar el trabajo realizado previamente, y en un intento por cooperar y compartir los recursos existentes. En la práctica, sin embargo, estos esfuerzos por construir un tejido colaborativo en un barrio a través del trabajo en red, acaban materializándose en infinitas mesas de coordinación, a las que por su horario y contenido acuden mayoritariamente los trabajadores de lo social, y que cada vez con mayor frecuencia acaban del todo desconectadas de los territorios de vida de los barrios. Tecnicismos, metodologías seriadas, ritmos laborales, prioridades sentidas, formas de trabajo... que acaban alejando los espacios de intervención social profesional de aquellos propios de lo social en movimiento, en una red tan nombrada como quebradiza.

4. Forma de conectarse y colaborar entre personas que, por contradictorio que parezca respecto a la definición inicial, se basa en hacer de las redes algo intangible, omnipresente y virtual. Sin duda, esta forma de hacer red tiene muchas ventajas de cara a articular respuestas sociales que desafíen al sistema. Nos permite transmitir información a gran velocidad y a mucha gente a la vez; nos ayuda a conectarnos con lo social en movimiento; nos permite entrar dentro de determinados grupos y, cuando no podemos permanecer, mantenernos cerca aunque sea de forma virtual; nos permite organizarnos, convocarnos, conocernos... Todo eso es fundamental. Sin embargo, para los que escriben esta entrada del diccionario, la política tiene algo muy importante que tiene que ver con el contacto cuerpo a cuerpo: con encontrarse, conocerse, reconocerse... con hacer de esa experiencia de encuentro algo que nos transforme subjetivamente, algo que nos vuelva capaces de dejarnos afectar por el otro, de forma que nuestras certezas se tambaleen y la injusticia cometida contra otros ya no podamos vivirla nunca más como ajena. Para tejer redes que nos contagien y protejan es necesario, inevitablemente, poner la piel.

Ver: Apoyo mutuo, Asociaciones de Vecinos, Sociedad participativa.

Remodelación y rehabilitación

(Espacios) (Vivienda)

Cuando hablamos de remodelación y rehabilitación, a la mayoría de nosotros nos parecen sinónimos, pero no lo son:

Remodelación, reformar algo, variando alguna de sus partes o de su estructura.

Rehabilitación, acción de recuperar la habitabilidad de una vivienda, o su adecuación a las nuevas normas constructivas.

La remodelación supone un cambio profundo, no solo en las viviendas, también de las zonas comunes, plazas, calles. Todos los habitantes/propietarios del poblado a remodelar (en la mayor parte de los casos, al menos en Madrid, el propietario es solo uno, el IVIMA), deben participar.

La mayoría de las veces puede incluir mayor número de viviendas, esto puede suponer una ventaja, permite el desdoblamiento de familias que viven hacinadas o una desventaja, normalmente las administraciones, ayuntamiento, comunidad autónoma, aprovechan la ocasión para liquidar poblados chabolistas próximos, con menos oposición vecinal. Podemos imaginar los problemas que esto puede suponer para los barrios afectados, si se hace de forma precipitada o sin cumplir unas mínimas condiciones, estos procesos además suelen ser largos. Imaginemos que se inician con unos representantes políticos, con unas sensibilidades hacia la integración social y se acaba con otros sin esa sensibilidad, sólo preocupados por una cuestión estética.

La rehabilitación es un proceso más limitado, normalmente no modifica el número de viviendas. La mayoría de los afectados suelen ser propietarios. Asociada normalmente a esta situación, encontraremos grandes diferencias en la financiación de la operación, y cuando hablamos de un montón de personas que se tienen que poner de acuerdo, la financiación es siempre un tema difícil que genera numerosos problemas.

Pero también, un motón de personas inmersas en procesos de este tipo son el germen de muchas asociaciones.... con muchos problemas que resolver, que una vez «resueltos» pueden desaparecer, o no. Los procesos de remodelación y rehabilitación de los barrios son una oportunidad nada despreciable para la participación, que no debemos desaprovechar.

Ver: Poblados, PAU.

Rosendo

(Gente) (Símbolos)

Bebemos, fumamos y nos colocamos. Tenemos plena libertad. Lo que falta es un buen bidón de aire puro y natural y de cerveza, de tocino y de salchichón; leña seca y carbón, una menda y un colchón. Es una mierda este Madrid, que ni las ratas pueden vivir.

Madrid. Años 80. *Mala vida, buena gente y poco más*. El rock urbano se abre paso en los barrios de la periferia donde se grita, a ritmo de acordes rasgados, contra la injusticia social.

Carabanchel también tuvo su banda, en este caso, con nombre *masculino singular*. Voz desgarrada y furiosa, entrecana melena y perfil imposible. Pitillo y botellín de Mahou a cualquier hora del día, refugiendo su perpetua timidez bajo sus míticas gafas de sol. Vaqueros, camiseta y cuero, mucho cuero. Madrileño y carabanchelero, para más señas.

Rosendo Mercado siempre ha peleado por revalorizar el barrio, su barrio. Ese que luce con orgullo como escenario de cada entrevista, sacando pecho en sus conciertos y riéndose de cuantas imágenes miserabilistas de él se pinten: «No pienses que estoy muy triste, si no me ves sonreír, es simplemente despiste, maneras de vivir. Invitó a los niños pijos que pasan a sueldo fijo a quitarse la venda y pasearse por la orilla equivocada del Manzanares. A esos que, provocando desprecio y reacción, lucen su condición, líderes del diseño novedad... pues son la musa que inspira la ambición». Su concierto fue el último acto en una cárcel cuyas heridas abiertas aún remueven al barrio.

Patriarca del rock y genuino hasta en el porte. Náufrago, noctámbulo y crápula por excelencia, si dedicamos una entrada a su figura en este diccionario, no es solo por lo que nos ha hecho vibrar con sus canciones (que por supuesto), sino, sobre todo, porque Rosendo nos sirve como excusa para retratar a un personaje que habita los bares y las noches de Carabanchel.

Nos referimos a esos trasnochadores de risa sonora y cerveza en mano, que han optado por desafiar la desigualdad social que atraviesa sus barrios saliéndose continuamente del tablero de juego en el que les ha tocado disputar la partida.

«Sin nada que perder, para mal o para bien», huyendo lo más posible del trabajo asalariado y de todo lo que suene a explotación. Rebeldes con causa y «locos por incordiar», trayectorias que se salen por la tangente, «siendo un poco impertinentes y cayendo un poco mal», para reírse del mundo como modo de rechazo del orden social. Vidas sin ataduras, que vuelan «por encima de la realidad, donde todo sobra y no se necesita más que ser el dueño sin mirar atrás. Sin condiciones a su libertad, haciendo cuanto se quiere con facilidad y sin saberse callar».

Las letras de Rosendo se pueblan de esas estampas. El enemigo que dispara pan de higo, navegando contracorriente desde la ironía y el descaro. Atrapado entre bloques de hormigón pero luchando por demostrar que en la vida, «ni se paga con dinero, si se vende libertad».

Una «manera de vivir» barriobajera hasta las trancas, que destila rabia y genialidad y que tantas veces ha reivindicado en la que fuera su canción más vitoreada.

Voy aprendiendo el oficio / olvidando el porvenir / me
quejo sólo de vicio
maneras de vivir. / No sé si estoy en lo cierto / lo cierto es
que estoy aquí
otros por menos se han muerto / maneras de vivir. / Des-
cuélgate del estante /
y si te quieres venir / tengo una plaza vacante / maneras
de vivir.

«¡Salud y buenos alimentos!»

Ver: Satánico y de Carabanchel, Barrionalismo, Banco, Bares.

Ruderal

(Gente) (Espacios)

Adjetivo que se aplica dentro de la botánica a la flora ligada a los espacios pervertidos por la actividad humana; en los que queda algún vestigio de tierra sin cementar que será colonizada con perseverancia por parte de estas plantas. Si hay un hueco donde crecer, se abrirán paso.

De etimología latina *rudus, ruderis* «escombros», esta palabra nos presenta un conjunto de plantas ligadas a esos ambientes incultos, donde se encuentran los desperdicios, lo que una gran parte de la sociedad considera no válido. Crecen en márgenes de caminos, en las vías abandonadas de los trenes que pasaron en algún momento por dichos lugares, en las cunetas de las carreteras que conectan los núcleos periféricos con el centro.

Sus características las hacen buenas compañeras para las dinámicas que se suelen encontrar en estos ambientes considerados decadentes. Son oportunistas, crecen vorazmente, se adaptan a los ambientes antrópicos más hostiles y se distribuyen ampliamente.

Pese a tener ciclos de vida corta, son persistentes y crean su propia resistencia, a partir de un alto banco de semillas que las permite ocupar cualquier resquicio. Por pobre en recursos que sea, enraizarán dando paso a la siguiente generación.

Este grupo de plantas silvestres, consideradas malas hierbas por el criterio humano, las encontramos a lo largo del vasto mundo (¡hasta aquí llega el poder de la globalización!), con pocas variaciones en sus composiciones.

Siempre presentes allí donde los terrenos son marginales, en los límites de las urbes, en aquello que se percibe como periférico, en las zonas de transición que encontramos entre las junglas de cristal cementado y la denominada «naturaleza». Crecer en el margen, las hace marginales, extremas y por tanto no disfrutan de los privilegios de las especies protegidas. Por ejemplo a las plantas ruderales se las tiende a eliminar por su elevado número y supuesto perjuicio; en cambio a las que están en las listas del «Conservation Club», se las preserva. La lucha de clases también se ve representada en la vida natural.

En los entornos inhóspitos, donde los suelos están nitrogenados, contienen metales pesados; donde la contaminación es patente, en los cuales la vida pudiera no tener cabida, las plantas ruderales despliegan su humilde encanto cuando llegan las primaverales lluvias.

Brotan creando una hermosa alfombra de diversos colores, digna de observar desde los autobuses, Cercanías, bicicletas y demás vehículos, que recorren las estructuras lineales que comunican los barrios de la periferia hasta las entrañas de la ciudad, donde desarrollamos una gran parte de nuestra vida diaria (el trabajo, los estudios, el ocio...).

Son muchas las plantas silvestres que pertenecen a este grupo que sobrevive entre las ruinas estériles. Principalmente destacan las compuestas (por ejemplo las margaritas, a las que se suele mutilar en la sádica infancia), leguminosas (como los tréboles supersticiosos), las gramíneas (cuyas espigas son pequeñas armas de defensa contra los perros que osan a entrar en sus espesuras) y las papaveráceas (esencialmente frágiles amapolas).

La flora ruderal devaluada e inútil en los campos económicos, permite sujetar el suelo y frenar el proceso erosivo de la actividad desarrollista. Esa alfombra vegetal recubre el suelo, fija nitrógeno, acumula metales pesados, retiene agua y restaura la funcionalidad edáfica, permitiendo el asentamiento de plantas especialistas con rangos más estrechos de tolerancia a las perturbaciones. Lo ruderal es vanguardia diversa ante la adversidad.

También pueden servir como alimentos para los presupuestos más populares, como pudo ser el café de achicoria (*Chicorium intybus*). O también proporcionar sustancias ligadas a la marginalidad de una época, como puede ser la dormidera heroína (*Papaver somniferum*).

Puede que lo mejor sea el mestizaje entre el efímero bermejo de la amapola (*Papaver rhoeas*) y el violeta afortunado del trébol (*Trifolium pratense*), visibles en los eriales de las afueras de la metrópoli, siendo una prueba de vida y belleza luchadora. Incluso para las pesimistas.

Ver: Insectos de barrio, Descampados, Solares.

San Isidro

(Memoria) (Símbolos)

Cuando somos pequeños nos parece que el mundo es lo que nos rodea, así que San Isidro y su verbena, su mercadillo de artesanía y coger el agua milagrosa de su fuente el 15 de mayo, parecían algo universal. Pero no, San Isidro es un barrio de Carabanchel, de Carabanchel Bajo en concreto y la pradera, hoy parque, está sólo aquí. Así que las fiestas de Madrid no están bajando de casa si vives en la otra punta de este mar de asfalto. San Isidro era un labrador y cultivaba la tierra en nuestro distrito y como buen zahorí encontraba agua, la

hacía brotar, agua que en nuestro mundo de ahora tiene que sobrevivir dentro de un plástico con tapa de rosca, en vez hacerse disfrutar fresquita desde un botijo de barro. En cuanto a los festejos de Madrid, tuvieron una época dorada donde podías ver a los grupos estrella con sólo adentrarte en un parque. Encontrar cervezas y bocatas sin la ley represora de la caseta municipal y un Madrid sin «inseguridad ciudadana» lleno de gentes con las que conectar disfrutando y recorriendo las calles. Luego se fueron cutrificando hasta convertirse en un vertedero artístico, convirtiéndose su feria de artesanía y sus puestos de berenjenas y altramuces y sus barquilleros y organilleros en un mercadillo de productos pseudochinos. Hoy tienen espacio reservado para las atracciones de la feria en la entrada menos noble del parque de San Isidro, espacio disimulado el resto del año con supuestas pistas de deporte y juegos, en un mar de asfalto sin árboles, difícil de atravesar en pleno verano. Por las noches un macrobotellón rodeado de policía y un ruido infernal para las vecinas circundantes... Necesitamos que aparezca de nuevo Labanda.

Ver: Labanda, Carabancheles.

Satánico... y de Carabanchel

(Memorias) (Estigmas) (Símbolos)

La relación de Carabanchel con el mundo de ultratumba es multifacética y, a primera vista, no compartida con otras periferias urbanas. Pero solo a primera vista.

Si bien en todas las periferias del mundo, el *heavy metal* y su apreciación de lo diabólico han tenido un impacto destacable —más en el pasado que en la actualidad, todo sea dicho—, es verdad que solo este distrito madrileño ha sido asociado directamente, al acuñarse el concepto «ser satánico y de Carabanchel».¹²

¹² Aprovechamos la ocasión para trasladar desde el barrio todo nuestro agradecimiento a la gente de *El día de la bestia* por ese reconocimiento. Las personas de Carabanchel agradecemos sinceramente que la imagen externa del barrio —y por tanto, nuestra imagen misma— deje de estar asociada exclusivamente a la cárcel y otras instituciones represoras, pasadas o presentes (ver Santa Rita, Cárcel de Carabanchel, CIE de Aluche), y pase a estarlo a heavy-metaleros militantes (*El día de la bestia*) o tener como único defecto no tener playa (*Manolito Gafotas*). Gracias también a

¿Tendría en la mente Álex de la Iglesia los cementerios de Carabanchel cuando escribía el guión de la película? Desde luego, pocos distritos se pueden vanagloriar / lamentar, de tener siete cementerios dentro de sus límites, amén de un par de tanatorios. Con la decisión política, en el siglo XIX poco más o menos, de trasladar los cementerios a los arrabales de las ciudades, se potenció la tendencia por la que en la periferia se instala lo que en el centro no se quiere ver / tener cerca. Y eso lo compartimos con el resto de periferias, porque en Carabanchel serán cementerios, pero en otras partes del extrarradio son industrias contaminantes, sanatorios mentales, incineradoras de residuos o basureros.

Pero el vínculo de Carabanchel con el más allá no es cosa del pasado. En 2014 los kikos¹³ querían instalar una cripta en el barrio de Opañel. Parece que no tienen suficiente con tener una iglesia, en parte financiada por el vecindario y en suelo público, conseguida bajo la promesa de que también se desarrollarían equipamientos sociales. Quieren que el terreno circundante sea convertido en una cripta para kikos ilustres y, de paso, construir un aparcamiento subterráneo con el que ganarse un dinerillo. Y no será la cripta y su aparcamiento, pero el resto sí lo compartimos con las demás periferias: la expropiación de recursos comunes para el beneficio privado en lugar de su utilización para el disfrute de la gente.¹⁴

En tanto receptoras de lo que el centro no quiere ver y en lo que se refiere a la expropiación de lo común para beneficio privado, todas las periferias son «satánicas y de Carabanchel». O lo que es lo mismo, la gente de Carabanchel somos satánicas y periféricas.

Con tal panorama diabólico en el barrio, no es de extrañar que en el carismático y carabanchelero Bar Río tengan una necroloto.

Ver: Estigma, Miedo.

Elvira Lindo, por supuesto: ¡nos encantan estos personajes tan periféricos! (ver Barrionalismo).

¹³ Los kikos son los miembros del cristiano y conservador Camino Neocatecumenal.

¹⁴ Pero el barrio de Opañel ha dicho no. Que no quiere una cripta en un terreno que siempre les habían prometido que albergaría «servicios sociales», pero que el Ayuntamiento ha permutado por vete tú a saber qué. En ausencia de unos poderes públicos que defiendan a la gente, la autoorganización de los barrios contra la expropiación de lo común parece que es el camino.

Segregación escolar

(Diversidad) (Estigmas) (Gente)

Acción y efecto de utilizar diferentes estrategias para separar y diferenciar centros educativos según la clase social, etnia y/o procedencia nacional, entre otros aspectos, de sus estudiantes.

Al mismo tiempo, a la hora de hablar de segregación escolar es necesario también atender la que se produce dentro de los centros educativos.

1. Segregar las escuelas. La distribución de l*s estudiantes en unos centros educativos u otros viene marcada por la residencia y la titularidad de colegios e institutos. Es decir, los chicos y chicas de un barrio son los que habitan sus escuelas. Sin embargo, la titularidad de estas, pública o privada-concertada, juega también un papel fundamental en la división de los centros de enseñanza de un mismo entorno. En este sentido, dado que la situación socioeconómica y la procedencia étnico/nacional de la gente de un barrio no es homogénea,¹⁵ las clases medias autóctonas (o medias-bajas) tienden a llevar a sus hijos a los colegios concertados. Así, nos encontramos con que el estigma de «escuelas conflictivas» o «con un alumnado difícil» se ceba principalmente sobre los centros públicos de los barrios de clase trabajadora y con un alto porcentaje de alumnado inmigrante / extranjero y/o de etnia gitana.¹⁶

2. Segregar dentro de las escuelas. Los centros de enseñanza se ven día a día afectados directamente por los discursos en torno a un «nivel académico» que se presenta, por las autoridades educativas, como neutro. Su mantenimiento o alcance conlleva que las escuelas se apoyen en diferentes estrategias contempladas en las normativas. De esta manera, los muros de algunas escuelas acogen diferentes programas, como el de Cualificación Profesional Inicial, Aulas de Enlace, Diversificación

¹⁵ Aunque es más uniforme que entre distritos. A este respecto ver «El mapa de la desigualdad en Madrid», *Diagonal*, 24 de noviembre de 2014, disponible en <https://www.diagonalperiodico.net/global/24735-mapa-la-desigualdad-madrid.html>.

¹⁶ Al mismo tiempo, esta afirmación tendría matices, ya que hay algunos colegios e institutos públicos de barrios obreros que siempre han gozado de prestigio entre sus vecinos/as.

Curricular o Compensatoria, o la llamada «separación por niveles». La existencia de estas medidas y la lógica que las rige es que el centro escolar va distribuyendo a sus estudiantes en función del mencionado nivel en distintas aulas o programas, pero los separa de las clases ordinarias, homogeneiza la diversidad, dificulta el desarrollo de estrategias colaborativas en las primeras y determina, en parte, la trayectoria académica posterior y el acceso al mercado laboral de l*s chic*s. Estos grupos y dispositivos son definidos como una manera de atender las necesidades de cada estudiante. Sin embargo, actúan como mecanismos de segregación intra-escolar. Los centros educativos de nuestros barrios pueden contar con este tipo de programas o grupos que separan a los estudiantes, viendo en ellos una manera de superar las embestidas del famoso nivel. Pero integrar segregando impide construir aprendizajes y escuelas más comunitarias, justas, interculturales y creadas a partir de los saberes que tod*s podemos aportar.

Ver: Trabajo social e intervención social, Redes.

Selva del duro

(Economía)

Locución nominal que sintetiza dos imágenes opuestas: la unidad popular monetaria de la antigua peseta —*civitatatis prima ordinatio in Hispania*— y el espacio más fecundo y virginal de la naturaleza. Por lo que apurando la metáfora vendría a inspirar, en representación mental interna, algo así como la ordenación primera sobre todo aquello que pudiera quedar de inocente y creativo por debajo de la gente: no fuera a ocurrir algo que ni estuviera previsto ni mandado por la ley del Señor. Dice la copla: «Imprevista es la vida de verdá, / la prevista, ni es vida ni es ná». Y es que el miedo al supuesto caos de lo vital espontáneo no-ordenado (no testimoniado históricamente hasta el momento), ha de prevenirse con un caos aún mayor, y este sí que más que constatado, que como regulador isométrico de todos los impulsos humanos conduzca a estos a desembocar continuamente en el mismo orden que se impone desde arriba. De tal modo que cada *quisque* haga con su santa voluntad y revolucionaria libertad, lo que Dios ya había mandado de antemano.

Selva del duro, pues, viene a simbolizar por metáfora vertical la expansión o extrapolación gradual o total de los hábitos,

conductas, intereses, objetivos y modelos de vida de la clase dirigente del *ultraliberalismotecnodemocrático* rampante a todas las capas sociales inferiores. Por metáfora horizontal, sería la exportación de la lasciva y feroz competitividad de los ejecutivos agresivos de los rascacielos del centro urbano, o de cualquier *yonky de dinero* derivado de la casta financiera o política, a los hábitos y aspiraciones de las poblaciones de periferia, como si la gente no tuviera otra cosa a la que dedicarse que a amontonar cifras. Pongamos otro caso evidente. Los transportes que más cómoda y eficientemente dinamizan la movilidad de la gente, y de los que más necesidad tiene, son aquellos que viniendo más a mano, y que durante el trayecto va cada cual aprovechando ese tiempo para leer un libro, hablar con cualquiera o mirar el paisaje o el paisanaje, le dejan a uno en el lugar requerido olvidándose inmediatamente del medio nada más apearse de él; véase metro, tranvía, tren de cercanías o tren regional que haga parada en pueblos alejados o periféricos. Al final, la *Selva del duro* ha impuesto el automóvil individual o el AVE porque siendo uno chófer de sí mismo o pasajero exprés, lo esencial ya no es el viaje en sí, sino el fin, la meta, llegar cuanto antes por cada vez más vertiginosas vías y autovías ultrasónicas. Tiempo es dinero. Tiempo contable y contado: tiempo muerto. Identidad personal reificada. Yo.

Selva del duro también nos puede servir como denominación de una etapa vital-histórica. Por debajo de la Historia muerta que gusanea en los anaqueles de bibliotecas y universidades, palpita la memoria viva del pueblo, (léase Memoria histórica en este Diccionario de las Periferias). Tras las bruñidas, ostentosas e incontestables etiquetas de *Guerra Civil*, *Dictadura*, *Democracia*, *Mejor periodo de la Historia Contemporánea de España*, lo común por abajo recuerda vivamente *Lucha a muerte de clases*, *Terrorismo de Estado Tradicional y Católico*, el cual, sin otra salida, se vende al *Progreso Progresado del Capital*, que a su vez se sofistica y perfecciona en *Democracia* y remata su evolución en la cima de la *Selva tecnodemocrática del duro*. Correspondería esta última etapa a la coacción socio-nacional que se ejerce sobre la población, como requisito *sine qua non* del desarrollismo postindustrial que simbolizaron la entrada en la Unión Europea y la OTAN, y en 1992, las Olimpiadas de Barcelona y la Expo de Sevilla, pasando por Madrid para concluir en la frenética y caótica *Selva del euro* de la actualidad. Desastre sociohistórico evidente.

Con ello, lo que todavía palpitaba por debajo de alegría popular, creación colectiva, vida pública y fiesta de barrio o

pueblo, identificación de tribu, barriada o movida, que aún bullía hasta finales de los ochenta, se transformó en la implantación de un régimen basado en la producción y consumo alienantes de necesidades superfluas, donde el interés personal y la competitividad más atroz regulan el engranaje del mecanismo como correa de transmisión hasta sus últimas poleas. De ahí que hasta el que quisiera pasar humildemente desapercibido conformándose con ir tirando en el pago del alquiler, la luz, el agua, el gas, el Abono Transporte y la cuenta del Lidl se viera arrollado por la dinámica de la *Selva del duro* y terminara siendo una correa más del colosal engranaje. Extrapoléase también a cualquier partido político, sindicato o asociación organizada. La idiocia particular del ejecutivo agresivo y el interés individual y personal quedan garantizados individuo a individuo sobre el aplastamiento de la evolución y revolución de lo que a cada uno aún le quedase por debajo de vida común, de pueblo. Y a esto es a lo que llaman *Democracia desarrollada del Progreso progresado*, lo cual no tiene ni mejoramiento ni perfeccionamiento idealizado que se sueñe, ni puede ser más real de lo que ya es. No tiene mayor culminación que esta que vemos cada día, ni puede haber mayor Democracia posible que la que padecemos cotidianamente.

Sin embargo, no supone esto ningún tipo de nihilismo con el que cruzarse indignadamente de brazos. Es sólo un mecanismo del Señor, y como todo artificio humano, un producto con su fecha de caducidad histórica. ¿O no lo estáis ya sintiendo? En tanto que la alegría común, la imaginación de la gente y las posibilidades sigan siendo facultades abiertas al infinito, queda todo el infinito por seguir haciendo, creando y disfrutando.

Ver: Economía de las afueras, los márgenes y las perferias, Común.

Sin papeles

(Diversidad)

Un sin papeles es una persona que vive en un lugar donde no lo han permitido conseguirlos por decisión de un gobierno, basándose sobre una ley, según ellos.

La palabra sin papales ya lo dice todo, porque sin documento estás en una situación donde el miedo genera inestabilidad general. El miedo de salir a la calle para no ser

deportado. Cada día que sales de tu casa, la primera pregunta es como conseguirás en volver a casa. Piensas que hay posibilidad de caer en mano de la policía de inmigración. Entonces tienes un miedo permanente. No sabes por donde ir para evitar que te controlen.

Un sin papeles está siempre en una situación de extrema vulnerabilidad en todos los sentidos. No puedes pasear con libertad total, no puedes trabajar como deseas, y cuando estás enfermo, tienes miedo de acudir en el médico para no exponerte a la denuncias. A veces tiene miedo de dar su verdadera identidad y dirección de su casa para evitar a que le persiguen un día.

La vida de un sin papeles es una vida de opresión y de explotación porque cuando estás en una situación como esta, los dueños aprovechan de ti para sacar beneficios de su negocio... Aceptas condiciones que no son humanas porque sin eso no vives. El ejemplo mas visible es de los trabajadores domésticos. El que está sin papeles es el que se calla siempre por miedo de ser denunciado. Está como un animal en jaula. Tienes como una cárcel ancha dentro del país, porque ni puedes salir ni cruzar otras fronteras ni puedes volver a tu país por miedo de que este regreso aunque sea posible no tiene vuelta segura.

Un sin papeles es el que no puede compartir junto a su familia la alegría o la tristeza. Lo vives todo en solitario, lejos del calor de tus seres queridos

El que se expone a algunas agresiones sin defensa. La gente te consideran como un sin cultura. No tienes estabilidad ni referencia. Estás muy limitado: cuando no sabes el idioma peor, estás expuesto a que nadie te respete ni te escuche.

La vida de un sin papeles está en el aire entre tu casa o en los calabozos. Los sin papeles están obligados a arriesgar su vida en busca de una vida mejor y cambiar las condiciones de la inestabilidad para poder esperar conseguir su sueño.

Ver: Redadas racistas, Policía.

Sociedad participativa

(Gente)

El Estado de Bienestar ha muerto, viva la Sociedad Participativa.

Con estas palabras comenzaba su discurso anual el rey Guillermo Alejandro de Holanda, allá en el año 2013.

Ya no existe más esa cosa llamada *Sociedad*. Lo que llamamos sociedad, esa especie de naturaleza que nos constituye y de la que al mismo tiempo formamos parte ha muerto, no está, o no se la espera; más bien podríamos decir que se encuentra sepultada por una máquina autónoma regida por la *lógica de la competencia*, por la *lógica de mercado* que constituye todas y cada una de las esferas de nuestra vida. *Sociedad es igual a Gran Corporación* en la que si tenemos dinero podemos acceder a numerosos *recursos* que nos ofrece el mercado y si no, siempre podemos sumergirnos en la otra economía, la de la cara B, la de la *precariedad*. Ahora eso sí, corriendo el *riesgo* de quedarnos fuera, caminando solos y deambulando por los márgenes que nos conducen a la *exclusión* o lo que es lo mismo, a *la muerte en vida*.

Podemos *elegir* entre ir a un colegio público, privado o concertado. Somos libres de pagar por ir a la universidad o realizar un máster y, si no podemos, siempre nos quedará la opción de *endeudarnos* para realizarlo y/o *realizarse*. El *riesgo* ahora lo asume una misma. Podemos *asegurar* parte de nuestro dinero hoy, para asegurarnos tener algo de dinero mañana, nunca se sabe si las pensiones seguirán existiendo o si serán sólo una reminiscencia del pasado. Podemos acceder al sistema sanitario, eso sí, previamente tendremos que haber nos incorporado al mercado laboral. ¡¡Atención!! Ya no somos un trabajador, ahora somos *un empresario*. Sí, has leído bien, *empresario de uno mismo*, con grandes ideas y múltiples *proyectos* que en ocasiones podremos realizar junto a otras que están en nuestra misma situación. *Invertiremos* en nosotras mismas, porque ya no somos un trabajador, ahora somos como una empresa, así nos concebimos y por eso nos formaremos continuamente hasta el final de nuestros días, pondremos nuestras relaciones y capacidades a trabajar, para ser más *eficaces*, para llevar nuestros *proyectos* a buen puerto. Nos *evaluarán* en el trabajo y también tendremos que *rendir cuentas*, ya que ahora todas participamos del mismo viaje, pero al mismo tiempo se nos exigirá *participar* en la *evaluación* de nuestros compañeros y de nosotros mismos.

Participar, ese otro vocablo con el cual se enmascara nuestra indirecta obligación de *gestionar* aquellas esferas de la vida de las cuáles el mercado no se ocupa y el Estado se retira, puesto que ya no son rentables y de las cuales no tiene por qué

asumir responsabilidad. Desde que naces hasta la tumba, del hospital al cementerio tendremos que gestionar junto a otras el cuidado y crianza de nuestras peques, al mismo tiempo tendremos que encontrarnos con otras personas, para el cuidado de nuestros mayores. Ya no somos un trabajador, somos empresarios, así que más nos vale tener una buena red por si nuestros *proyectos* fracasan. Sin embargo, es precisamente ese saber *gestionar*, cuidar, hacer *red*, poner nuestras *relaciones y capacidades* a trabajar para sacar nuestras vidas adelante, lo que nos permite poner sobre el tapete esa *ambivalencia* de un término como el de Participar, que junto con las experiencias vividas en estos últimos años nos muestra que es mediante éste término que podemos cambiar las *reglas del juego*.

No regirnos, o ya no sólo, por la lógica de la competencia sino por aquella que ponga la *vida o una vida que merezca la pena ser vivida* en el centro. *Compartir y decidir* junto a otros que están en nuestra misma situación generando al mismo tiempo espacios y momentos de *comunidad*. No tener que afrontar los riesgos nunca más solas, sino siempre al calor del *apoyo* de las otras que nos acompañan en ese camino. *Participar* es así también regenerar esos *lazos* que nos *vinculan* a otros, tomar decisiones sobre aquellos *recursos* que son importantes para nosotros, no competir por acceder a los mismos sino más bien *cooperar*, no actuar como empresarios sino más bien como *artesanos*, democratizando al mismo tiempo espacios e instituciones que hasta hace bien poco nos parecían muy alejadas de nuestra realidad cotidiana, para así, poco a poco y desde abajo, volver a restituir el término *Sociedad* a ese lugar que nunca debió abandonar.

Participar, en definitiva, para que juntas, colectivamente, decidamos qué tipos de vida queremos vivir y qué medios utilizaremos para conseguirlo.

Ver: Neoliberalismo.

Solar

(Espacios)

S., porción de terreno donde se ha edificado o que se destina a edificar en él. V., cubrir un suelo con baldosas, ladrillos u otras piezas. Adj., relacionado con el Sol. En los dos primeros

casos es del latín *solum* (suelo) y en el último de *solaris*: a pesar de la bonita coincidencia, aquí nos referimos a ese terreno destinado a la edificación que, sin embargo, admite diversas interpretaciones dependiendo de la perspectiva desde la que se mira. Así entre planificadores municipales, constructores y especuladores de suelo, el solar son metros cuadrados con una equivalencia en euros y que se puede multiplicar hasta donde la legislación municipal permita. Hay quien ni siquiera ve el terreno sin edificar, solo lo que, cegado, prevé obtener de él. En ese sentido, es la base sobre la que se construyen edificios que nada o poco tienen que ver con su uso, sino más bien con el negocio sobre el suelo y el deseo desmedido por acumular riquezas por parte de unos pocos. Ese espacio es moneda de cambio de las corruptelas locales y fuente de enriquecimiento y especulación de gentes que, dejando pasar el tiempo, pretenden revalorizar ese suelo o lo que hayan edificado sobre él. Mientras tanto, la vida sigue y la presencia de un solar que ha sobrevivido a una rápida edificación (hay solares que no da ni tiempo a llamarlos así) adquiere numerosas y variadas significaciones.

Hay terrenos que se acostaron siendo rústicos y se despertaron siendo solares. En algunos extremos de las periferias, todo el territorio fue un gran solar sobre el que se edificaron nuevas viviendas en un lapso más o menos corto. En otros lugares, aparecen como huecos diseminados entre edificios de diversa factura y antigüedad. También las casas bajas, chabolas —que se derriban y sin embargo contienen vidas e historias— fabrican solares cuando desaparecen en espera de lo que vendrá. Para algunos son marcas lineales en un plano, para otros lugares con ladrillos abandonados, matojos y solanera.

Hay solares que, con el tiempo, quedaron insertados en el paisaje del barrio, emparentando con los *descampados*. Eternos lugares en los que nunca parecía que se iba a edificar nada, quedaron marcados por las líneas de las sendas más habituales de los paseantes, que siempre buscan el camino más corto. Quizá un árbol consiguió prosperar y en primavera se llenan de las flores silvestres que se agostan en verano. En algunas épocas se convirtieron en espacios proscritos y de peligroso acceso, donde los miedos se vertían en torno a los camellos o los yonquis de la zona. Otras veces, simplemente se transformaron en basureros de cercanía, el lugar donde soltar los escombros, pasear al perro o abandonar una batería de

coche. Si algún día comienza una obra, se vallan y se rodean de jubilados que observan y comentan los movimientos de las primeras máquinas. Hoy en día, sin embargo, nada de eso es garantía de finalización y numerosos solares permanecen medio vallados, a medio empezar o a medio terminar, ofreciendo profundos agujeros en el suelo, o esqueletos de edificaciones de futuro incierto. En medio de la crisis, ese estado transitorio permanecerá así de forma continua, pero ya no se podrá pasar por ahí.

Desde otra perspectiva, los solares son lugares para la reapropiación: un lugar de encuentro para los vecinos, un huerto urbano donde planificar, trabajar y repartir, o simplemente un espacio reconvertido para el juego. Estos lugares siempre tienen un dueño, que suele ser una persona desconocida o una entidad inabarcable y depredadora, de los que poco o nada sabemos y que poco o nada saben de las vidas en el barrio. A pesar de ellos, la vida sigue y hay gentes comunes que resisten los embates mercantilistas del suelo, proponen otras formas de estar y vivir en el barrio y a veces de manera imperceptible, van reconstruyendo territorios desde el nivel de la vida cotidiana, contestando y oponiéndose a la voracidad multiplicadora de los especuladores.

Ver: Descampados, Huerto urbano.

Sonido Caño Roto

(Memorias) (Estigmas) (Símbolos)

El flamenco más rumboso se cruza, allá por el final de los años setenta, con la batería, contrabajo y guitarra eléctrica del rock progresivo para crear el nuevo sonido de las barriadas periféricas. En Madrid, algunos arrabales parten con ventaja: El Pozo, La Ventilla, Villaverde, los territorios de chabolas y poblados de absorción, donde destaca, en torno a la vía Carpetana, el barrio de Caño Roto, que da nombre al sonido. Sonido que llena el aire en el barrio. Los Chorbos, Manzanita con ellos. Otros muchos después que se van a deslizar entre las cintas de cassette, los loros que suenan en la piscina, en el coche, abajo en la calle, en el bar o en la bodega. Cintas que se venden y copian a miles. Amores imposibles, talego, droga, escapadas y sueños. Novias en las fiestas del barrio, cacharritos y tiro al plato.

Mientras tanto, para los bien pensantes, el sonido caño roto es un calificativo más, entre despectivo y simpático de la música vulgar y simple a la que se mira por encima del hombro y se desprecia educadamente (por sus letras, sus ritmos machacones, su reiteración y la estética calorra que lo envuelve). Son esos mismos los que, pasados 30 o 40 años, lo recuperan como reliquia del pasado con la que intentan hacerse una idea de la banda sonora de la calle de los crudos ochenta. Son esos los que luego siguieron mirando por encima del hombro a Camela y las vidas en las periferias, que continúa con su sonido ambiente...

Ver. Barrionalismo, El Guille, El Ñañas

Telefonillo

(Vivienda) (Fronteras)

A la vez que desaparecían los serenos, llegó con la inseguridad ciudadana y con aires de modernidad. Tener portero automático era ¡súper! Para la chavalería un juego bien divertido era ir haciendo toca timbres, hasta hoy. Por si fuera poco este control previo de acceso en casa, además en la puerta de entrada a la vivienda, ya no estaba indicada cualquier cerradura. Ahora era necesario poner el FAC y la cadena, si todavía no los tenías. Pero en cuestiones de seguridad... nada era suficiente. ¿Y si no estabas dentro cuando llegaran? Tenías que blindarte la puerta. No hacía falta cambiarla, solo forrarla de acero y endosarle nuevas cerraduras, con varios puntos de ajuste y llaves especiales y más caras. A todo esto los porteros automáticos se iban renovando y los había con cámara. Además de oír podías ver quién llegaba a la puerta del portal. No todos los vecinos tenían posibilidad de comprobación visual desde la ventana ¡Qué sufrimiento que la comunidad no quisiera invertir en uno de estos! ¡Cuántas horas inútiles de reuniones entre los vecinos para discutir sobre la conveniencia de ponerlo o no y de cómo distribuir el exiguo presupuesto! La seguridad se extendió a las nuevas construcciones. Era importante tener portero físico, no sólo automático y también guarda jurado. Por supuesto cámaras de videovigilancia en la finca y por si fuera poco un sistema de alarmas con vigilancia remota en el propio domicilio. Subir del garaje (cuidado al bajar del coche no se haya colado alguien antes, con ese vecino que no espera a que se haya cerrado la puerta automática). ¡Uy! que no se me olvide

cambiarle las pilas. Pues eso, subir por el ascensor y sacar el mando para quitar las claves y atravesar los rayos infrarrojos ya desconectados, todo un espectáculo. ¡Cómo para tener amigos y visitas! Mejor quedamos en el centro comercial que luego todo el mundo se queda con la copla y a saber, que el mundo da muchas vueltas... ¡O que te dejen las llaves para ir a regar!

Nuevos inventos para ensanchar la brecha digital, para destruir las relaciones sociales. ¡A mis padres ya no les puedo traer a mi casa, con tanto mando a distancia parece que se quedan en una nave espacial! La vuelta de tuerca final es cuando ya la familia lo desconecta todo porque se va a otro lugar más seguro, de más estatus y con más medidas de seguridad (si ello es posible) y tapia la casa para que no entre nadie, nunca más, hasta que la especulación de una oportunidad al recinto. Lo que no piensan es que más que impedir el acceso se van construyendo su propio encierro. ¡No relatan demasiadas desapariciones en la telebasura! Warning okupas, a lo mejor no sólo liberáis un espacio sino también los restos mortales de un héroe de la seguridad ciudadana, enterrado cual Tutankamon del siglo XXI.

Trabajo social e intervención social

(Gente) (Estigmas)

Tod*s hacemos intervención social: intervenimos la realidad social reproduciendo lo que ya existía e introduciendo algunas novedades. Es lo que se viene llamando «vivir».

Hay algun*s que hacen esa intervención social de forma intencional: elaborando estrategias para intervenir en la realidad social, reproduciendo lo que ya existía o introduciendo algunas novedades. Eso es lo que se viene llamando «política».

De estos últimos que hacen intervención social intencional, algun*s lo hacen en colectivo, desde abajo y orientados por un sentido de justicia social (de raíces cristianas, comunistas, anarquistas o marcianas), por ejemplo en un barrio. Lo hacen reproduciendo lo que ya existía o introduciendo algunas novedades. A esto se le viene llamando «movimiento social y/o vecinal».

Pero además, entre quienes hacen intervención social intencional, hay otr*s que lo hacen de un modo profesional, bien

por vocación «experta», bien por «buscarse las habichuelas», bien por derivas no calculadas de quienes hacen «movimiento social y/o vecinal». Es lo que se viene llamando «Trabajo Social» (en mayúsculas, que trabajo social hacemos tod*s, y en genérico, porque puede cobrar forma de educador/a, mediador/a, psicólog*, sociólog*...).

En los barrios conviven todos los tipos de intervención social —no intencional, intencional política, intencional profesional—, con distinta intensidad, y diferentes potencialidades y contradicciones en su interior. Sin embargo hay una, la intervención social profesional, que ha ido cobrando peso en las últimas décadas, conforme nos sumergimos más y más en una sociedad donde los «expertos» ocupan un lugar central en muy distintos ámbitos de la vida. Como materializando en la realidad las irónicas palabras de Laurie Anderson, en esa maravillosa performance en la que afirmaba que «solo un experto puede ver que hay un problema / por tanto solo un experto puede resolver el problema». Esa intervención social (desarrollada en despachos institucionales, parroquias, pero también en la calle, o en pequeñas asociaciones) es, sin duda, la más visible de todas, referencia para l*s periféric*s que peor lo están pasando, nicho de empleo para muchos compas comprometid*s en la batalla de hacer compatible sus deseos de transformación con el mundo del trabajo, y, sin duda también, quizá la intervención social atravesada por más y más complejas tensiones.

Como tal, el Trabajo Social tiene tres orígenes:

1. Las prácticas asistenciales de los dispositivos eclesiásticos que, basadas en códigos paternalistas y caritativos, a través de pequeñas ayudas, buscaban mitigar puntualmente situaciones más extremas a la par que se iniciaba un trabajo sobre el alma de l*s barriobajer*s, cual pastores que conducen a sus ovejas descarriadas por el «buen camino». Lo arraigado de estas prácticas se hace palpable en la crisis, donde las colas en las puertas de las parroquias, los días de reparto de alimentos o de primera acogida se han convertido en una de las estampas más repetidas.
2. Las prácticas de control de los dispositivos estatales de Servicios Sociales que, desde la Transición buscan también la adaptación de l*s barriobajer*s a las normas y comportamientos, no ya de una moral concreta, sino de los definidos como propios del «buen ciudadano en un Estado Social y Democrático de

Derecho». Operan mediante una leve atenuación de la miseria material, que conlleva como contraparte un «seguimiento intensivo de la situación». Estos Servicios Sociales, hoy en transformación, van dejando cada vez más de lado su parte dura y disciplinaria, a la par que intentan sobrevivir ante el desborde de la demanda de asistencia.

3. La institucionalización de prácticas de intervención en la calle que pequeñas asociaciones y movimientos cristianos realizaban en los barrios y que, en los años ochenta, cristaliza en el surgimiento del llamado Tercer Sector. Coincidiendo con el desmantelamiento y descentralización del Estado del Bienestar con el recorte de las partidas sociales del gasto público y la introducción paulatina de formas de gestión público-privada dominadas por criterios de rentabilidad económica y sobre las reglas del juego de la economía en red, en esos años empiezan a formalizarse cooperativas, fundaciones y ONGs que proponen intervenir en la sociedad para minimizar los efectos negativos que el sistema productivo sigue generando. Con el cambio de siglo, la época de bonanza económica y la consolidación de nuevas formas de gobierno, esta forma de intervención sufrió una fugaz inflación —que se esfumó con la llegada de la crisis—, aprovechada por muchas empresas para acceder al reparto de subvenciones y contratos desde una lógica de puro beneficio y entrando en competencia directa con el resto de asociaciones y cooperativas.

Hoy en día, el Trabajo Social institucional, el que hacen desde arriba las instituciones privadas (empresas, fundaciones) y públicas (servicios sociales) se inscribe cada vez más en una «lógica de gobierno neoliberal». Esta lógica organiza la sociedad para el mercado y a la manera del mercado. El mercado se convierte en el lugar de verificación que determina qué vale y qué no. Y, como en el mercado, la competencia (entre individuos, entre entidades, entre colectivos...) se convierte en el principio rector de la sociedad, en la garantía de su éxito y progreso, aún a costa de generar enormes desigualdades sociales. Estas desigualdades son, bajo la lógica de gobierno neoliberal, no un problema a resolver, sino tan solo un riesgo a gestionar, a contener, para garantizar el normal orden de la sociedad. Esta lógica de competencia y mercado supone la progresiva transferencia de responsabilidad a los individuos (convertidos en pequeñas empresas que deben gestionar como tal sus vidas) acerca de su situación, por parte de los dispositivos eclesíásticos, estatales y empresariales. Estos,

a su vez, se encargan cada vez más de monitorizar los riesgos que encarnan y de atender las emergencias que afectan a l*s barriobajer*s con el fin de que no se desborde el orden de la ciudad. Esta responsabilidad individual y familiar es la que explicaría el fracaso de l*s barriobajer*s y, por qué no, su éxito en caso de que decidiesen aprender «habilidades sociales» y se convirtieran en personas «activas», «empoderadas» e incluso «emprendedoras». Todas estas instituciones, así como sus trabajador*s sociales, cada vez se ven más afectadas —quieran o no— por la lógica de gobierno consistente en la transferencia de autocontrol a los más desposeídos.

Este autocontrol se ejerce principalmente a través del carácter escaso y competitivo de los recursos —que lleva a algun*s pobres a descalificar a otr*s como medio de consecución de una pequeña ayuda—, pero también a través de la educación del propio cuerpo, del propio habla y de los propios comportamientos con el fin de alcanzar algún grado de «empleabilidad». Así, las clases populares que acuden a los dispositivos de servicios sociales porque van a ser desahuciadas, porque llevan meses en paro, porque han perdido la sanidad, las becas —es decir, porque no tienen derechos—, reciben en el mejor de los casos una valoración de riesgo, una ayuda para cubrir la emergencia, un seguimiento profesional y una formación para hacer búsqueda «activa» de empleo y otras «actividades» varias que les conduzcan «activamente» a su inclusión social.

Pero la lógica de gobierno neoliberal también afecta a la intervención social llevada a cabo por cooperativas y pequeñas asociaciones por más que sus miembros se resistan a entrar en el juego. Para sobrevivir y efectuar sus auténticos objetivos de transformación, dichas entidades deben trabajar con la administración o con grandes empresas y fundaciones y realizar las tareas exigidas de seguimiento, control y contención. Además, estas pequeñas entidades de intervención social están sujetas a los vaivenes temáticos —y por ende presupuestarios— derivados de las alarmas sociales mediáticas y las modas que van atravesando las políticas sociales (violencia de género, inmigración, barrios vulnerables, menores de riesgo, etc.). Este trabajo de apagafuegos dificulta un trabajo estratégico a largo plazo capaz de generar relaciones de confianza. Por último, la competencia entre entidades por los escasos recursos ofertados introduce una lógica productivista y la competencia como modo de relación entre ellas y entre los propios profesionales.

La intervención social así realizada —intencional, experta y neoliberal— se distancia entonces de la intervención social desde abajo propia del movimiento social y/o vecinal, aunque en muchos casos arrastre y recontextualice sus formas y sus lenguajes. Aún con todos los matices que un campo complejo, como el de la acción social, y la voluntad de much*s trabajador*s de lo social por pensar y practicar transformaciones relacionales reales, la intervención social atravesada por la lógica neoliberal se ve abocada muchas veces a fragmentar en lugar de unir, a individualizar en lugar de generar comunes, a adaptar en lugar de cuestionar la estructura social, a controlar en lugar de desbordar el orden. Es lo que se viene llamando «gobernar».

Ver: Comunes, Barriobajero, Dependencias, Institución, Comunidad.

Tragicomedia

(*Gente*)

La vida en algunos barrios no es igual que la vida en otros. Nuestros compañeros de ZuloStudios (un colectivo de raperos del barrio de Caño roto, *cfr. ZuloStudios*) lo saben bien, y por eso la definen como una tragicomedia: «La tragicomedia de la vida es que a veces pasan cosas que dices ¡madre mía! pero a la vez sonríes». Los barrios están teñidos siempre de esa conjunción tragicómica. El día a día se convierte en una tragedia que se teje a base de paro, de no tener para comprar el pan, de colas en la parroquia, del atrapamiento en un presente que no devuelve esperanzas de nada. ¿Y la comedia? «Cómo nos lo tomamos».

Algunos barrios funcionan como un imán, que atrae problemas y más problemas, que se enlazan y van tejiendo una vida llena de dificultades. Estos barrios están lejos, cuesta llegar hasta ellos y también cuesta salir. El coste de la vida te atrapa dentro. La igualdad es un chiste que enciende la rabia. Pero muchas personas que habitan en ellos se convierten en auténticos superhéroes de barrio, que con pequeñas dosis de ayuda mutua, solidaridad, alianzas, ingenio y resistencias, son capaces de conjurar la tragedia y esbozar una sonrisa hecha de dignidad y fuerza. Es quizá esta ambivalencia la que mejor define a los barrios periféricos: son lugares de cierre, de obstáculos y dureza; pero también son esos espacios donde, como

dijo el poeta, «crece lo que salva»: espacios de posibilidad donde suceden «otras cosas», capaces de desafiar todo aquello que nos duele.

Ver: Movilidad social / salir de la periferia.

Tranvía

(Memorias) (Símbolos)

Absorbido por el concepto Metro ligero, nos lo presentan renacido en la periferia oeste de Madrid. Según las estadísticas, sus parientes lejanos circularon 101 años y 1 día, desde su inauguración el 31 de mayo de 1871. Hacía sólo tres días antes que comenzó el exterminio de unos 50.000 ciudadanos de la Comuna en París. El primer tranvía que circuló usaba «tracción de sangre» (iba tirado por mulas) y se consideraba un progreso para el transporte en la ciudad. La sangre derramada de los Comunards será siempre una tracción de sangre hacia el progreso, hacia el autogobierno participativo y asambleario de la humanidad. La mente hace sus asociaciones.

Los tranvías que no hemos conocido circulando, son parte de nuestros sueños de futuro, de progreso, que no de desarrollo, para la ciudad: transportes más limpios, más integrados, más agradables. Y en ese futuro imaginado la sociedad y su organización son radicalmente diferentes.

Soy un tranvía, leré
que alegre busco, leré
llegar temprano, leré,
al mar soñado, leré.
Y yo persigo, leré
vivir mi vida, leré
olvidar el curro, leré,
porque me aburro, leré....

Del cuento «En busca de un sueño».

El segundo tranvía de Madrid se puso en servicio en 1877 entre la Plaza Mayor y el Puente de Toledo, más adelante el trayecto era solo una parte de un itinerario más largo que circulaba por los Carabancheles. Desde 1898 hasta 1906 convivieron las mulas con la tracción eléctrica, que acabó

imponiéndose. Pasado el Puente de Toledo subía por General Ricardos con los números 24 ó 47 y había cocheras en Matederos y Buenavista. La Guerra civil interrumpió el servicio en la orilla derecha del río. Después fueron desapareciendo lentamente según irrumpieron con un trazado más amplio los autobuses y el metro. Más tarde el coche privado. Se suspendió el servicio el 1 de junio de 1972. Un día después Andreas Baader, Jan-Carl Raspe, Holger Meins y algunos otros miembros de la Fracción del Ejército Rojo (Rote Armee Fraktion, o RAF), también conocida como la banda Baader-Meinhof fueron arrestados después de un tiroteo.

El metro ligero se inaugura en Madrid en el 2007 mientras se reúne la Comisión Sexta del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas. El 27 de julio coincidiendo con la apertura de la Línea 2 se condenaba a Ranglai Mro líder jumma de las Chittagong Hill Tracts en Bangladesh a 17 años de cárcel, tras protestar contra la expulsión de su gente de sus tierras (única fuente para su supervivencia), debido a que se quería edificar un centro de adiestramiento militar en ellas. En los Acuerdos de Paz de 1997 el gobierno provisional de Bangladesh les había reconocido sus derechos sobre dichas tierras, mientras se inauguraba la Línea de tranvías T2 de París y se vivía el Otoño Alemán con la Rote Armee Fraktion en plena actividad....

En 2010 se produce la huelga de los trabajadores del tranvía en Barcelona. En Carabanchel empieza el proyecto Vaciador 34. «Vaciador es un proyecto de creación, producción y vida colectivas. Producción material e inmaterial. Producción de producción desde las grietas abiertas en la superficie del capital. Producción de las condiciones que lo hagan reventar». En 201... nuevos trazados de tranvía y un nuevo modelo social son ya una realidad (?).

Según el psicoanálisis, los sueños en los que aparece un tranvía son señal de que se tendrá un progreso lento pero regular en la carrera. Es un sueño de advertencia en el sentido de que las perspectivas limitadas deberían llevar a la reflexión. Es una señal de que los cambios podrían ser provechosos, según las características del momento y las circunstancias del viaje visto en sueños.

Los sueños en donde nos vemos viajando en un tranvía o en un tren simbolizan los procesos en nuestra vida, pueden ser reflejo de nuestros deseos de realizar un cambio, explorar

nuevos horizontes: Un tranvía llamado Deseo, La ilusión viaja en Tranvía, Tranvía a la Malvarrosa... También Leño nos invitaba a subir a su tren azul, pero este era otro tipo de viaje.

Ver: Línea gris, Bares.

Trapicheo

(Economía)

Dice el diccionario oficial que es *negociar comprando o vendiendo mercancías al por menor, especialmente si es de forma ilegal*. Y que viene del *trapiche*, un molino para exprimir caña de azúcar y otros vegetales. Y ya.

Pero todos sabemos que esto solo es un pequeño detalle, una definición para salir al paso, para subrayar el lado oscuro. Unas pocas palabras parecen definir esta actividad, a la vez que ocultan toda su complejidad. Porque estamos hablando de todo un micro sistema económico, ciertamente de menudeo, pequeñas cantidades de productos que muchas veces provienen de actividades ilegales o al borde de lo ilícito, que se compran y se venden en la calle y en sus más inmediatas extensiones. Economía de esquina, de rincón o de banco, acompañada con mínimas gestualidades y palabras las justas, requiere pues de una familiaridad, discrecionalidad, un conocimiento previo de los códigos y cierta garantía de silencio y prudencia.

La versión oficial dice que es una actividad peligrosa, que nadie quiere trapicheos en su barrio y que está asociada a la venta de droga y de objetos robados. Si lo ves, dicen, tienes que denunciarlo a la policía. En ese barrio hay mucho trapicheo. Esa gente se dedica a eso y luego vienen a pedir a servicios sociales. Lo ves en la tele. Lo dicen las autoridades, que colocan este menudeo entre sus grandes objetivos policiales.

Sin embargo no ha sido «la droga» quien trae o inventa este sistema local de negocios, que le preexiste. Sencillamente se incorpora al mismo. Nadie parece reparar en que estas modalidades de economía informal están siempre asociadas a condiciones de vida duras, que deben manejar la escasez de la mejor manera posible, aprovechando segundos usos de objetos, agotando al máximo la utilidad de otros, sea un trozo de tela, unas maderas o unos cables. Una economía de calle que requiere de

contactos, conocidos y complicidades, para mantener una circulación permanente de mercancías. Así el trapicheo ha desarrollado siempre un amplio abanico de intercambios, compras, ventas y encargos, que en su mayor parte no son tan infernales. Siempre despreciados por los que se apropian de la economía, estos intercambios locales permiten usar los objetos hasta sus últimos átomos, evitar desperdicios y generar abastecimientos locales. Cuando los arrabales estaban olvidados por los circuitos legítimos de consumo, la economía del trapicheo garantizaba la distribución de esto o aquello y alguien siempre conocía a alguien que vendía, y puerta a puerta se ofrecían productos, que riéte tú del asunto de los permisos. Y su informalidad, y el camuflaje en una densa red de relaciones sociales locales es lo que le convierte en puerta de entrada, casi lógica, para otros menesteres y estupefacientes, que siguen siendo vía de salida para unos y otros, para buscarse problemas, pero también para sacar algo de pasta, para dedicarse a ello o combinarlo con otros curros tan precarios como mal pagados.

Las economías populares, como tantas otras cosas, pasan a componer el territorio de lo vulgar, lo inmoral y lo peligroso. En torno al trapicheo, que no es más que el aprovechamiento maximizado de algo, se instala el miedo y el riesgo, que califica a todo un barrio, una calle, un grupo de gente. Porque allí hay, o se dedican al trapicheo, y eso —dicen— es mal asunto.

Ver: Buscarse la vida, Economía informal, Reciclaje.

Universidad Popular de Carabanchel (UPCA)

(Movimientos, Diversidad, Gente)

La UPCA (Universidad Popular de Carabanchel) nació con la intención de servir de espacio desde el que, además de las propuestas que ya se están llevando a cabo al calor de la AP de Carabanchel, seguir experimentando conjuntamente la autogestión del conocimiento: un espacio comunal desde el que probar colectivamente a liberar el saber, desde el que probar a reapropiarnos de nuestros propios cuerpos y mentes para crear con ellos nuevos lenguajes, nuevas formas de producción y transmisión del conocimiento; probar, mediante nuestra presencia directa, a crear constantemente nuestras propias representaciones. Aplicar, al «aprendizaje» y la «enseñanza», la horizontalidad, la autonomía, la participación directa, la

inteligencia colectiva, el apoyo mutuo, la desobediencia y la libertad creativa que durante este último año hemos coincidido en expandir plaza a plaza. Todo ello con un carácter decididamente político, y como arma y herramienta de lucha.

Nuestros principios son la inteligencia colectiva, la horizontalidad y el asamblearismo: Entendemos que el conocimiento es en sí mismo algo colectivo. Es por ello que pensamos que su proceso de construcción ha de basarse en relaciones multidireccionales que rompan la barrera entre «profesoras» y «estudiantes». Es el grupo de personas que aborde un tema, en su conjunto, el que mejor puede llevar a cabo la transmisión y producción colectivas de un determinado conocimiento, como un organismo vivo que se desarrolla en un espacio libre y dinámico con las aportaciones de cada una de ellas, manteniendo así la horizontalidad y el espíritu asambleario.

En la sociedad actual, ciertos colectivos tienen el privilegio de un conocimiento que no tiene el resto y además no se facilita el acceso a esa información, esto les da poder y crea distinción entre las personas. La liberación del conocimiento proporciona igualdad entre las personas y da lugar a horizontalidad.

En un mundo en el que los medios de producción y los flujos de comunicación están cada vez más privatizados, ciertos estratos sociales tienen el privilegio de poder acceder más fácilmente a determinados conocimientos que el resto, ya sea por razones económicas o sociales. Esto acentúa las distinciones de clase e, indirectamente, les otorga a unas más poder que a otras. Pensamos, por ello, que hemos de reapropiarnos de los espacios de creación y transmisión del conocimiento, liberarlos de todo constreñimiento, porque nos pertenecen a todas y porque es una clave para conseguir la igualdad y la horizontalidad entre personas, y para dotarnos de instrumentos propios con los que liberarnos de todo sometimiento.

Para permitir la total inclusividad debe haber actividades de todos los niveles. Todas podemos formar parte de cualquier grupo, independientemente de los conocimientos que tengamos del tema a tratar. No queremos caer en elitismos de ningún tipo. Es por eso que este espacio de aprendizaje colectivo está desde el principio abierto a todo el mundo, con independencia de los conocimientos previos que cada una de nosotras pueda tener sobre determinado tema a tratar. No hay títulos que valgan: todas podemos formar parte de cualquiera de los «grupos de trabajo» que se desarrollen. Y, de la

misma forma, desde el principio está abierta la posibilidad y el interés de llevar a cabo actividades (talleres, seminarios, grupos de investigación...) de todo tipo, que puedan abarcar todos los niveles, y que puedan alimentarse unos a otros.

Apostamos por la autogestión del conocimiento. Toda persona interesada en cualquiera de los espacios que se desarrollan en la universidad puede participar activamente en ella, en igualdad de condiciones. De la misma forma, la propia dinámica de la universidad se sustenta únicamente en la libre participación de cada una de ellas, en condiciones de horizontalidad, sin que haya ninguna instancia superior a las propias asambleas que la van conformando para desarrollar cada una de las actividades y para coordinarse entre sí. Siguiendo con este espíritu, cada uno de los espacios de aprendizaje e investigación que surgen bajo el paraguas de la universidad son autónomos para desarrollar autogestionariamente su actividad. Basta con que haya un interés compartido por un número suficiente de personas, para que se pongan manos a la obra y lleven a cabo por sí mismas la actividad. En este sentido, tanto «profesores» como «estudiantes» están al mismo nivel a la hora de desarrollar el espacio de conocimiento, en tanto que personas participantes del mismo, cada una asumiendo libremente las tareas que desee realizar. Si, por ejemplo, una persona interesada en alguna temática cree que no tiene conocimiento suficiente para exponer, podría simplemente preparar un programa para realizar una mesa redonda y crear debate, por ejemplo. Es interesante procurar la participación de todas.

Nos parece potente la idea de ir tejiendo una red sólida de transmisión y creación de un conocimiento libre y propio. Una red comunal que vaya extendiéndose más y más en el tiempo y en el espacio, y que nos permita desarrollar constantemente herramientas propias con las que poder combatir mejor al capitalismo, al patriarcado y a todo sistema de dominación. En este sentido, vemos importante que se establezcan lazos entre todas las iniciativas de autogestión del conocimiento que surjan en el territorio, para actuar con más potencia. De la misma forma, otro de los principios que mueven el proyecto es el de barrer la frontera entre la teoría y la praxis. Creemos que todo tipo de conocimiento ha de tener cabida en un espacio como este, tanto el que se produzca alrededor de un taller de fontanería como el que se derive de un grupo de lectura, en tanto que ambos nos pueden hacer más autónomas y libres. Igualmente, y más en un momento como este, nos parece interesante resaltar el carácter

político del conocimiento: nos parece importante evidenciar que la acción política está tanto en el principio como en el fin del conocimiento que puede generarse. Generar y compartir nuestro conocimiento, para llevar a cabo nuestra acción política.

Nos parece interesante experimentar la ausencia de cualquier tipo de «plan de estudios» o de «método de aprendizaje» pre-establecido. Generarlo colectivamente, en cada momento, no siendo guiadas por nadie más que por nosotras mismas, y dirigiéndonos en todo momento hacia lo que nos interesa. Dando así rienda suelta a nuestra creatividad, y persiguiendo la producción constante de nuevas formas, con libertad, horizontalidad y autonomía.

Ver: Segregación escolar.

Vacaciones

(Símbolos) (Gente)

Vacaciones es verano, playa, dar un paseo, Santillana. Vacaciones es no-horarios, disfrutar, diversión, viajes, aprovechar el tiempo, vivir, desconectar, sensación de ¡bua!, de algo impresionante. Vacaciones es romper con las cosas que se hacen normalmente, sin obligaciones ni horarios, ni rutina ni nada. Siempre entran ganas de irse de vacaciones. Las vacaciones es felicidad extrema.

Son una recompensa por el curro, o por lo menos está relacionado con el curro. El último día de curro, empiezan las vacaciones. Si no tienes trabajo, no tienes vacaciones (¿o sí?). Vas al cole, y te vas de vacaciones, trabajas, y te vas de vacaciones. Cuando se está de excedencia, no se está de vacaciones, porque tienes que trabajar para que te den vacaciones. Cuando curras, te vas de viaje y te preguntan que dónde vas, contestas: «Me voy de vacaciones». Y cuando te preguntan, pero no estás currando, respondes: «Me voy a la playa». Cuando una persona no trabaja, no utiliza tanto la palabra vacaciones.

Las vacaciones o se eligen, o te las impone la empresa o el jefe. Cuando se eligen, hay que ponerse de acuerdo con los compañeros.

Irse de Madrid es irse de vacaciones. Pero irse al pueblo ¿es irse de vacaciones? Menudas vacaciones es irse al pueblo, locurón extremo. Si alguien te pregunta que dónde vas de

vacaciones, y dices que al pueblo, y que vuelves pasado mañana, se descojonan, porque eso no son vacaciones.

Aunque también puede ser irte a un sitio donde no tienes ni cobertura, ni reloj ni nada, aunque sea el pueblo. Cuando estás de vacaciones, pero estás en casa, y no es la misma rutina, también pueden ser vacaciones, pero no molan tanto (por ejemplo, en Navidad, que la gente no suele irse de viaje, porque el pueblo no cuenta).

Para algunas personas las vacaciones son a partir de una o dos semanas. Tiene que ser un periodo de tiempo medio largo en el que se rompa con la rutina diaria, que no se tenga que currar y no se tenga nada que hacer. Pero tiene que ser un periodo de tiempo, porque un fin de semana es un fin de semana, y un fin de semana y lunes o viernes es un puente (bueno, los puentes son cuando dice la Comunidad de Madrid que se libra). Para otras personas las vacaciones son independientes del tiempo que te vayas. Se te juntan tres días libres, te vas de viaje y sientes que estás de vacaciones, aunque lo llames puente. Cuando un día no se curra, y lo empalmas con el fin de semana, se dice: «No curro, mañana tengo vacas...». Si no, simplemente se dice «Mañana libro».

Aunque algunas vacaciones, para hacer lo que se hace, es mejor no pedírselas, como cuando te vas de vacaciones con tu pareja y te pasas el día discutiendo y echándote cosas en cara. Para eso mejor guardar los días...

Ver: Pueblo, Curro.

Vivienda colectiva

(Vivienda) (Espacios) (Movimientos)

Vivienda. (Del lat. *vivenda*, t. f. de *-dus*, part. fut. pas. de *vivĕre*, vivir).

1. f. Lugar cerrado y cubierto construido para ser habitado por personas.
2. f. desus. Género de vida o modo de vivir.

Si bien la primera entrada del diccionario de la RAE hace referencia a la materialidad, sin duda importante, del lugar diseñado y construido con el fin de albergar la vida de hombres y mujeres (de manera digna, añadamos, como buenos demócratas), es la segunda, la acepción *desusada*, la que más

nos interesa aquí. *Género de vida o modo de vivir*. ¿Es que puede pensarse la primera cuestión —la consistencia de una vivienda— sin hacerse cargo de esta otra?

El modo de vida, la vivencia o vivienda, el vivir, es lo que configura la casa, lo que hace que un lugar pase de ser un mero espacio donde refugiarse del frío, del calor y de otras inclemencias en tanto que cerrado y cubierto y llegue a convertirse en un lugar habitable y habitado. O así debería ser, mal que le pese al biopoder. Es por esto que una vivienda de nueva construcción en un PAU cualquiera de los que jalonan nuestras periferias, perfectamente equipada, las mejores calidades (¡edificios inteligentes, oiga!), puede no merecer ser llamada así bajo nuestro criterio, mientras que una chabola, una nave industrial, una ruina, una pequeña casa con goteras amenazada por derribo o un antiguo colegio pueden mostrar con orgullo su carácter vivencial, su ser vivienda. Inmensos suburbios cambiantes, provisionales; texturas impermeables a los estriajes de la moneda, del trabajo, del capital. Una miseria explosiva que la ciudad segrega.

Lo colectivo pasa por construir, agenciar, pillar de aquí y de allá, componer desde elementos heterogéneos una consistencia; concatenar en el sentido de encajar cosas, cuerpos, más allá de la lógica de la sacrosanta propiedad privada. La colectividad es una fuerza, una potencia de acción, un ataque a la realidad.

Vivienda colectiva, entonces, quiere decir lugar habitable en tanto que proyectado y construido por aquellas y aquellos que de hecho lo habitan y que, mediante su propio vivir, generan las condiciones materiales de posibilidad para desarrollar sus quehaceres cotidianos compartidos.

Ejemplos de esto son proyectos de autogestión urbana y rural, en los que lo que se produce no son solo bienes de consumo sino también precisamente vida —producción de producción, de posibilidad de una producción otra, de una subjetividad antagonista—, corralas y bloques de viviendas okupadas por asambleas de barrios y pueblos (la llamada *Obra Social*) o espacios de distinta índole que, pese a no haber sido concebidos en su momento como viviendas, han sido transformados en tales por sus moradoras.

Todas necesitamos un lugar donde refugiarnos; un lugar cálido e íntimo. Privado. Privado frente al espacio público de la plaza, sin embargo no privado en el sentido de ser

propiedad de alguien. La casa no es propiedad privada: no puede haber *casa* sin común.

Ver: Comunes.

VPO

(Vivienda) (Economía)

Definir vivienda social es algo complejo porque no existe como tal en Madrid. Para nosotras debería ser un parque de viviendas gestionadas bien por la administración bien por el pueblo, organizado con el fin de evitar la especulación. Que tenga un precio estable, asequible y adecuado a los ingresos del núcleo que lo habite, que garantice el derecho a techo

Ver: Okupación, Poblados, Vivienda colectiva.

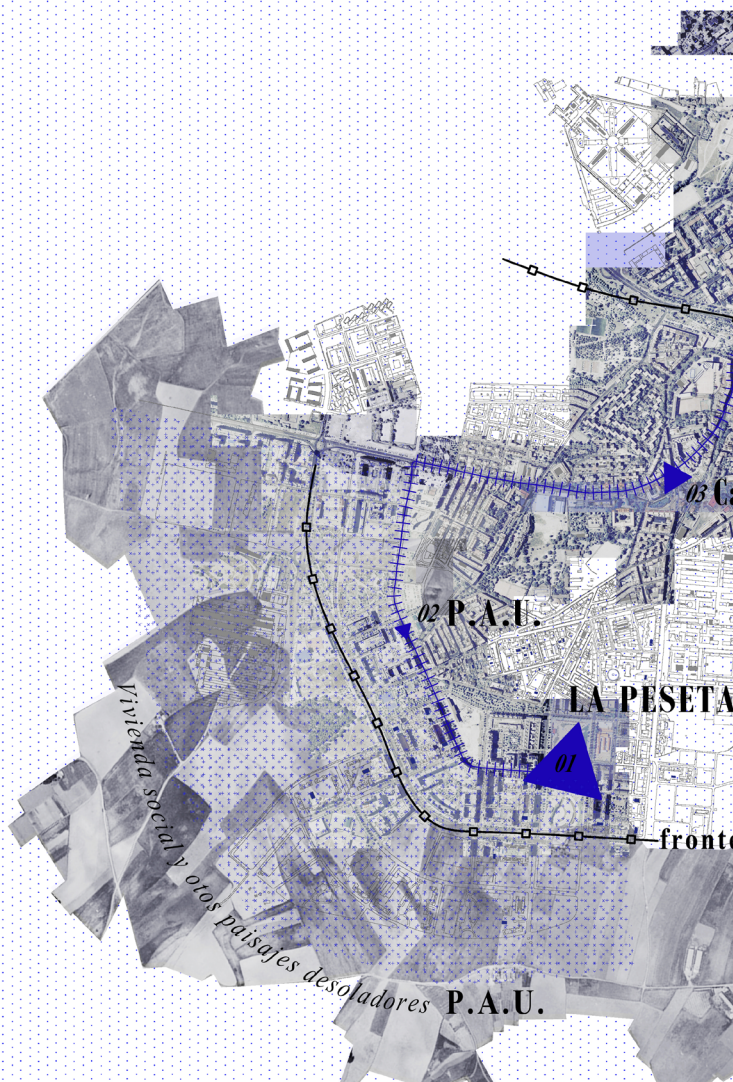
ZuloStudios

(Movimientos) (Gente)

Igual que una buena comida requiere buenos ingredientes y una cocción a fuego lento, ZuloStudios nace de la mano de tres emprendedores, ingredientes de la zona Caño Roto de Carabanchel, y una gran sartén caliente llamada Asociación de Vecinos La Fraternidad. La primera idea del ZuloStudios fue creada con el objetivo de tener un espacio para poder grabar música rap de gente del barrio que no tuviera medios para sacar su arte musical en un formato físico, pero fue mucho más allá. Con la amistad forjada de los tres componentes del zulo, Chek (Juan Carlos), Sion (Adrian) y Qbano (Daniel), se empezó no solo a grabar a la gente, sino también a crear una música propia de la mano de ellos tres. También fueron saliendo conciertos y proyectos audiovisuales procedentes de este local con la ayuda de otras instituciones como KdeKalle entre otros. Un lugar donde se cuecen grandes ideas y rap al más puro estilo clásico.

Ver: El Guille, Rosendo, Labanda, Sonido Caño Roto.

CRISIS



Servicios Sociales 06

07 La Segoviana

**Mercado VS
Mercado Informal 05**

04 LA CHARCA

frontera B

asa del Barrio

lo que quedó de pueblo

el campo era orégano

era A

Paseo/deriva

ESTIGMAS

Caño Roto



